



UN CASO CARVALHO

MANUEL VÁZQUEZ  
MONTALBÁN

TATUAJE

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Pepe Carvalho ha dejado la CIA tras 9 prometedores años y cuando iba a ser ascendido. Ahora es detective privado. Dejó la CIA sin haber ahorrado ni un duro y ahora quiere ser su propio patrón, vivir tranquilo y ahorrar para la vejez, pues ya tiene 40 años y hay que ir pensando en ello.

El cadáver de un bañista con el rostro descompuesto e irreconocible aparece en la playa y el dueño de una peluquería de barrio contrata a Carvalho para que averigüe el nombre del cadáver. No quiere más que eso y está dispuesto a pagar bien. Demasiado bien. No quiere ir a la policía y prefiere pagar a Carvalho para que lo averigüe sin tener que implicarse él mismo.

El asunto es un poco raro, pero un escéptico Carvalho no pregunta nada más y acepta el encargo. Carvalho tampoco quiere ir a la policía y prefiere investigar utilizando sus propios recursos. Éstos le llevarán de Barcelona a Holanda y vuelta a Barcelona. El nombre del muerto lo averigua con relativa rapidez, pero la manera que tiene de ir enredándose el caso cada vez más, hace que quiera investigar por su cuenta. Incluso cuando vuelve a Barcelona con la información solicitada por su cliente, nuestro detective sigue investigando.

Vázquez Montalbán nos presenta en esta primera novela de Carvalho como investigador privado, no sólo a su protagonista, sino también a los personajes secundarios que aparecerán en otras historias de este detective.

Manuel Vázquez Montalbán

# **Tatuaje**

**Saga Pepe Carvalho, 2**

Manuel Vázquez Montalbán, 1974

Editor digital: Samarcanda

Corrección de erratas:  
Un mundo de novela



*Era hermoso y rubio como la cerveza  
el pecho tatuado con un corazón  
en su voz amarga había la tristeza  
doliente y cansada del acordeón.*

«Tatuaje». Canción de Rafael de León.

LA MUCHACHA dorada se había zambullido desde el patín y el hombre aceitunado y calvo braceó enérgicamente para acercársele, presenciar su vuelta a la superficie, sorprender el brillo de la carne húmeda salpicada de agua y sol. Rabiaba la claridad del mediodía. El hombre aceitunado y calvo recuperó la vertical, comprobó que apenas le cubría el agua y trató de localizar a su familia sobre la arena. Una mujer cúbica lavaba enérgicamente a un niño. Prosiguió la cacería visual impunemente, volviendo el rostro hacia el lugar donde había dejado a la muchacha dorada y la vio nadar de espaldas, en dirección contraria al permanente patín, apenas movido por un mar calmo.

Fue entonces cuando vio el cuerpo flotando sobre las aguas, convertido en un tope mutuo con el patín. Sin duda un acompañante de la muchacha dorada, hasta ahora inadvertido. Pero nada le impedía seguir contemplándola.

Nadie podía prohibirle mirarla, llenarse la retina de aquella carne justa, vivificada por la sal y la restallante claridad. Repartió su mirada entre la muchacha que trazaba caprichosas, discontinuas carreras sobre el agua y el cuerpo inerte que seguía flotando, obstinadamente adherido al varado patín. Poco a poco fue aceptando la idea de que era una postura excesivamente insistente y contraria a las leyes de la respiración. Pero hay quien aguanta mucho, se dijo, y no voy a hacer el papanatas dando la voz de alarma para que luego me salga el tío tan fresco y la chica se me ría en la cara. La muchacha volvía con un «crawl» fácil, como a través de un carril previamente trazado sobre el mar. Se detuvo a un metro del patín y contempló recelosa, sorprendida después, la insistencia del cuerpo sin otro movimiento que el que le daba el suave vaivén de las aguas. La muchacha hizo girar su mirada en busca de algún acompañante y sus ojos se detuvieron

en el hombre calvo y aceitunado que contemplaba la escena a unos veinte metros. Ratificada por la compañía, se acercó al cuerpo. Después le tocó con una mano, y el extraño nadador se apartó del patín con la obediencia de un muerto. La muchacha se volvió hacia el mirón y gritó en una lengua extraña. El hombre no esperó más. Procuró practicar una natación rápida y correcta para llegar pronto y bien, según exigía tan espléndida muchacha. La evidencia del cuerpo exánime se impuso a la degustación de la mujer. El hombre calvo y aceitunado empujó el cuerpo hasta llegar a una zona donde tocaba fondo y, una vez allí, tiró de él, seguido por la muchacha que no dejaba de gritar. Las voces abrieron túneles de expectación entre el gentío que nadaba y el que destilaba o secaba sudor sobre la arena. Varios nadadores intentaron disputar al hombre calvo y aceitunado el papel de protagonista del suceso. Pero él conservaba su trofeo con un brazo pasado bajo los sobacos del muerto.

Al llegar a la orilla sacaron el cuerpo entre cuatro. El hombre calvo y aceitunado dirigía las operaciones. El cuerpo fue transportado boca abajo, tal como había sido recuperado de las aguas. Sólo llevaba un «slip», era joven y rubio, tostado por el sol. Los cuatro portadores lo volvieron boca arriba al dejarlo sobre la arena. Un grito de horror amplió el círculo delimitado por la semidesnuda multitud. No tenía rostro. Los peces se habían comido las mejillas y los ojos. Le dieron la vuelta. Fue entonces cuando un muchachito advirtió que algo podía leerse sobre la piel de la espalda. Una mano apartó los granos de la arena mojada. Alguien leyó en voz alta la leyenda tatuada sobre una paletilla: HE NACIDO PARA REVOLUCIONAR EL INFIERNO.



NO PODÍA ser otra cosa que el timbre de la puerta. La mano de Pepe Carvalho palpaba el despertador y el corazón del nervioso animal no repiqueteaba. Alguien llamaba a la puerta. Golpeó en la espalda desnuda de Charo, que emergía del oleaje de las sábanas.

—Alguien llama.

—Abre.

—Es tu casa. Vete a saber quién llama.

—¿Qué hora es?

Charo ya estaba casi despierta y parecía interesada por lo que pasaba.

—La una.

—¿De la noche?

Pepe Carvalho le señaló las rayas que el sol trazaba a través de los postigos en el suelo de la alcoba. Charo saltó de la cama. Le tembló la desnudez y la enfundó en una bata de seda bordada. Calzó las chinelas del hombre, se corrigió el desarreglo del peinado con una mano y salió. Carvalho escuchó semilevantado y algo alerta los ruidos normativos de la puerta abierta, la conversación, la puerta nuevamente cerrada. Las chinelas volvían arrancando ruidos del «parquet». Charo tenía cara de molestia y desencanto.

—La Gorda.

—¿Quién?

—La Gorda. La aprendiz de la peluquería de la Queta. Te busca. El dueño quiere verte.

—¿Para qué? ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—¿En qué barrio te crees que vivo? Mándalo a paseo si no te interesa.

Pero ya Pepe salía y se enfrentaba a una adolescente gorda. Los cuatro

bustos destacables de la chica no anulaban el predominio de la malicia opaca de sus ojos. Recorrieron la semidesnudez de Carvalho como en una declaración de complicidad.

—El amo me manda llamarle.

—¿Quién es tu amo?

—El señor Ramón, el marido de la señora Queta.

—¿Qué quiere?

—Dice que venga usted. Que es urgente. Tenga.

Le tendió un papel. Carvalho abrió un postigo para poder leer: «Tengo un asunto que puede interesarle». Carvalho puso la nota sobre la consola del recibidor y volvió a la habitación. Se vistió la ropa amontonada sobre una mecedora, mientras Charo se sacaba espinillas ante el espejo del tocador.

—Volveré mañana. ¿Tienes mucho lío hoy?

—Cuatro o cinco, a partir de las siete.

—¿Tranquilos?

—Psé. De todo. Pero puedes venir a dormir si quieres.

—He de pasar por casa. Por si hay alguna carta. Llevo mucho desorden estos días.

Carvalho salió hacia el recibidor pero de pronto cambió de rumbo y se metió en la cocina. La nevera le ofreció tanta luminosidad como vacío. Metió el dedo en la nata de una lionesa y después lo chupó. Se decidió por tomar un vaso de agua helada y media pastilla de chocolate. Comprobó que seguía mediada la botella de champán, constante en la nevera de Charo. La destapó y tragó un poco del helado y terso champán desbravado. Vació el resto en el fregadero y, al volverse, vio a Charo apoyada contra el quicio de la puerta, con el rostro lleno de crema y envuelta en un albornoz blanco.

—Gracias por vaciarla.

—Estaba pasado.

—Me gusta pasado.

—Lo siento.

Pero ya Charo había desaparecido del marco y le dejaba el camino libre. Carvalho llegó al recibidor donde la Gorda esperaba entre resoplidos de impaciencia. En el ascensor recorrió de soslayo la orografía algodonosa de la

adolescente, que asumía de reojo la contemplación. Carvalho la dejó pasar delante y la siguió por la acera. La Gorda caminaba con una compostura de «vedette», intentando una y otra vez con la cabeza lanzar al vuelo una melena corta y excesivamente lacada. La ciudad se sumergía en la tregua del mediodía y el chirrido de las puertas metálicas de los comercios clausuraba la mañana laborable. Recorrieron varios desfiladeros de fachadas desconchadas hasta llegar a la calle de la Cadena. La Gorda aceleró el paso y Carvalho vio muy próximo el rótulo de la peluquería Queta. Tras las puertas de cristal opaco le esperaba el cuadro de las últimas parroquianas en el secador, con el rostro comido por el casco y los pecheros blancos. Carvalho examinó las piernas de las peluqueras concluidas en chancletas de plástico rojo. En la retina le quedó la imagen de un trasero pugnante bajo el guardapolvo azul.

—¿Quién era la cuarta?

—La cuarta, ¿qué?

—La peluquera que estaba al final de la sala.

—Queta.

Contestó la Gorda sin volverse, mientras subía por escalones de madera hacia un altillo inundado por la luz del neón. Tras una mesa de oficina de las de antes de la guerra de Corea, un hombre levantaba la cabeza para acoger la llegada de la pareja. El hombre peinaba con eficacia el escaso pelo que le colgaba de los parietales, su rostro blanco y pecoso acogía escasas arrugas para la evidencia de su edad. Vestía un traje gris y bajo la mesa se cruzaban sus pies enfundados en unas chancletas de cuero.

La Gorda se marchó en cuanto el hombre sentado y Carvalho se aceptaron las miradas. Carvalho siguió la muda indicación del otro y se dejó caer en una butaquita tapizada en plástico verde. El hombre tenía un empaque desmesurado para aquel negocio y para las chancletas. Carvalho se sintió contemplado, medido, tasado. El hombre terminó su examen y apartó la vista como buscando algo encima de la mesa. Un recorte de periódico que ofreció a Carvalho. Éste lo leyó y lo retuvo en la mano sin decir palabra ni apartar la mirada del extraño cutis de su anfitrión.

—¿Se había enterado usted?

—No.

—¿No lee los sucesos?

—A veces.

—¿Qué le parece?

—¿Y a usted?

—Yo pregunté primero.

Carvalho se encogió de hombros. El otro se había apoyado en el respaldo de su silla giratoria de madera y parecía esperar acontecimientos. Carvalho se distraía en el examen de aquella pequeña oficina de pequeño negocio de barrio, similar a cualquier pequeña oficina de pequeño negocio de barrio. Sólo el extraño empaque del viejo coqueto y bien conservado no encajaba con el contexto.

—Me interesa saber quién es ese hombre y a qué se dedicaba.

Carvalho devolvió su atención al recorte de periódico.

—No creo que sea difícil. La policía debe haberlo identificado.

—No me interesa preguntárselo a la policía.

—Sería lo más rápido, barato y seguro.

—No me interesa que sea rápido, ni barato. Y cada cual tiene su criterio sobre lo que es seguro y lo que no. Prefiero no decirle mentiras y por eso no quiero decirle por qué me interesa saber quién es ese hombre.

—Tal vez le interesa a usted coleccionar historias de naufragos. Este cadáver tiene su interés. Un tatuaje así no se encuentra todos los días.

—Si usted necesita saber mis motivos, invéntelos. Yo sólo quiero conocer la identidad de ese cadáver.

—No puedo meterme a ciegas. La policía no está para bromas, y si me meto a ciegas seguro que tropiezo con ella.

—Me han hablado muy bien de usted.

—No lo dudo.

Carvalho dejó el recorte sobre la papeleada mesa y volvió a su muda contemplación del otro.

—Usted ya sabe quién soy. Me llamo Ramón y llevo este negocio con mi mujer. Suponga que tengo un capricho y que no me duele gastar dinero en mis caprichos. Quiero saber quién era ese hombre y no tenemos otro punto de partida que la edad, parece un hombre joven por la descripción, y un tatuaje.

—¿No quiere decirme nada más?

—Sí. Le pago cien mil pesetas por el trabajo.

—Gastos aparte.

—Que no sean muchos.

Carvalho ya estaba de pie. El hombre también se había levantado por primera vez y apoyaba el cuerpo en las manos desparramadas sobre la mesa. Carvalho vio entonces un inmenso sello de oro en uno de sus dedos, un cabezón de jefe indio americano.

—Cincuenta mil ahora.

En cuanto la palabra «cincuenta» había salido de su boca ya la mano casi ocupada por el jefe indio se había metido en un cajoncito de madera y sacaba un fajo de billetes. El hombre contó los billetes de mil hasta cincuenta, y se los tendió a Carvalho. Éste se los metió en el bolsillo y se marchó por donde había venido. Sus pasos despertaron el alma de madera de los escalones y al llegar al salón buscó con la mirada el mismo trasero que le había impresionado en el viaje de ida. Pero Queta le daba la cara. Un carnosos y agradable frente de mujer de casi cuarenta años, demasiado pintada quizá, demasiado grandes los ojos.

Ya en la calle, Carvalho pensó que no había estado a la altura de las circunstancias. El señor Ramón le había dado cincuenta mil pesetas y se había quedado otras cincuenta, por lo menos, en el cajoncito. Había estado dispuesto a anticiparle el total de la cantidad.

EL LOCAL olía a riñones al jerez. Carvalho buscó una mesa rinconera desde la que pudiera ver todo el recinto y dejó que el aire espesado por la grasa de los riñones le impregnase las narices, la boca, la lengua. Pidió una ensalada castellana y riñones. Trató de imaginar todo lo prometido por el adjetivo «castellana» cuando acompañaba al sustantivo «ensalada». Su imaginación fue más lejos que la del cocinero. Se trataba de unas patatas a la vinagreta con algunos olvidos de atún en escabeche, estratégicamente situados en primer plano sobre el adoquinado de las patatas.

Con un ojo en el excepcional atún y el otro recorriendo las mesas, Carvalho se hizo una composición de lugar y de gentes. Preguntó al camarero.

—¿Está por ahí el Bromuro?

—Ahora acaba con uno allá abajo. Si quiere, le digo que venga.

—Eso es.

El Bromuro llegó cuando Carvalho rebañaba la salsa de los riñones, contemplaba el pan empapado en pringue marrón y lo entregaba a la anhelante espera de la lengua. Un plato de riñones es ante todo un placer olfativo y táctil que la llegada del Bromuro no consiguió turbar. El Bromuro se arrodilló ante Carvalho, se apoderó de uno de sus pies y lo puso sobre la caja de limpiabotas.

—¿Vienes a comer o a trabajar?

—Las dos cosas. Ha aparecido muerto un hombre en una playa. No tenía cara. Se la habían comido los peces y llevaba un tatuaje en la espalda: He nacido para revolucionar el infierno.

—Los hay echaos palante.

—Qué le vamos a hacer.

—¿En su voz amarga había la tristeza doliente y cansada del acordeón?

—¿De qué coño hablas?

Los ojos acuosos del limpiabotas se perdieron aún más en el complejo de arrugas ennegrecidas que configuraban un rostro a medias ocupado por las arrugas y a medias por varices bermejas. Sin duda se estaba riendo, o así al menos creyó Carvalho poder interpretar la conmoción sísmica de las arrugas.

—Es una vieja canción. Se llamaba «Tatuaje» y la cantaba Concha Piquer.

Carvalho recordó de pronto la canción. La tataréó, primero vacilando, después ya más seguro, con la ayuda de Bromuro. El limpiabotas la cantaba aflamencada y la canción era una tonadilla. Pero Carvalho le dejó cantar y, cuando hubo terminado, se agachó como para examinar la marcha del trabajo.

—Necesito todo lo que puedas saber sobre esto.

—De momento en blanco. Nada de nada.

—Ahora ya sabes que me interesa. Mañana a la una me limpiaré los zapatos en el Versalles.

—¿Vas a ir de putas?

Carvalho le concedió una sonrisa ambigua al tiempo de ofrecerle el otro pie. El escaso pelo del Bromuro dejaba ver el lecho casposo del cuero cabelludo. El limpiabotas se ganaba la vida como correveidile o vendiendo barajas pornográficas o haciéndose el gracioso explicando el uso y abuso que los poderes ocultos hacen de los bromuros.

—Le digo que ponen bromuro en todo lo que tragamos para que no la armemos y las mujeres puedan salir tranquilas a la calle. ¡Me da una pena! ¡Una pena tan grande! ¡Tantas como hay y lo poco que tenemos para darlas gusto!

El Bromuro siempre tenía el éxito asegurado con el relato de la conspiración bromúrica y del desfase entre la realidad y su deseo. Durante veinte años había entretenido a la parroquia con su historia. Había empezado contándola como una muestra de ilustración, de participación en la sabiduría científica de la Humanidad. Hasta que descubrió un día que su historia divertía más que preocupaba, y la convirtió en la principal palanca de

propinas. Esta vez Carvalho le metió quinientas pesetas en el bolsillo del chaleco y el Bromuro alzó el rostro para expresarle toda su sorpresa.

—¿Un buen asunto?

—Suficiente.

—Tú no sueltas quinientas pesetas así como quien da agua.

—Si te parecen muchas, me las devuelves.

—¿Te vas a quedar conmigo, Pepe? Hasta mañana.

Recogió su caja y se marchó por el pasillo central del figón, examinando los pies de los comensales como quien busca setas. Carvalho dejó el dinero de la cuenta en el platillo y salió a la calle. No recordó de momento dónde había dejado el coche la noche anterior, pero intuyó *que había sido por* la parte alta de las Ramblas. Deambuló por el centro del paseo, deteniéndose en los quioscos de libros y revistas, sopesando sobres de semillas, reflexionando más arriba sobre la extraña condición de los pájaros y monitos encerrados en las jaulas de los vendedores. Pero ya la Rambla se llenaba del bullicio comercial de la tarde y Carvalho se metió bajo el escudo colgante que daba paso a la entrada del Mercado de la Boquería. Quería cenar bien. Tenía la necesidad de guisar un rato mientras daba vueltas al asunto en la soledad de su casa y tenía solucionado el cierre del día con la promesa de una buena cena. Compró rape y merluza fresca, un puñado de almejas y mejillones, algunos langostinos. De sus brazos colgaban las bolsas de plástico blanco llenas de tesoros y recorrió el apacible despertar vespertino del mercado. Muchos puestos estaban cerrados y el acto de comprar comida tenía por la tarde el respaldo de un tiempo diferente, un ámbito peculiar limitado por un silencio casi total, apenas roto por los ruidos de la oferta y la venta.

Para aquel hombre alto, moreno, treintañero, algo desaliñado a pesar de llevar ropas caras de sastrería del Ensanche, pasear morosamente entre los puestos era una de las escasas juergas que permitía a su espíritu cada tarde que abandonaba los barrios de Charo para volver a su madriguera, en las laderas del monte que preside la ciudad.



A LA CASA de Carvalho se llegaba por un camino ancho de tierra que reptaba entre viejas villas, historiadas, de un blanco agrisado por la lluvia a lo largo de cincuenta años, salpicado por azulejos verdes o azules y los colgantes mechones de buganvillas o dondiegos que rebosaban por los bordes de las tapias. La villa de Carvalho no era un perro ni tan viejo, ni de tan buena raza. No la habían construido en pleno esplendor de Vallvidrera, sino en su segundo gran momento histórico, cuando algunos enriquecidos por el estraperlo de la postguerra habían buscado en la montaña un afortunado mirador del escenario de sus negocios afortunados. Se trataba de enriquecidos menores por un estraperlo menor. Gentes ahorrativas que habían conservado de los tiempos anteriores a la guerra el frenesí por la casita con jardín en las afueras, a ser posible incluso con su rincón para las lechugas, las patatas y las tomateras, fascinantes «hobbys» de fin de semana y vacaciones pagadas.

Carvalho había alquilado aquella pequeña villa construida según un modelo aproximado al funcionalismo de entreguerras. Los arquitectos estuvieron a punto de hacer una casa rigurosamente funcional, pero sin duda el propietario habría querido «una nota de color», o bien «un detalle para suavizar», y se habían permitido algunos caprichosos recorridos de ladrillos que parecían dientecitos vacíos sobre las cornisas e incluso alguna que otra hilera de azulejos amarillos incrustada en una fachada antes ocre que ahora verdecía después de treinta años de existencia.

Carvalho sacó la correspondencia del buzón de la entrada y cruzó el jardín de tierra y baldosas movedizas que le separaba de los escalones del porche. El descuido de Carvalho había permitido que crecieran por doquier las hierbas bordes y que sobre el porche las podridas hojas del otoño anterior

dejaran un resbaladizo pigmento beige que las suelas traspasaban al interior de la villa. Los pies de Carvalho pisaron el mosaico de geometrías del interior y siguieron la estela de claridades que sus manos arrancaban de los conmutadores. Julio ponía tristeza en el atardecer, pero Carvalho necesitaba encender la chimenea cuando quería pensar relajado. Para contrarrestar se quedó con el torso desnudo y abrió postigos y ventanas para que entrara el aire más seco del exterior y los restos de sol que regalaba la tarde. Mientras abría los postigos sus ojos pellizcaban horizontes verdes hacia el norte y el este, y el horizonte de la geometría urbana de la ciudad a los pies de la montaña. La niebla de la polución hoy se reducía a una especie de casquete polar sobre los barrios industriales y obreros cercanos al puerto.

Carvalho bajó al sótano a buscar leña. Hizo varios viajes y después tuvo que limpiar la chimenea donde habían quedado los residuos de la última fogata de hacía cinco días. Cuatro noches en casa de Charo eran demasiadas noches. Carvalho tenía una sensación contradictoria. Por una parte se reprochaba el abandono de la casa y de una vida normativa y más construida. Por otra recordaba el terciopelo de la piel de Charo, la finura de sus pieles más ocultas. Incluso algunos cariños que demostraban la ternura de la mujer.

Buscó sin éxito un papel de periódico para encender la pila de leña que había dispuesto según las leyes de los buenos encendedores de chimenea. Desde la tea hasta el tronco, la pila de madera seguía un proceso piramidal de lo más liviano a lo más recio. Pero no tenía papel.

—Tengo que leer más la prensa —dijo en voz alta. Finalmente fue hasta la estantería de libros que respaldaba toda la habitación. Dudó en la elección pero finalmente se decidió por un libro rectangular, verde, con mucha hoja. Carvalho leyó un breve fragmento mientras llevaba el libro al suplicio. Se titulaba *España como problema* y había sido escrito por un tal Laín Entralgo en unos años en que se suponía que los problemas de España se reducían a ella misma como problema. Metió el libro bajo la leña con las hojas y la encuadernación forzada y mientras le prendía fuego sentía por una parte prevención y por otra impaciencia para que la fogata brotara y el libro se convirtiera en un montón de palabras olvidadas.

Cuando el fuego era ya una imagen móvil y cálida, Carvalho fue a la

cocina y alineó lo que había comprado según el orden que le exigía la elaboración de la cena. Ante todo bajó a la bodega. Había hecho derribar un tabique de unión de dos paredes maestras para dejar al descubierto la tierra y la piedra de la montaña. Allí habían excavado una cueva en la que se descubrían los lomos polvorientos de las botellas de vino iluminadas por una bombilla cuyo brillo era casi sonoro. Buscó la hilera de los blancos y escogió un Fefiñanes entre otras variedades hispánicas escasamente representadas. Ya con el Fefiñanes en la mano, la otra se acercó tentadora a un Blanc de Blancs de Bourdeaux. Pero la cena no merecía ni siquiera ese gran vino francés de segunda clase. Siempre que bajaba a la bodega cogía con cuidado una de las tres botellas de Sauternes que dejaba dormir para el marisco navideño. Era el Sauternes su vino blanco preferido, en evitación del intocable Pouilly-Fuissé, un vino que, según Carvalho, merecía ser reservado exclusivamente para las últimas voluntades de los gourmets inteligentes en apuros. Suspiró resignado con su Fefiñanes en la mano y subió nuevamente a la cocina. Limpió el pescado de espinas y los langostinos de su armadura. Hirvió las espinas y las armaduras rojas en compañía de una cebolla, un tomate, ajos, una ñora y un ramito de apio y puerro. El caldo de pescado era indispensable para la peculiar caldeirada de Pepe Carvalho. Mientras hervía pausadamente el caldo, Carvalho hizo un sofrito con tomate, cebolla y ñora. Cuando el sofrito tuvo el espesor suficiente rehogó unas patatas. Después echó los langostinos en la cazuela, el rape y finalmente la merluza. Se colorearon los pescados, perdieron agua que se mezcló con la argamasa del sofrito. Fue entonces cuando Carvalho añadió un cazo de caldo fuerte de pescado. En diez minutos estuvo la caldeirada terminada.

Carvalho dispuso la mesita situada ante el fuego y comió en la misma cazuela. En cambio bebía el helado Fefiñanes en una copa alta de cristal fino. Cada vino ha de tener su copa. Carvalho aceptaba pocos mandamientos, pero éste era uno de los más estrictos.

Después de cenar se tomó un tazón de café suave que había aprendido a hacer en Estados Unidos y encendió un montecristo. Utilizó dos sofás para tumbarse casi horizontal, con el puro en una mano, el café en la otra y la vista perdida en las huidas impotentes de las llamas hacia el pozo hollinoso y

siniestro de la campana. Imaginaba el cuerpo de un hombre joven y rubio, «... alto y rubio como la cerveza», decía la canción. Un hombre capaz de tatuarse sobre la espalda la leyenda: «He nacido para revolucionar el infierno». Entre las historias de tatuajes que recordaba destacaba la de aquel pobre chorizo que se había grabado en el pecho: *Muera la policía*. Había pagado cara su declaración de principios a lo largo de casi treinta años de reclusión alternante cumpliendo pequeñas condenas y arrestos por la Ley de Vagos y Maleantes. El examen del tatuaje de «El Madriles» se había convertido en uno de los pasatiempos predilectos de las comisarías de todo el país.

—A ver Madriles, déjanos ver eso, hombre.

—Le juro señor inspector que fue un mal momento. Estaba borracho y me dio por ahí. Ya me lo desaconsejó el maestro que me lo hizo; Madriles: te dará muchos disgustos.

—Uno más no importa. Anda Madriles quítate la camisa.

El maestro. El tatuaje del hombre «alto y rubio como la cerveza» alguien lo había hecho. Tatuadores quedaban pocos, pero ya era previo saber si se trataba de un tatuaje tradicional o de un tatuaje superficial de drugstore parisién, al alcance de jovencitas con ganas de llevar huellas en la carne y en el espíritu. Debía ser un tatuaje profundo. De lo contrario, las mismas aguas que habían dado tiempo al festín de los peces en el rostro habrían disuelto la leyenda, y el cuerpo habría salido del mar no sólo con la desnudez de la muerte, sino también con la desnudez del anonimato más absoluto, a menos que las huellas dactilares figuraran en los archivos policiales. «El carnet de identidad», pensó Carvalho. ¿Quién no está en esos archivos? Tejió una primera y posible historia de la relación entre el hombre muerto y su cliente. Alguna complicidad unía a los dos hombres. Carvalho trató de alejar mentalmente esta hipótesis. Sabía por experiencia que lo peor en una investigación era partir de una hipótesis. Puede condicionar el proceso de acceso a la verdad e incluso desviarlo. Cuando Carvalho hubo bebido el primer litro de café de la noche, la fogata tenía tanta fuerza que rugía y convertía toda la habitación en el escenario de su alocado y encadenado movimiento. Carvalho tenía calor y se quedó en calzoncillos. Fue sólo un

instante. El suficiente para identificar su propio cuerpo con el del ahogado y buscar con aprensión la segunda piel de la chaqueta del pijama.

SE DESPERTÓ cansado de dormir. Por la enrejada ventana entreabierta se metía el hervor de las conversaciones de los pájaros enervados por la evidencia del calor y del sol. A través de la ventana comprobó que todo estaba en su sitio; el cielo y la tierra. El calentador eléctrico y la cafetera italiana le ayudaron a recuperar conciencia de sí mismo. La ducha y el café le impusieron la evidencia de que vivía allí y ahora y que además tenía proyectos inmediatos que le ayudarían a malgastar un día, que tampoco podía destinar a nada mejor.

Por la tarde vendría la mujer de la limpieza y Carvalho hizo una breve inspección por si dejaba a la vista algo que Máxima no tuviera que ver. Fue entonces cuando advirtió, que había dejado la correspondencia sin abrir. Examinó los remites y dividió lo recibido entre lo que valía la pena leer y lo que no. Casi todo era propaganda, menos dos cartas: Una, de la cuenta corriente de la Caja de Ahorros; la otra, de sus tíos de Galicia. Carvalho empezó por la carta de la Caja. Era una comunicación sobre el estado de su cuenta corriente: ciento setenta y dos mil pesetas. Buscó en su chaqueta las cincuenta mil que le había adelantado don Ramón y consideró si era mejor ingresarlas en la cuenta corriente o en la Libreta de Ahorros. Buscó la Libreta de Ahorros en una pequeña caja de caudales que tenía en el último cajón de un canterano. Tenía ahorradas trescientas mil cincuenta pesetas. Unidas a las que había en la cuenta corriente hacían un total de casi medio millón de pesetas. Tras diez años de trabajo no era una cantidad ni corta ni larga. Era la garantía de que dentro de diez años habría llegado al millón y no se moriría de hambre cuando fuera viejo.

Carvalho decidió meter las cincuenta mil pesetas en la Libreta porque el

dinero de la cuenta corriente es más efímero, está más sujeto a gastos artificiales propiciados por la fluidez del libro de cheques. En la libreta estaban más seguras. Volvió a contar los cincuenta billetes y los desparramó sobre la mesa con un ademán de gánster generoso. Recogió los billetes uno a uno, los apiló ajustadamente e hizo crujir el fajo abanicando el aire. Lo metió en un sobre junto con la libreta. Pasó a la carta del pueblo. El hermano menor de su padre le escribía en su letra casi ilegible, con las sílabas mal separadas y una enjundia de retórico de altos vuelos poco asistido por el instrumento del lenguaje.

Tras un largo protocolo inicial dedicado a la salud y al recuerdo del padre, el tío pintaba con bastante talento pictórico un cuadro de desolación agrícola: malas cosechas. A continuación una lamentable peripecia ganadera: se le había muerto una vaca hinchada por unas hierbas inconvenientes o, quién sabe, si por la maldad de algún vecino que le había puesto un veneno. Finalmente la tía estaba enferma y la había enviado a Guitiriz a tomar las aguas. Un dineral. Si su padre viviera no sería insensible a tanto sufrimiento y a él recurrían para que en algo les ayudara, si podía y siempre sin que la ayuda le significara un auténtico problema personal. Le avisaba que le mandaban una docena de chorizos, dos quesos y una botella de orujo a través de un recadero lento, pero seguro.

Carvalho se puso a despotricar en gallego contra la familia y la madre que la parió. Pensó en escribir una carta dura en la que por fin les cantarían las cuarenta sobre lo tonto que había sido su padre renunciando a la herencia, ayudándoles en vida cuanto pudo y muñéndose finalmente con cuatro ahorros mal apilados. Y todo porque al haberse marchado primero a Cuba y después a Madrid y Barcelona ellos siempre le habían considerado el indiano de la familia.

Pero no lo hizo. Tejió cuatro líneas y anunció que les enviaba un giro de cinco mil pesetas. Pensó que su padre habría hecho lo mismo y que al hacerlo reencarnaba en parte al pobre viejo. Se le nublaron los ojos cuando le recordó estirado y frío, empequeñecido, sobre los azulejos del depósito de cadáveres del Hospital de San Pablo, tal como lo vio al término de un agotador viaje desde San Francisco. Eran las segundas cinco mil pesetas que le costaba su

padre, la segunda vaca que ayudaba a pagar a sus parientes, a título póstumo, como si la pagara el viejo.

Carvalho tenía que hacer muchas cosas antes de su nuevo encuentro con el Bromuro y de momento casi todas aparecían liadas con sus raíces gallegas. Bajó con rapidez las rampas de la carretera de Vallvidrera, metió el dinero en la filial de la Caja de Ahorros de Carlos III y puso un giro en la estafeta de Correos de la avenida de Madrid. En media hora había quedado en paz con él y con el futuro.



DEJÓ su Seat «coupé» rojo en el estacionamiento de la Plaza de la Villa de Madrid. Le gustaba dejar el coche al comienzo de las Ramblas para poder recorrerlas a pie hacia abajo, hacia el territorio de Charo. Bajo los plátanos Carvalho andaba con descuido, parándose aquí y allá, dejándose atraer por los más imprevistos reclamos. Las hojas de los plátanos filtraban claridades blancas y amarillas sobre los escasos transeúntes de la mañana. Carvalho se metió por los soportales de la Plaza Real y el ochocentismo de las cosas le traspasó una impresión de quietud y armonía. Entró en un amplio portal y subió unos escalones de granito encajados en madera deslucida. Tras una puerta también de madera, pesada, barnizada en color chocolate, apareció un viejecillo vestido con un batín a cuadros. Reconoció a Carvalho y le abrió camino por un pasillo empapelado con motivos pompeyanos, hasta llegar a un comedor de estilo vagamente inglés, lleno de estatuillas de escayola, barcos embotellados o de sal y un muestrario de fotografías familiares amarronadas ante el que temblaban las candelarias flotantes en el aceite de dos tazones. La habitación olía a cera y a col hervida y el olor recordaba a Carvalho escenas de infancia de los veranos pasados en Souto, presididas por el morro de las vacas asomadas desde la cuadra al comedor familiar. Don Evaristo Tourón le indicó que se sentara y empezó su cháchara de recuerdos sobre el terruño. Últimamente las historias se repetían y diluían, Carvalho temió una vez más el embrollo hilo de un discurso agotador sobre los lobos del Monte Negro que asolaban toda la comarca de San Juan de Muro y a veces llegaban incluso hasta Pacios en busca de las ovejas de Manolo el Sastre.

—Venía a hablar con usted de tatuajes, Don Evaristo.

—Ah, bueno. Quieres tatuarte. Yo ya no lo hago. Hay que tener pulso. Pulso y ganas. Nadie ha conseguido ser un buen tatuador sin tener gusto por el oficio.

Don Evaristo se levantó para sacar del cajón del aparador un álbum de fotografías donde constaban sus mayores aciertos profesionales.

—Mira. Un paisano de El Ferrol. Marino en los bacaladeros. Mira.

Llevaba un tatuaje que le ocupaba todo el pecho con un árbol frondoso en el que los frutos habían sido sustituidos por cuerpos de mujer. En otra fotografía un hombre-gorila enseñaba un bíceps fruncido en el que aparecía el monumento a Colón de Barcelona con la leyenda: *Merche, aunque te escondas, te encontraré*. Un adolescente enseñaba los culos, en los que Don Evaristo había grabado: *Por aquí sólo se sale, no se entra*. Don Evaristo lamentó una vez más no haber fotografiado el sexo tatuado de un descuidero famoso. Con el prepucio normal reproducía un gato. Cuando el prepucio retrocedía aparecía un ratoncito en el glande.

—Sudé la misma tinta que empleaba, Pepino, te lo juro. Y él. Vaya manera de aullar. Pero los tenía bien puestos.

Carvalho le preguntó por los supervivientes del oficio.

—Yo intenté crear escuela aquí. Pero sin resultado. ¿Quién se tatuaba? Marinos y gentes de mal vivir. Marinos ya no quedan, por lo menos como los de antes. Y las gentes de mal vivir han dejado de tatuarse para evitar las señales de identificación. Yo tuve un aprendiz del Clot, que lo hacía bien. Pero era marica y en este oficio un marica se expone a tener todo el día cinco dedos en la cara. Ahora queda un chico murciano bastante bueno, es algo más joven que yo. Vive junto al Parque. Pero en Barcelona no hay casi nada. En Tánger. Allí aún quedan. En Marruecos aún quedan. Y en algunos puertos del norte. Hamburgo no, o muy poco. No te fíes. Hamburgo mucha fama y nada. Rotterdam antes de la guerra. Buenos tatuadores, muy buenos.

Carvalho le preguntó si había oído hablar del tatuaje del hombre ahogado.

—Bonito. Antes de la guerra se tatuaba gente con cultura. Una vez me vino un chico de buena familia que estaba en la Legión y me hizo grabar una cosa en francés.

El viejo volvió a rebuscar en el aparador y volvió con un bloque de notas.

Sobre la cuadrícula tenía reproducidas las leyendas de tatuajes notables.

—¿Qué pone ahí Pepino?

—*Ah! Dieu! que la guerre est jolie*

*Avec ses chants, ses longs loisirs.*

—Eso es. Me dijo que era de un poeta muy bueno.

Carvalho le pidió la dirección del tatuador que vivía cerca del Parque de la Ciudadela. El viejo le trazó el camino sobre un papel. No recordaba el número.

—No tiene pérdida. Además es un hombre notable. Es cojo y pesa más de cien quilos.

Carvalho cortó como pudo las largas despedidas del viejo.

—Avísame un día y te prepararé un lacón. Un cuñado mío me los envía de Pacios. Yo te lo guardo y tú lo guisas Pepino. ¡Si yo supiera cocinar como tú!

Paró un taxi en el cruce de la Plaza Real con las Ramblas. Diez minutos después bajaba ante el portal que el viejo Tourón le había indicado. En el cuarto piso una mujer molesta y atareada le hizo pasar a un pequeño recibidor en el que Carvalho apenas cabía, sentado entre una butaca de plástico negro claveteado y una mesita de centro llena de revistas «Semana». Al poco trató de entrar en el cuartito el abdomen inacabable del tatuador. La cabeza se le había quedado en el dintel y el abdomen en cambio casi frotaba la nariz de Pepe.

—Me envía Don Evaristo Tourón.

—Hombre. Eso está bien.

—Quisiera hablar de cosas del oficio.

—Eso está bien. Muy bien.

Salió el tatuador invitando a Carvalho a que le siguiera y se metió en un despachito que le recordó el de Don Ramón en la peluquería. El tatuador se sentó tras la mesa y le ofreció un «Rossli».

—Es suave. Va bien a esta hora de la mañana. Del oficio quiere hablar. Eso está bien. El oficio en cambio, mal, muy mal. No doy golpe desde que estuvo por aquí un barco italiano, hace casi medio año. Las cosas buenas desaparecen. Hoy no hay tiempo de nada. Antes un hombre enseñaba un

tatuaje a una mujer y ya tenía la cosa medio hecha. Hoy hay que enseñarle en seguida otra cosa.

Se echó a reír con una ronquera entrecortada. Carvalho le secundó levemente.

—Estoy buscando a un hombre que lleva un tatuaje muy curioso. Dice: «He nacido para revolucionar el infierno».

La aquietada risa del tatuador desapareció instantáneamente. Miró a Carvalho de hito en hito.

—¿Es usted amigo de Don Evaristo?

—Somos paisanos.

—Gallego, vamos —exclamó el murciano, sin excesivo entusiasmo. Estudió a Carvalho y cabeceó como si fuera víctima de un serio dilema.

—Dichoso tatuaje —dijo luego—. La policía ya me preguntó por él —hablaba sin dejar de mirar a Carvalho de frente. Carvalho aguantó la mirada.

—¿La policía?

—El que llevaba el tatuaje ha muerto. De mala muerte.

—¿Le hizo usted el tatuaje?

—La policía me dijo que no diera información a nadie sin avisarla.

—¿Antes o después de darla?

—Eso no me lo dijo.

—Entonces puede usted avisarla después de haberme dado la información.

—Yo hice ese tatuaje.

El tatuador era consciente de que con sus palabras abría una puerta.

—¿Quién era?

—Se ve que no conoce usted el oficio. Aquí nadie da su nombre. Y menos en un tatuaje sencillo.

—Pero de algo se habla mientras se trabaja.

—Cuando trabajo ni bebo ni hablo.

Y volvió a reírse con impresionante ronquera. Iniciaba y paraba la risa sin transiciones. De pronto adoptó gravedad de entierro y preguntó solícito:

—¿Busca usted a algún ser querido?

—Digamos que le estoy cogiendo cariño.

—¡Ah! Yo ya no tengo la alegría de antes. Éste es un oficio duro. Apenas gana uno para ir tirando y tiene que poner unos precios que alejan a los pocos clientes.

—Hablar gasta la lengua. Le pagaré algo para compensarle.

Carvalho sacó de la cartera un billete de mil pesetas. El tatuador alargó la mano hasta donde le permitía el vientre y esperó la llegada del billete que le acercaba Carvalho.

—Era un chico alto y rubio. Parecía extranjero, pero no lo era. Tenía acento, aunque no creo que fuera andaluz o murciano. He oído acentos parecidos en gentes de Ciudad Real. Tal vez era manchego, pero de la parte del sur. O extremeño. Muy raro.

—¿Vivía aquí?

—No. Estaba de paso. Me dijo que había trabajado en Holanda. En la Philips de La Haya. Es todo lo que sé.

—¿Cuánto hace de eso?

—Año y medio.

—¿Recuerda algo más de su cara o de su cuerpo? ¿Algo que dijera?

—Nada. Se lo juro. Y se lo he contado más por la amistad de don Evaristo que por las mil pesetas. La amistad, eso está bien. ¿Por qué busca a ese muchacho?

—Un presentimiento. Tal vez se trate de un amigo.

CARVALHO se sentó en la terraza del Versailles. El Bromuro merodeaba entre los clientes. Se detuvo ante los zapatos embarrados de Pepe y fue aceptado. El camarero puso ante Carvalho un «bitter» y una ración de aceitunas rellenas. El Bromuro esperó a que se marchara el camarero y dijo por lo bajín:

—Del muerto ése no sé nada seguro. Pero se ha armado un lío de órdago. Ayer hubo una redada y se han llevado a un montón de gente. Chicas y chulos. A cientos.

—Querrán sanear las costumbres.

—Se dice que van buscando enlaces de lo de la droga. Últimamente hay mucho macarra francés y todos éstos han venido organizados, con sus chicas y todo. Viajan con el negocio a cuestas.

—¿Qué tiene que ver la redada con la información que te pedí?

—Es posible que algo.

—Dime.

—En concreto no sé nada. Pero se dice que el asunto del ahogado tiene algo que ver con todo lo que está ocurriendo.

—¿Se sabe quién era?

—Yo de ti buscaría entre las chicas. Alguna tuvo que acostarse alguna vez con el tipo y un tatuaje así no se olvida.

—¿Cuántas hay en Barcelona? ¿Cinco mil? ¿Veinte mil? ¿Cien mil?

—La Charo puede ayudarte.

Carvalho metió otro billete de quinientas pesetas en el bolsillo del chaleco del Bromuro.

—¿Y a ti no se te han llevado?

—¿Y por qué no a ti? ¿O es que tienes bula?

Carvalho contestó un sonriente «quizá» mientras se levantaba. Caminó rápidamente hacia el domicilio de Charo. No estaba la portera y tuvo que enfrentarse al riesgo de comprobar por sí mismo si Charo seguía libre. Aunque tenía llave llamó a la puerta del piso. Creyó ver algún movimiento tras el chivato y la puerta se abrió sin confianza. Desde detrás de la puerta Charo dijo:

—Pasa.

Carvalho recorrió el pasillo hasta el comedor-living. Charo le seguía.

—Hay visitas. Tranquilo.

Carvalho ya veía a las visitas. Dos mujeres se movían por la cocina como preparándose la comida o el desayuno. La Charo le indicó silencio y le hizo pasar al dormitorio.

—Son dos amigas. Se salvaron ayer de la redada por los pelos y me han pedido si las puedo tener unos días.

—Te has metido en un lío. Esto empezará a llenarse de macarras y detrás vendrá la policía.

—No las iba a dejar tiradas en la calle.

—¿Por qué no?

—Vete a la mierda. Lárgate.

—Escucha. La cosa va en serio. No se trata de una redada normal. Buscan a fondo lo de las drogas y todas éstas están liadas con chulos que saben de la misa cantada. Además, van a necesitar trabajo y, ¿te lo van a traer aquí?

—¿Por qué no? La casa es grande.

—¿Y tus selectos clientes qué dirán?

—¿Mis clientes o tú? ¿Qué dirás tú?

Charo estaba en plena fiebre solidaria y era como discutir contra un monumento a la conciencia de clase. La muchacha aún llevaba el salto de cama. Se le habían desparramado las ojeras por las mejillas blancas y el cabello dorado con mechazas platino le colgaba abandonado de los peines.

—Hola, Pepe.

Carvalho saludó con una cabezada la llegada de las dos compañeras de Charo. Creía recordar que a una de ellas la llamaban la Andaluza; era

pequeña y rubia como una llamarada. La otra le era desconocida; estaba de buen ver y parecía joven.

—Qué susto, hijo. Empezaron a oírse pitos y se presentaron como los fantasmas. De repente. ¡Y eran pocos! En media hora tenían a todo el barrio patas arriba.

Carvalho salió a la terraza de aquella casa nueva, construida como una excepción en el seno de un barrio que no había crecido desde hacía un siglo. De vez en cuando la mella de algún solar arruinado desde la guerra permitía la construcción de edificios como aquél, cúbico, acristalado, con las ocho plantas encaramándose sobre los tejados cárdenos maltratados por el verdín. Si Charo le hubiera hecho caso y se hubiera trasladado a una torre de las afueras, no se vería envuelta en estos líos. Volvió a la habitación donde las tres mujeres discutían nerviosas.

—Mientras estéis aquí vuestros tíos que se queden en la calle, ¿comprendido? Van a por ellos más que a por vosotras y no quiero que Charo tenga complicaciones.

—Descuida, Pepe, los han trincao.

Y la andaluza se echó a llorar. Carvalho hizo un aparte con Charo.

—Necesito saber si alguna de tus amigas ha conocido a un tipo que llevara un tatuaje en la espalda que dijera «He nacido para revolucionar el infierno». Un hombre joven, alto, rubio. Tenía un acento como andaluz, pero sin serlo, y había estado o estaba en Holanda trabajando.

—Eso lo sabrán mejor las gobernantas de las casas. Si te portas bien con estas pobres y no les hace un feo, yo me encargo de enterarme de algo.

—Déjalas aquí y vente a mi casa mientras escampa.

—¿Y recibo allí?

—Déjalo una temporada. Tampoco necesitas dinero.

—¿Y tú qué sabes? Yo no me muevo de mi casa.

—Es posible que tenga que salir de viaje al extranjero. Pocos días. Puedes irte allí mientras tanto.

—Nada.

Carvalho la dejó con un gesto de fastidio. Pero Charo le siguió.

—A mí no me dejas tú así. ¿Qué te has creído? Ésta es mi casa y hago



con ella lo que me da la gana. ¿Me la pagas tú acaso? ¿Cuándo me has dado tú ni cinco así?

—Déjalo.

Pero Charo no lo dejaba. Le siguió hasta la puerta de la escalera.

—Si estuviera en su lugar me gustaría que me ayudaran.

—No estás en su lugar y te vas a poner a su altura.

—Soy como ellas, con la única diferencia de que trabajo por mi cuenta. Y tú también eres como ellos, casi como ellos.

—¿Cómo quien?

—Como la policía.

Charo subrayaba la firmeza de lo que decía apretando los labios. Carvalho dudó entre darle un revés o volverle la espalda. La miró mientras decidía y la Charo se dio cuenta de la elección que pasaba por la mirada fija de Pepe. Dio un paso atrás y desde allí siguió mirando a Carvalho fijamente.

—Entérate de lo del tatuaje.

Carvalho se disponía a bajar por la escalera cuando la Charo sacó medio cuerpo por la puerta.

—Ven esta noche.

—¿Dormiremos en el retrete?

—¿Quieres que suba a tu casa?

—Déjalo. Pasaré más tarde.

Carvalho se dirigió a buen paso hacia la peluquería de Queta. Estaba llena de mujeres y de rumores de conversación. La Gorda dejó de limpiar la cabellera cana de una cliente para subir con sorprendente ligereza los escalones que llevaban al altillo. Carvalho no apartó su mirada de la de Queta, que agitaba una botella de champú. La mujer tenía toda la inmensidad de sus ojos abiertos pendiente de la indiferencia y fijeza con que aparentemente Carvalho cruzaba el salón en dirección al altillo. Pepe llegó a la oficina cuando ya la Gorda había dado el parte. El señor Ramón le esperaba con la sonrisa precipitada y una interrogación en los ojos. La Gorda permaneció un momento junto a su patrón, a la manera de un guardaespaldas insuficiente pero decidido. Un gesto del patrón la hizo salir. Carvalho ya estaba entonces sentado en la butaquita verde. Cuando cesaron los pasos de la

Gorda en los escalones, Carvalho adelantó el cuerpo y puso una mano sobre la mesa.

—Esto se ha complicado demasiado. La redada de ayer está relacionada con el caso del ahogado.

—¿Por qué?

—Eso es cosa mía.

—¿Usted sabía que el asunto tenía que ver con el tráfico de drogas?

—Empiezo por no saber ni quién es el ahogado. ¿Se ha enterado usted acaso?

—Si en veinticuatro horas no me entero de algo aquí, no tendré más remedio que ir a Holanda. Allí hay una pista.

La gravedad sustituyó de repente la sonrisa prefabricada del señor Ramón.

—Le pasaré factura.

—Pase lo que quiera, pero no venga por aquí hasta que no sepa algo concreto. No me interesa verme mezclado en todo esto. ¿Han detenido a su novia? Si no lo han hecho pueden detenerla en cualquier momento. Han sellado los meublés. Casi todos, menos los supercaros. Y los bares. Su chica corre peligro.

—Trabaja en casa, por su cuenta. Exactamente igual que su mujer.

Los dos hombres se aguantaron la mirada. Las pecas del rostro del señor Ramón le parecieron casi amarillas.

—Mire, Carvalho, está en marcha una operación de limpieza bastante seria. Ha cogido el asunto un juez cabezota y según parece han aparecido nombres graves en lo de las drogas. Muy graves. ¿Me entiende? Cuando empiezan a caer los peces gordos los demás no tienen escapatoria. Le pago para que corra usted los riesgos, si no ya habría ido yo mismo por ahí a buscar información. De modo que váyase, por favor, y no me complique la vida.

—De momento le pasaré factura si tengo que irme a Holanda.

El ademán del otro fue a la vez, de asentimiento y de despedida. Carvalho bajó a la tienda y se paró ante la Gorda.

—Cómo corres, chica, a pesar de lo fatibomba que estás...

El coraje de la muchacha se concentró en los ojos, en los que empezaron a formarse lágrimas de rabia. Queta observaba la escena desde su puesto de trabajo. Carvalho dejó para mejor ocasión una parrafada con la patrona. Volvió a palparla con la mirada cuando pasó a su lado. Hasta la calle le siguió trabajando la imaginación en una complicada escena erótica en la que la Gorda se acostaba con el señor Ramón y él se llevaba a Queta a un pajar como los de su casa de Souto. Se puso a reír ante la insistencia de la aparición del pajar en su imaginación erótica. Otra imagen ocupó repentinamente una extraña pantalla en cinerama que le cabía en el cráneo. El señor Ramón con los ojos asustados y él, Pepe Carvalho, dándole tantos puñetazos como pecas tenía en su cara hervida.

—¿GINÉS?

—¿Qué Ginés? Hay cuatro.

—El más chulo.

—Entonces sólo hay uno. Vaya al cuarto piso. Y tenga cuidado que hay tramos de andamio.

El bloque aún era una armadura de hormigón y andamiaje metálico; a distancia aparecía salpicado por las bolitas color naranja de los cascos protectores de los albañiles. Al pie de una de sus secciones, Carvalho encaramó los ojos por la geometría de las estructuras y empezó a subir.

—¡Eh, usted!

El encargado corría hacia él con un casco en la mano.

—No suba sin esto. Hay mucho aprendiz y aquí le descalabran a uno en cuanto se descuida.

Se puso el casco y le pareció recibir la investidura de la aventura. La escalera era apenas una rampa de cemento en la que se habían insertado ladrillos para ir poniendo el pie. Al llegar al cuarto piso Carvalho hizo unas cuantas respiratorias. El horizonte parecía dominado por la provisionalidad de construcciones como aquélla, un bosque de esqueletos cúbicos de crecimiento tenaz. Al fondo caía la cortina amarilla de las nieblas del cinturón industrial.

—¡Ginés!

Un casco naranja se alzó y bajo él estaba el rostro rubio y ratonil de Ginés.

—¿Has perdido el sombrero?

—¿Tienes un momento?

Con el revés de la manga, Ginés se secó el sudor que desbordaba sus cejas frágiles.

—¡Ay, Pepino, que me morro de calor! Si me los ganara tan descansados como tú. Dime.

—Ando buscando a un tipo. Un ahogado. Apareció en la playa hace unos días y tengo que saber quién es. La policía no ha dado ninguna descripción. Llevaba un tatuaje: «He nacido para revolucionar el infierno».

—Menuda ha armado el ahogado ése. La policía ha puesto todo el barrio patas arriba. A mi hermano no le trincaron de milagro.

—¿Sabes algo?

—Nadie sabe nada. Todo está relacionado con las drogas y con los chulos franceses que han traído prostitutas hasta del Camerún. Pero no sabe dónde empieza ni dónde acaba.

—¿Sabes cómo se llama el ahogado?

—No. Ni puedo enterarme. Durante quince días le voy a dar el callo, voy a llevar a los niños a los caballitos y le voy a ayudar a mi mujer a hacer ovillos de lana, para que me haga un jersey de invierno. Que en estos últimos diez años ya me he pasado siete dentro, tú.

Carvalho había conocido a Ginés durante una reclusión en la cárcel de Aridel. Ginés estaba por haberle roto el brazo a un vigilante nocturno de un silletazo.

—¿Sabrá algo Félix?

—Ése es el primero que ha escondido sus ciento cincuenta quilos bajo tierra.

—¿El Valencia?

—Ése está un día privado y otro pirado. Tiene las macetas de su casa llenas de kifi y mientras la mujer le traiga cuartos, él tranquilo. Pepe, recurre a otra gente. Yo tengo todos los contactos cortados y esto huele feo, muy feo. Cuando se cierran los meublés como se han cerrado, a cal y canto, quiere decir que la cosa va para largo y en serio.

—Vamos a tomar una copa. ¿Puedes bajar?

—Si doy un motivo, sí.

—¿Qué motivo vas a dar?

—Que quiero tomarme una copa contigo.

Bajó el Ginés silbando: «Ni se compra ni se vende...», y llegó abajo con dos pisos de ventaja sobre Carvalho.

—Y de política, ¿qué? A ver cuándo viene el Krushev en vespa.

—El Krushev ya no va a venir ni en vespa ni en nada. Se ha muerto. Y yo de política nada.

—Pues yo que presumía de tener un amigo que iba pa ministro.

Llegaron a la altura del encargado.

—Oye, este señor tiene sed y le acompaño a un bar.

—¿Y si viene el contratista qué le digo?

—Eso es cosa tuya.

Refunfuñó algo el ya distante encargado. Ginés se tapaba la risa con una mano.

—Quédate ahí, amargado, que eres un amargado. Tiene úlcera, ¿sabes?

—Y tú también.

—Pero yo la mato a base de copas.

—¿Te dejan hacer lo que quieres?

—Me tienen un respeto. Soy el mejor. Y a mí más vale tenerme contento.

Carvalho conocía las cotas étlicas de Ginés. Sabía que a la cuarta copa hablaba de su madre. A la sexta, de su mitificado hermano, compañero de juergas. A la décima, ya hablaba de lo que Carvalho quería. El bar, lleno de mesas de plástico a topos y calendarios de gordas en bikini, tenía el suelo cubierto por una capa de mugre, resistente incluso a los punterazos que le daba un Carvalho impaciente.

—Ginés, ¿si te cayeran mil pesetas, no me rastreabas tú esta noche lo del ahogado ése?

—Que por ti lo haría, Pepino. Pero son malos tiempos, te lo juro. Y mi madre está delicada. No quiero darle otra vez el disgusto de que me enchironen. Prueba con el Bromuro. Lo que él no sepa de esto...

—¿Seguro?

—Seguro. Y si no te ha podido decir nada debe ser porque no se sabe. Tal vez ni la policía lo sabe.

—El ahogado conservaba los dedos y existe una cosa que se llama carnet

de identidad.

—Es verdad. Pero cuando no se ha escapado el nombre es porque se lleva todo con mucho cuidado. Tú no bebes, Pepino. Tú me estás tirando a mí de la lengua, pero tú no bebes. Eres un gallegazo. Eso es lo que eres.

Tenía Ginés la cabecita echada hacia atrás y miraba a Carvalho con fingida provocación. Carvalho meditaba sin hacer caso de la bravata del rubio.

—Te veo muy preocupado. ¿Es algo tuyo ese muerto?

—No. Pero me interesa el asunto.

—Oye, has puesto cara de tío de película. Tienes estilo. Pero eres un tramposo. No te has bebido ni dos copas y yo llevo quince.

—¿Tienes que volver al trabajo?

—Me pongo malo y no voy. La casa, se acabará lo mismo. Anda, vámonos de tapas a la calle Escudillers.

—No puedo. Te lo juro.

—Vete entonces. Yo me quedo otro rato. Lo siento, pero yo a mi madre no le doy otro disgusto de muerte.

Estaba casi lloroso.

—La última vez fue mi hermano. Le encontraron en la cama con la mujer del dueño de su taller y le querían moler a palos. El amo y los hijos. Le dieron con un martillo, y él se defendió. Ya sabes cómo somos, pequeños, pero los tenemos así. Seis meses. La ley de vagos y seis meses. Y eso porque aún le salió bien. Y mi madre se puso, no veas cómo se puso.

—¿Y tu mujer?

—La han preñado.

—¿Quién?

—Yo, a lo mejor. Pero lo seguro es que está preñada. Así.

Con las manos marcaba Ginés la preñez de su mujer y se partía de risa. Recordaba Carvalho la sombra de una muchachilla andaluza, delicada, de huesos pequeños y ojos grandes, al otro lado de la doble reja del locutorio. Ginés se inclinaba entonces hacia él y le decía:

—Es mi mujer. Está muy buena, aunque no lo parezca. En cuanto salga la sobo un poco y en dos días se pone que da gozo y yo morao.

Hacía casi diez años de todo aquello y sólo Ginés seguía siendo el mismo.



CENÓ A BASE de tapas en la Plaza Real y marchó hacia el piso de Charo con dos litros de cerveza en el estómago, agriada por medio quilo de pescadito frito excesivamente enharinado y aceitoso. Abrió la puerta con su llave y sorprendió la escena que había presentado. Una de las dos protegidas de Charo estaba llorando sobre el tresillo, mientras un jovenzuelo afilado y malva daba paseítos nerviosos a su alrededor. Charo intentaba consolar a la muchacha que lloraba; la andaluza estaba en la cocina.

—¿Tú qué haces aquí?

—Es el novio de ésta.

Medió Charo. Carvalho señalaba con un brazo la puerta de la calle al chico. Las facciones del joven malva se habían relajado, daban paso a una sonrisa de camorra presentida. Carvalho valoró sus manos bastante grandes llenas de anillos aparatosos.

—Métete la bisutería en el bolsillo y largo.

—A ver si te la meto en la boca.

Carvalho pareció desentenderse de su amenaza anterior, pero se revolvió de pronto y le pegó al otro con el canto de la mano en el cuello. Retrocedió el muchacho un paso con las manos en la garganta y ya Carvalho le machacaba la boca con un derechazo y un izquierdazo. Ni los gritos de la novia ni el rugido de Charo le contuvieron. Carvalho cayó sobre el encogido cuerpo, le agarró los cabellos y lo tiró contra la pared. El muchacho quedó sentado en el suelo. Las manos de Carvalho se metieron en sus bolsillos, en su cintura, en los sobacos, en la caña de los mocasines. Sacaron una navaja cerrada de alguno de esos lugares. Se apartó del cuerpo y desde el centro de la habitación contuvo con la mirada las acciones de las tres mujeres. La

indignación y el miedo habían paralizado a Charo. La andaluza preparaba sin duda un sermón racionalista y la novia estaba abrazando al novio ensangrentado y caído.

—Ya os dije que vuestros chulos no pusieran los pies aquí.

—¡Creí que le habían cogido!

Gemía airada y llorosa la muchacha, arrodillada junto al caído. Charo repetía como un disco rayado que fuera con ella a otra habitación, que tenía que decirle dos cosas. Carvalho la apartó de un empujón.

—La policía no está jugando. La gente cae como chinches y a dos pasos vosotras jugando a monjas y frailes.

Carvalho invitó a Charo a que saliera de la habitación. En la cocina no le dio tiempo a que hilvanara su memorial de agravios. Le pintó crudamente la situación de la calle. La Charo empezó a sustituir el miedo a Carvalho por el miedo a lo que podría ocurrirle si se veía metida en los acontecimientos. En cualquier caso, insistía, no es como para ponerse así con ese chico, Pepe, repetía.

—No soporto a los macarras.

—Éste no es mal chico. La quiere de verdad. Esta chica habría acabado muy mal si no es por él.

—Han de entender las cosas por las buenas o por las malas. ¿Te has enterado de algo de lo que te dije?

Charo sólo había podido hablar con cinco gobernantas. Una de la calle Fernando creía recordar a un tipo que llevaba un tatuaje extraño, no sabía si exactamente aquél.

—En la calle Fernando no hay ningún meublé.

—Bueno. El de esa bocacalle corta. Nunca me acuerdo del nombre.

—¿Vive allí?

—No. Vive con su hijo en un piso de la Ronda. Junto al mercado de San Antonio. Me ha dicho que hace bastante tiempo fue varias veces allí un hombre que se parece bastante a la descripción que me diste. Fue varias veces con la misma. Una chica a la que llaman la Pomadas o la Francesa. Finge ser francesa y siempre lleva pomadas para vender a los clientes y ganarse un sobresueldo. Esa chica francesa le comentó que era un tío muy raro y que

llevaba escrito un tatuaje muy extraño. De todas maneras no es un tipo que se haya movido por aquí. No se le recuerda.

—¿Se puede encontrar a la Pomadas?

Charo salió y volvió un minuto después.

—Dicen que preguntes en un bar que está casi esquina con la calle Fernando. Es uno de los pocos que no han cerrado, aunque se ha vaciado de chicas.

—Bueno. De todas maneras yo me voy fuera y vendré dentro de unos días.

Charo frenó la salida de Carvalho de la cocina y le besó en la boca. Le dijo al oído que no hiciera más barbaridades con los otros. Que eran buena gente. Carvalho la apartó suavemente y fue hacia la sala. El muchacho tenía la cara perdida y las dos mujeres trataban de arreglarle algo con paños mojados.

—Cuando éste se encuentre mejor, a la calle. Y si vosotras no estáis dispuestas a entrar en razón, a la calle también. Ya os tengo dicho que no quiero que la Charo se vea envuelta en esto.

Carvalho hablaba con un tono casi amable y la andaluza creyó llegado el momento de soltar el sermón.

—Bueno, Pepe. Las cosas pueden decirse de muchas maneras y no te costaba nada haber entrado con modos y haber dicho esto quiero, sin llegar a las manos. Estamos pasando lo que estamos pasando y tenemos que ayudarnos por humanidad, Pepe, por humanidad. Un poco de humanidad.

—Toda la que quieras. Pero en cuanto remendéis a ése, a la calle.

—¡Ya nos veremos las caras!

Gritó el muchacho con más coraje que voz.

—De la tuya poco queda que ver.

Contestó Carvalho al paso mientras salía. Charo le esperaba en la puerta. No se dijeron nada mientras bajaban por el ascensor, ni al salir a la calle. Carvalho parecía ensimismado. La Charo se le colgó de un brazo cuando llegaron al centro de Las Ramblas.

—¿Dónde vas tú?

—¿Quieres que vaya a tu casa? ¿Vas a estar fuera muchos días?

Carvalho se encogió de hombros. Fueron hasta la puerta del bar indicado.  
—Yo pregunto y tú te callas —advirtió.

La redada había tenido la virtud de aclarar el ambiente en casi todos los bares del barrio. Como por arte de encantamiento habían desaparecido las bombillas rojas y verdes y nuevas lámparas de cien watios provocaban una luminosidad de escaparate. A la cruda luz blanca aparecían todas las cosas como desconocidas. Carvalho y Charo se instalaron sobre los taburetes altos y giratorios de la barra. El barman tenía la lengua pegada al paladar y no la soltaba a pesar de las incitaciones de Pepe. Nada sabía de la redada. Ni de las causas. Pepe sólo tuvo que mirar a Charo con un cierto desamparo. La mujer cerró los ojos, se acodó en la barra y acercando su cara a la del barman le dijo:

—Mira, es que estoy en un ay por una amiga.

Y no sé si la han apalancao o no. Es la Pomadas.

El barman descubrió en Charo la carne y la voz de su tribu. Hasta entonces le había parecido un apéndice de Pepe. El barman tenía oficio y casi sin mover la cabeza se aseguró de que sus confidencias no iban a ser escuchadas por extraños.

—La Pomadas ya no estaba en este barrio. Se fue a la Carretera de Sarria hace seis meses. Por allí también han pasado, pero poco.

Carvalho dejó cinco duros de propina. El barman se lo agradeció con un guiño. Ya en la calle una orgullosa Charo se le colgó del brazo otra vez y formuló la conclusión moral de todos los acontecimientos de la tarde que habían compartido.

—¿Lo ves? Un poco de amabilidad y se consiguen mejor las cosas.

A Carvalho le entraron ganas de reírse. La Charo se dio cuenta y se metió toda por aquella grieta intuida en el monolítico Pepe.

—¡Ríete! ¡Ríete si tienes ganas, que no te voy a cobrar nada!

Carvalho dejó de hacerle caso para resumirse la situación. Una pista apuntaba a Holanda, a un trabajo concreto, a un lugar concreto. Otra, a una mujer de la vida que habría puesto a buen seguro todas sus pomadas y todos sus almohadones hasta que pasara la tormenta.

—Charo, yo me voy a Holanda y tú me buscas mientras tanto a la

Pomadas. Con tranquilidad, con paciencia y sin arriesgar.

La Charo le daba pequeños besos en la hombrera y Carvalho empezó a notar que los besos traspasaban aquella corteza y le provocaban una tormenta sobre toda la superficie de la piel.

EL AVIÓN hacía escala en Niza y a Carvalho le gustaba el espectáculo de las colinas de la Costa Azul. Kilómetros y kilómetros de alcores ocupados por villas sumergidas en una vegetación bien ordenada. Carvalho comparaba aquella racionalista especulación de pequeños paraísos con la enloquecida especulación de las costas de España. En su cerebro empezó a tejerse la vieja lógica de otros tiempos, la lógica que servía para unir causas y efectos del bien y el mal. Pero cuando esta lógica empezaba a hacerse exigente, una señal de alarma funcionaba en el cerebro de Carvalho y apartaba de sí las cavilaciones. Le repugnaba cualquier tiempo perdido en el análisis del mundo en que vivía. Hacía ya tiempo que había decidido estar de paso entre la infancia y la vejez de un destino personal e intransferible, de una vida que nadie viviría por él, ni más, ni menos, ni mejor, ni peor. Los otros podían irse a tomar por culo. Había limitado su capacidad de emoción abstracta a la que pudiera transmitirle el paisaje. Sus restantes emociones se las proporcionaba la piel.

En Niza subieron diez pasajeros y las azafatas azules de la compañía holandesa los distribuyeron en los asientos supervivientes. Junto a Carvalho se sentó una anciana coriácea con un típico sombrero floreado y esa piel blanca de las ancianas pulcras y bien cuidadas. La mujer tenía ganas de Conversar y Carvalho se vio metido en una absurda investigación sobre las causas de que la salinidad del Mediterráneo descendiera alarmantemente de año en año. Por el trajín de las azafatas dedujo el momento en el que el viaje entraba en su último tercio. Se metió en el lavabo. Revisó sus papeles. Comprobó que llevaba el carnet de detective privado español y el carnet ya caducado que le había extendido hacía ocho años la policía de San Francisco.

Revisó el revólver «Star» de la sobaquera. Del bolsillo de la chaqueta sacó dos navajas automáticas. Una era la del chulo al que había apaleado en casa de Charo. La tiró por el sumidero de la letrina. La otra era la suya. Una magnífica navaja mejicana que le acompañaba desde sus correrías por la Baja California.

Se levantó el pantalón y metió la navaja en una funda adherida al interior de la caña del mocasín. Volvió a su asiento. La anciana francesa dormitaba. Carvalho aprovechó la tregua verbal para concentrarse en los hechos que habían propiciado su viaje. En el centro de su imaginación aparecía una y otra vez el cuerpo sin rostro de aquel hombre «alto y rubio como la cerveza». Sin darse cuenta iba rellenando la cara vacía y unas veces aparecía el rostro de Jean-Pierre Aumont en *Scherezade*, otras el de Tab Hunter. Tal vez un Ives Montand rubio con las facciones menos apayasadas. La canción de la que le había hablado el Bromuro le vino de pronto a la memoria, aunque de manera confusa:

«Él llegó en un barco  
de nombre extranjero  
le encontré en el puerto al anochecer  
en su voz amarga había la tristeza  
doliente y cansada del acordeón...»

Más o menos así. En otro momento la canción decía:

«Era alto y rubio como la cerveza  
y el pecho tatuado con un corazón...»

La canta una mujer que quedó prendada del hermoso extranjero. Del hermoso marino que pasó una noche, sólo una noche, por su vida. ¿Existía esa mujer en el caso del hombre tatuado que estaba buscando? El personaje tenía la dosis de misterio necesaria para que una mujer quedara enganchada en él como los pájaros en el ligue de las ramas.

—Los hombres misteriosos son pegajosos.

Se dijo Carvalho, casi en voz alta. Esa mujer podía ser la Pomadas. Ya es un dato que el hombre frecuentara durante algún tiempo a una misma prostituta. Sin duda, en algún lugar que Carvalho desconocía, una mujer, la protagonista de la canción, podía revelarles todos o casi todos los misterios del «hombre alto y rubio como la cerveza». El contenido del tatuaje también era sorprendente. Una cosa es un legionario de entreguerras borracho de desprecio y literatura que se va de aventuras con un fusil y unos versos de Apollinaire. Eso ya no puede ocurrir en este último tercio de siglo. La gente, pensó Carvalho, ha descubierto que sólo es capaz de hacer lo que puede hacer. Nadie se inventa su propia vida como quien se inventa una novela.

«Por eso lo busco por todos los puertos  
y a los marineros pregunto por él  
si está vivo o muerto yo sigo buscándole fiel...»

La azafata le rozó para desensimismarle. Le indicó el cinturón con una sonrisa llena de carne sana y rouge enmarcada por una cabellera castaña, casi pelirroja, de las que no se encuentran en España. Carvalho siguió con la vista la normativa ronda de la azafata vigilante de los cinturones, los cigarrillos encendidos y los respaldos vencidos. Está muy buena. Empezaba a sentirse poseído por la fiebre erótica del forastero que identifica las ciudades nuevas con nuevas mujeres. Todo viaje tendría que conducir necesariamente a una mujer sorprendente, un propicio final, la mejor estación término. ¿Por qué no la azafata? Carvalho trató de enredar la mirada de la azafata con la suya, pero ella examinaba a los pasajeros con profesionalidad indiscriminadora y pasó por el rostro de Carvalho como quien pasa por un objeto recontado y almacenado.

Carvalho se desentendió de su impulso erótico y alargó el cuello para contemplar más allá de la vieja francesa el rectilíneo verdor de una Holanda que se agrandaba a medida que el avión perdía altura. La dama francesa intentó pegar la hebra sobre temas holandeses. Carvalho le aseguró conocer



Amsterdam, Rotterdam y Leyden. La dama francesa iba a Rotterdam, a casa de su hija, casada con un profesor de florete del equipo olímpico holandés. ¿Carvalho iba a Rotterdam?

—No. A Amsterdam.

A pesar de que su destino real era La Haya, Carvalho había escogido Amsterdam como punto de partida. Ante todo porque las distancias en Holanda no existen y sobre todo las distancias entre Amsterdam y La Haya o Rotterdam. Y luego porque Amsterdam era una de las ciudades del mundo que más le habían calado e intuía que el hombre alto y rubio como la cerveza no encajaba totalmente con el modelo de obrero español anclado en la Philips de La Haya. Los pasos de aquel hombre debían haber dejado alguna huella en la espléndida Amsterdam, en la noche del barrio de las Luces Rojas.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Schipol, situado a tiro de Amsterdam y Rotterdam. Carvalho conocía el terreno y ahorró movimientos. Fue con seguridad hasta la estación de autobuses. Su vehículo se llenó de trabajadores que volvían negroides, embigotados y ruidosos de las vacaciones pasadas en su tierra. Turcos, griegos, italianos, españoles, portugueses, el abecedario de la Europa dura y pobre. Anochecía, pero aún tuvo tiempo de entrar en contacto visual con la geometría verde y acuosa del campo holandés en el trayecto entre Schipol y Amsterdam. Los turcos, fugitivos de la Europa de secano, habían perdido la alegría inicial y lentamente aceptaban la convención del silencio que imponía aquella parte de Europa trazada con tiralíneas.

EL VIEJO Hotel Schiller era para Carvalho una de las notas positivas de Amsterdam. Desde la ventana de una habitación algo venida a menos tenía la perspectiva de la Rembrandtplein, en cuyo centro el peso pesado Rembrandt posaba inmóvil para la Historia con una pose de serenidad que jamás había tenido en vida. Si los holandeses pudieran, pensó Carvalho, convertirían la torturada pintura de Rembrandt en un cuadro francés al pastel del XVIII. Sobresalía sobre los tejados la figura dorada del ángel de la trompeta encaramado sobre el reloj de una plaza cercana. Postergó para el día siguiente el viaje a La Haya. Atardecía a una velocidad nórdica y quería aprovechar el tránsito de la tarde para recuperar viejos itinerarios entre los canales hacia el barrio de las Luces Rojas, la Estación Central, el Puerto. No quería perderse la cena en un restaurant indonesio y sabía que Amsterdam tenía dos opciones notables: o el Indonesia o el Bali. El primero estaba a dos o tres manzanas del hotel y su Rijsttafel era inapelable.

Nada de este mundo podía impedirle tomarse un par de «jenever» seguidas de sendas jarras de cerveza en la primera taberna que encontrara. Las tabernas inglesas y holandesas conservaban al cliente con el tacto visual de la madera y las mesas aviejadas, del espacio repartido para sentarse y conversar, para dar tiempo a que la cerveza se adaptase a la geografía de los estómagos. Carvalho se comentó una vez más que los pequeños detalles son los que dan significado definitivo a todo. Una de las ilusiones de su viaje a Holanda era poderse tomar las dos copas de ginebra holandesa seguidas de las dos jarras de cerveza. Es una ginebra irrepetible, no tan refinada ni adornada como la inglesa. Sobre la base de los cereales y las bayas de enebro, la ginebra holandesa hay que exigirla a los camareros. Consideran que es

demasiado tosca para paladares no acostumbrados y tratan de ofrecerle el «gin» inglés. Cada cosa en su lugar. Carvalho recordaba aquel siniestro amontillado californiano que tantas veces se había tragado a falta de un amontillado de verdad o el borgoña californiano o aquellos vinos blancos de California que se parecían a los blancos gallegos como el apio al espárrago.

Si en un cuerpo caben dos jenever y dos jarras de cerveza, caben cuatro. Carvalho realizó la comprobación con una inmensa capacidad de sacrificio experimental y salió a pasear, dispuesto a aceptar que el mundo, al menos en la parcela holandesa, estaba bien hecho. Los canales se le habían oscurecido, pero él llevaba los canales de la sangre iluminados por el alcohol. Pateó algunas calles, sorprendió las primeras oscuridades que guardaban aguas y arbolado en el estuche de la noche. Pasaban lentos ciclistas con la velocidad dormida y coches rápidos que daban por seguro el instinto de conservación de los transeúntes.

Había refrescado y decidió regresar al hotel para abrigarse. El recepcionista le dio la llave y le dijo que aguardara unos instantes. Del fondo del hall venía hacia ellos una gigantesca gabardina sobre la que aparecía un diminuto sombrero tirolés verde con una pluma gris. Un ario puro se identificó rápidamente a Carvalho con la placa de policía. Hablaba en inglés y le preguntó si tenía inconveniente en cruzar algunas palabras. Carvalho y el policía se sentaron en el mismo rincón del que había partido el funcionario. En la mano del policía apareció una pequeña cajetilla de madera en la que se alineaban puritos del tamaño de mondadientes. Carvalho aceptó uno.

—Nos acordábamos mucho de usted.

—Han pasado muchos años.

—No los suficientes. Estuvo aquí dos años como especialista en seguridad.

—Era un cargo político.

—Sí. Ya estoy enterado. Mi colega, Rinus Kayser, le recuerda bien y le manda sus saludos. No ha podido venir personalmente. ¿Va a estar muchos días en Holanda?

—Pocos. Tres. Cuatro.

—¿Motivos?

—Sentimentales.

—¿Una chica?

—Amsterdam. Es una ciudad que me encanta.

—Ya. ¿De veras no viene usted a nada profesional? Podríamos ayudarle.

—Trabajo muy poco y como investigador privado, como dirían ustedes. Vivo ahora en España, donde el oficio sólo se aplica a vigilar esposas infieles.

—¿No vigilan a esposos infieles?

—En España es el hombre quien tiene dinero para investigar la infidelidad de su mujer.

—¿Algún caso en Holanda?

—También hay moteles en España. Las parejas infieles no necesitan irse a Holanda para poner los cuernos.

—Bien. En cualquier caso ya sabe dónde nos tiene. Nos desagradaría mucho que no hubiera tenido confianza en nosotros.

Carvalho despidió al policía con una amabilidad céltica. Cruzó incluso la puerta giratoria para acompañarle hasta la calle. Después subió a su habitación repasando mentalmente la entrevista. No suponía que las cosas hubieran podido ir tan rápidas. Claro que sabía dónde encontrarles. En Holanda uno no ve ni un policía en la calle pero hay tantos cuartelillos como castañeras en España en invierno. Consideró la posibilidad de que le vigilaran durante su estancia en el país. No lo creyó previsible. A no ser que su llegada hubiera sido precedida de un informe de la policía española, caso de que ésta estuviera al tanto de su trabajo y lo hubiera relacionado con el tráfico de drogas. Pero lo probable es que se tratara de una simple advertencia indirecta por parte de la «Polizei». Sabemos que estás aquí y ya no tienes bula de especialista en seguridad enviado por el gobierno USA. Bien. Se daba por enterado y suponía que la cosa no pasaría a mayores.

La fijación del restaurant indonesio se impuso sobre las cavilaciones. Cada uno de los pasos que dio en dirección al Indonesia le aumentaron el apetito. Tampoco se lo rebajó el corto viaje en ascensor hasta el piso donde estaba el restaurant. Ante la amplia carta desplegada decidió que no había opción posible: un Rysttafel, el más caro. En cualquier otro lugar del mundo

hubiera sido una herejía no tomar el Rysttafel con vino. Pero en Holanda era una herejía no tomarlo con un par de copas de cerveza bien helada. La ceremonia de encendido de las velas bajo los platillos que componían el Rysttafel le produjo una pequeña depresión. Es el característico bajón de tono que a uno le sacude cuando se predispone a comer solo. Frente a este tema peligroso sólo vale comer mucho y bien. A los cinco minutos el estómago plantea una batalla persuasora con el cerebro y como siempre ocurre en este tipo de batallas el inteligente práctico se impone al inteligente teórico. La lengua sirve de intermediaria entre el espíritu y la carne y acuerda el ligue con una perfección de alcahueta graduada en la Universidad. El cacahuete dominaba en las salsas, como acompañante o como ingrediente directo. La variada gama de estofados y frituras ablandadas por la salsa se adaptaban al reposo blanco y neutral de los alargados granos del arroz indio. Y cuando la lengua empezaba a dar muestras de irritación por la frecuencia de las especias o la pastosidad de las salsas, media copa de aquella cerveza la dejaban lavada y como nueva para proseguir sus mágicas investigaciones.

MUCHAS del barrio judío son simples decorados exteriores para que la ciudad conserve su ritmo visual. Pero por dentro están vacías, en pleno derrumbe otras, apuntalada la fachada para que resista hasta el final de la comedia. No era aquél el caso. Un edificio noble con rótulos de plateros, olor a dinero y a oficinas eficaces. Carvalho subió dos pisos. Llegó ante una puerta enmarcada en un tubo de neón encendido. En el centro una placa: Mr. Cooplan, Import & Export. Sin separar los ojos de la puerta alargó un brazo hasta que la mano topó con un jarrón de cerámica de Delft. Levantó el jarrón con la punta de los dedos hasta hacerse el suficiente sitio como para encontrar lo que buscaba. Una llave.

La metió en la cerradura con decisión. Ante él se abrió un pasillo pintado de color verde claro, muy iluminado. De una puerta de cristal al fondo avanzó hacia él un hombre vestido como un maniquí de boutique masculina de los Campos Elíseos. A medida que se acercaba, los rasgos físicos también concertaban con los inanimados y perfilados de los maniqués. Sus pasos bien rimados a pesar de la sorpresa que traducían, se detuvieron a dos metros de Pepe. Hasta las canas del individuo parecían canas prefabricadas para enmarcar un rostro atezado y joven.

—¿Tú?

Los ojos del hombre fueron hasta la mano de Carvalho donde estaba la llave.

—¿Aún conservas la llave?

—No. Es la que estaba debajo del jarrón.

Arqueó una ceja el maniquí, sólo una, pero con la precisión de un actor en los momentos más oportunos. Dio un talonazo y quedó de espaldas a

Carvalho, en marcha hacia su punto de partida.

—Sígueme.

Carvalho no obedeció. Empezó a moverse con parsimonia, a abrir puertas que daban a oficinas pulcras, en espera del siguiente día laborable. Se metió en una habitación llena de archivos. Los cajones estaban cerrados.

—Pierdes el tiempo.

El maniquí estaba en la puerta. Sin duda lo que había en su rostro era ironía.

—Es lo que me sobra.

—¿Qué buscas?

—Información.

—No tengo por qué dártela. Ya no estás en la casa.

Como siempre, Max Blodell hablaba a Carvalho en una curiosa mezcla de inglés de Harvard y castellano colombiano, los dos lugares de este mundo donde Blodell había necesitado aprender idiomas.

—Y te diré más. Vete cuanto antes, Pepe. No estás bien visto. Pocos se marchan dando portazos. ¿Qué haces?

Blodell avanzó hacia Carvalho. Pepe tenía en la mano una pistola y apuntaba el candado de un archivador. Blodell reprimió el gesto de coger la pistola de Carvalho y se llevó la mano al sobaco. Carvalho no le dio tiempo. Le hundió el cañón de la pistola en el estómago.

—Sigues siendo un histérico. ¿Está por ahí Cor?

—No. Está trabajando en Indonesia.

—¿Cómo has podido desprenderte de tu amor?

—Es una historia pasada.

—¿No conseguisteis vuestro propósito de montar una rama homosexual de la CIA?

Max se retiró unos pasos. Parecía hastiado.

—Vete, Pepe, y no te lo tendré en cuenta.

—No voy a estar mucho rato. Pero necesito algunos datos.

—No puedo dártelos.

—Un favor por otro favor.

—¿Qué favor?

—El que os hice siempre a ti y a tu Cor no revelando a la central que os queríais hasta que la muerte os separara.

—La vida privada...

—No te lo crees ni borracho. Sabes que en cuanto la central descubre a un homosexual en sus filas le da un trato diferente y en ocasiones tiene que ejercer como tal.

—Siempre fuiste un rastrero.

—Son pocos datos y nadie va a saber que los saqué de aquí. Investigo cosas poco importantes. ¿Aún estás al frente de la sección de inmigrantes latinos?

—Sí.

—Bien. Estoy buscando la pista de un español que trabajó en la Philips de La Haya. Sólo sé que llevaba un tatuaje que decía: «He nacido para revolucionar el infierno».

—Parece un verso de Milton.

—No lo es.

Max le hizo un gesto para que le siguiera. Se metieron en la habitación contigua. Buscó en un archivo dedicado a señas de identificación peculiares.

—Aquí no consta ese tatuaje.

Pepe ojeó algunos rostros, mecánicamente, sin un objetivo concreto y al fin se dio cuenta de que revivía acciones pasadas, cuando junto a Max y Cor era el responsable de aquella oficina de la CIA en Amsterdam.

—Lo siento. No puedo ayudarte.

—Puedes ayudarme. Lo que tú no sabes tal vez lo sepa otro. Algunos ex compañeros que vieran el tatuaje.

—Mis confidentes no te valen. Si lo hubieran visto me lo habrían dicho.

—Sí. Pero no sólo tus confidentes están bien enterados. Dime algún líder, algún obrero español de éstos que tienen cierta autoridad y lo saben todo, y son respetados, consultados.

—¿Comunistas?

—No necesariamente. Casi mejor que no. Son suspicaces y tengo poco tiempo para sacar la información. Un líder «nato» y más o menos apolítico.

—¿De la Philips de La Haya?



—Justo.

Lo hizo pasar a otra habitación. De un armario idéntico a los anteriores sacó una ficha.

—Éste te servirá.

Carvalho anotó el nombre, la edad, el lugar de nacimiento de aquel hombre enjuto, cuarentón, con los labios finos, la barbilla cuadrada y una frente exagerada por la calvicie de entradas anguladas. Max le hizo un plano de las instalaciones de la factoría y de los lugares de salida de los obreros.

—Sale por aquí. Casi siempre le acompaña otro. Creo que son paisanos. A las doce y dos minutos le encontrarás seguro. Van a comer.

—¿Le has seguido?

—A veces.

—¿Es un rojo?

—No. Pero colabora con los rojos cuando cree que hay una reivindicación puramente laboral. Y los rojos también buscan su colaboración porque tiene mucho prestigio.

—¿Desconfiado?

—Mucho.

—¿Y si no es éste?

—Lo veo difícil.

—¿Y a través de prostitutas?

—Ahora es imposible. Hay muchas y no todas censadas por la policía oficial. Hay muchas policías privadas paralelas que las protegen y las ocultan. Antes las alemanas y las italianas eran seguras, pero ahora el mercado está reventando con tanta turca, griega y... española.

Se le escapó una risita. Carvalho se metió las anotaciones en el bolsillo y se encaminó hacia la salida.

—Deja la llave donde la has cogido. O mejor. Dámela.

—La dejaré donde la he cogido.

—Espero que sea la última vez que nos veamos.

—Nunca puede decirse una cosa así.

—Yo sí puedo decirla.

Carvalho se volvió tratando de abarcar el *conjunto del piso y de recordar*

*qué papel pintaba* exactamente entre aquellas paredes cuatro años antes.

—Cor era un buen chico.

Algo parecido a la emoción puso brillo en los ojos de Max.

—Está muy bien situado en Yakarta.

—Recuerdo que ya estuvo allí cuando las matanzas de rojos de 1965 y 1966. ¿A qué ha ido ahora?

—Los rojos se reproducen como las plantas bordes. Y hasta a los renegados siempre algo les queda.

Carvalho acarició fugazmente una mejilla de Max, quien se retiró como si se le echara encima un zarpazo.

—Yo nunca fui un renegado, Max. Fui un apóstata cínico. Nada más.

EL SOL del norte daba la razón a Pío Baroja. Matizaba los colores, no los emborrachaba con la brutal luminosidad del sur. Es esa claridad nórdica la que consigue matices en el mar de verde, envejecer los tejados avinados y pintar cada hoja de los árboles de Amsterdam con una pincelada distinta. Carvalho tuvo que realizar un gran esfuerzo para abandonar Amsterdam en dirección a La Haya. Frente a la Central Station desayunó «haring» crudo con cebolla en un chiringuito blanquiazul y rodante. Mientras comía el tercer canapé de pan negro con arenque crudo y cebolla, presenciaba el trajín de las barcazas acristaladas que se disponían a iniciar el viaje turístico por los canales. No debía marcharse de Amsterdam sin repetir una vez más aquel viaje que colocaba la ciudad sobre la cabeza del viajero casi acostado, quieto testigo del desfile fantasmal de una ciudad de los siglos XVI y XVII.

Los trenes de Holanda siempre parecen de cercanías. Recuerdan más un metro al aire libre que una red ferroviaria convencional. Las gentes suben y bajan con formalidades de viajeros de metro y las ciudades se suceden con un urbanismo armónico y continuado, con el fondo de una geografía sin variaciones. Recordaba la anécdota que le había contado Carrasquer, el profesor de Literatura Española de la Universidad de Ley den: Holanda sólo tiene una montaña de unos quinientos metros escasos y los holandeses ni la pisan para que no se gaste. Es como un monumento nacional. Seres ensimismados y apacibles acompañaban a Carvalho en el vagón. De vez en cuando sorprendía el vuelo de palabras españolas, o italianas o griegas, o las que creyó identificar como turcas. Pero la gravedad holandesa contagiaba a los meridionales del mundo. En un medio en el que el silencio es un valor convencional, los meridionales del mundo son silenciosos. O tal vez, pensó

Carvalho, simplemente temen romper el equilibrio psicológico de los metropolitanos con la lujuriosa fonética de los pueblos pobres. Carvalho se había traído una pipa para ambientarse y aprovechar la oportunidad de fumar tabaco holandés. Notó que el simple hecho de fumar en pipa le interiorizaba y le ayudaba a mirar a los otros y a las cosas con una mayor distancia. Chupaba el obediente apéndice y el humo rubricaba una relación prácticamente autosuficiente.

Una vez en La Haya prefirió andar un rato. Bajó desde la estación al centro comercial. Reconoció un restaurant que le había entusiasmado en su anterior estancia: *The House of the Lords*. Curioseó la cartulina del menú y se hizo el propósito de volver a comer allí por poco que pudiera. Entre los platos del día había caracoles de Alsacia y un «Gigot» braseado enternecedor. No había comido un Gigot correcto desde hacía años, concretamente en Dijon, con motivo de la fiesta del vino. Uno podía depositar su confianza en *The House of the Lords*. Recordó un pavo relleno con salsa de granada que había comido entre las paredes tapizadas de aquel remedo de club inglés. Por cierto, entonces había un cocinero gallego.

Se acercaba la hora de la comida y aceleró el paso hacia la factoría de la Philips. Aguardó la salida del personal mientras hojeaba la revista pornográfica *Suck*. La portada parecía dedicada a la consagración de la zanahoria. En cuanto salieron los primeros obreros, Carvalho dobló la revista y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Se mezcló con las avanzadas obreras que salían en busca de la comida y no tardó en oír hablar castellano. Siguió discretamente a dos hombres bajos, recios y acuarentados que iniciaban una decidida marcha hacia el centro de la ciudad. Se pegó a sus talones y en cuando se hubieron despegado de los otros obreros les abordó.

—Perdonen. Les he oído hablar en castellano. Estoy de paso y quisiera comer en un sitio donde hicieran comida de la tierra.

Los dos hombres se miraron y cabecearon dubitativos como si Carvalho les hubiera preguntado en un enclave de carreteras de Tordesillas si faltaba mucho para Aranda del Duero.

—Mal lo tiene aquí. Es distinto en Rotterdam o en Amsterdam. Pero aquí.

—Quizás en el Centro aquél.

—Sí, quizás en un centro al que a veces vamos a comer éste y yo. Si nos acompaña a un recado, después le diremos dónde cae y a lo mejor comemos nosotros también.

Carvalho vio cómo se esfumaba de su imaginación la cazuelita con seis espléndidos caracoles de Alsacia, pero aceptó el ofrecimiento como si agradeciera un indulto. Intentó pegar la hebra sobre las comidas. Los hombres le contestaban con una parquedad de reserva comanche-celbíbera. Por el acento adivinó que uno era gallego y al otro poco le faltaba.

—Sí, señor. Mi amigo es de Orense y un servidor de León —le informó el menos viejo y más hablador. Caminaban de prisa, con un objetivo concreto. Las manzanas quedaban atrás y el viaje parecía largo. De pronto desembocaron en una calle corta y arbolada. Cruzó tras los dos hombres. Se pararon ante el escaparate de un *night club*. Tras los cristales aparecía expuesta la mercancía femenina. Cinco o seis muchachas de procedencias exóticas (desde Francia hasta Cachemira) enseñaban sus senos a los transeúntes. En una esquina del escaparate una muchacha mostraba un solo seno y tenía por nombre artístico Finita del Oro.

—Es paisana.

Advirtió el leonés con la voz entrecortada por la emoción.

—¿De León?

—No, española.

—Es la que está mejor.

Apostilló el gallego. Los dos hombres se miraron, contemplaron por última vez a la paisana semidesnuda y empezaron a desandar lo andado. Habían cruzado media ciudad sólo para ver medio torso de mujer de la tierra.

—¿Tienen familia aquí?

No la tenían. El gallego era soltero y el leonés estaba casado, pero tenía la señora en León. Iba cada dos años por Navidad y entonces sacaba cierta tripa de penas.

—Yo aquí me porto bien. Primero porque quiero que mi señora se porte bien en León y yo correspondo. Segundo porque aquí el vicio está muy caro y hemos venido para ahorrar.

El leonés se había comprado ya un piso en León y daba estudios a su niña

mayor: estudiaba francés y taquimecanografía.

—Lo de los idiomas es muy importante. Uno se da cuenta cuando sale fuera.

El leonés hablaba ahora por los codos, liberado su espíritu de la comezón sexual. Se había marchado de España con los cuarenta cumplidos porque había entrado en crisis la industria azucarera leonesa donde trabajaba. Creía que en España se vivía bien en todas partes menos en cuatro o cinco provincias. «En la de usted se vive bien», comentaron cuando Carvalho les dijo que vivía en Barcelona.

—Pero soy de Lugo.

—¿De qué parte?

Pidió ansioso el tímido gallego que por fin ponía pie en un rincón de conversación propicia.

—De Souto, cerca de San Juan de Muro.

—Mala tierra. Muy pobre aquello.

Carvalho apenas si recordaba aquella mala tierra, ni su pobreza, pero lo aceptó con una cabezada enérgica. Preguntó si estaban bien. Si no tenían problemas. Los dos hombres se miraron.

—No nos interesa la política. Aquí venimos a ahorrar unas pesetas para volver a España.

—Pero ¿les tratan bien? ¿Se preocupa por ustedes la embajada española?

Volvieron a mirarse y al volver la mirada del leonés sobre Carvalho tenía los ojos incómodos como si tuviera el cuerpo en una comisaría. Carvalho intuyó que le tomaban por policía español que trataba de adivinar su disposición política.

—Lo digo porque yo tenía un amigo en La Haya que trabajaba en la misma fábrica de ustedes y estaba hasta la coronilla. Le llamábamos el Tatuado. Llevaba un tatuaje en la espalda que decía: «He nacido para revolucionar el infierno».

Los dos hombres caminaban y escuchaban con atención.

—¿Y hace mucho que trabajaba aquí?

—Dos o tres años.

—¿Cómo se llamaba?

—Pues no recuerdo bien. Como le llamábamos el Tatuado nunca nos preocupamos de saber si tenía otro nombre.

—¿Cómo era?

—Alto, rubio. Bien plantado. Parecía extranjero.

El gallego le dio un codazo al otro.

—Toma. El Americano.

—Puede ser. Aquí trabajaba un chico alto y rubio y le llamábamos e Americano.

—Y tenía un tatuaje.

—¿Qué sabes tú?

—Ahora que lo ha dicho este señor. Lo recuerdo muy bien. Una vez jugamos un partido de fútbol contra los españoles que trabajaban en la Philips de Eindhoven. El Americano jugaba y en el vestuario le vi el tatuaje y recuerdo lo del infierno. Todo lo que decía no lo recuerdo. Pero salía la palabra ésa.

LLEGARON al Centro Social situado muy cerca de la factoría. Ni estaba regentado por españoles, ni había comida española. Un extraño guiso de berenjenas que Carvalho identificó como una pálida aproximación al «eman bayildi» turco. El camarero era turco pero hablaba palabras españolas italianizadas que le servían igual para dirigirse a los comensales españoles e italianos. El leonés se empeñó en pagar unas cervezas y contuvo el tímido y poco decidido gesto del gallego para adelantarse. Después continuaron con la comida que les pusieron.

—No recuerdo el nombre de mi amigo el Tatuado. O el Americano, como ustedes le llaman. ¿Luis quizá?

—No, señor.

El gallego estaba en el secreto e intervenía ahora en la conversación con la seguridad de un experto.

—Se llamaba Julio Chesma. Era de Puertollano, provincia de Ciudad Real.

El leonés no estaba muy seguro de que éste fuera el nombre exacto.

—Julio, sí. Pero lo de Chesma no lo juraría.

—Chesma. Chesma. Te lo digo yo. Cuando me hice daño en esta mano estuve tres meses en la oficina y pasaron por mis manos, pues fíjate, los papeles de medio personal. Julio Chesma. De Puertollano. Tenía veintisiete años.

—¿Lo está usted viendo? Parece que no se entera nunca de nada y ahí lo tiene, hecho una enciclopedia.

—¿Hace mucho que dejó de trabajar aquí?

—Trabajó poco. Era de ésos que se cansan y buscan cosas más muelles.



Hay quien nace con un hueso en la espalda.

—Se marchó a Amsterdam.

Carvalho empezó a mirar a su paisano como el náufrago Robinson al barco varado que le devolvía media vida. Aquel hombre tenía la retentiva de un masturbador. El gallego era consciente de que había ganado la partida a cháchara sin ton ni son del leonés y que sabía cosas que interesaban al señorito aquél casi catalán y el precio de su sabiduría era el éxito que provocaba. Carvalho le pagó excelentemente.

—Es usted el Espasa. Vaya memoria.

—Vivía en Amsterdam, en la calle Rokín, 16.

No digirió bien el éxito. Perdió la contención y se le escapó la risa ante el entusiasmo que sentía por sí mismo y por ser capaz de apabullar al dirigente leonés y al señorito urbano.

—¿Y cómo leches sabes tú todo eso?

El leonés estaba tan admirado como cabreado. El gallego informó que mediante el fútbol habían hecho amistad y que algún domingo se habían visto en Amsterdam. Captó el gallego la molestia psicológica que invadía al leonés desplazado del papel de protagonista y le hizo una concesión: le entregó la buena memoria de Julio Chesma, le dejó el chivo expiatorio sobre la mesa de sacrificios de la moralidad.

—Era muy golfo.

—Ya se lo decía yo.

El leonés metía pie en el asunto.

—Tenía muchos pájaros en la cabeza.

Continuaba el gallego el sacrificio del amigo ausente a cambio de congraciarse con el amigo presente.

—En Amsterdam se enchuló con una tía y sacó dinero no sé de dónde, pero lo sacó. Vivía en una pensión muy buena, en la calle que le he dicho. Tenía una habitación para él solo y con cuarto de baño con todas las comodidades.

—¿A qué se dedicaba?

—A chulear. A vivir de las mujeres.

El leonés centró sobre él la atención del trío.

—Hay muchos casos así. Las mujeres de aquí se creen que venimos muertos de hambre del asunto y cuando se lían con un español o un turco pues se lían de verdad. Si uno quisiera.

Pero para algo hay que tener la cabeza. Que es lo que no tenía tu amigo.

—Si amigo mío no era. Le conocía del fútbol y era simpático. Eso no lo negarás.

—Esa gente siempre es simpática. Porque como no se exigen nada a sí mismos no exigen nada a los demás.

Carvalho no pudo evitar una cierta corriente de admiración hacia el leonés. A esto se le llama tener la ideología que uno necesita para no considerar la propia vida como una auténtica mierda. El leonés estaba lanzado.

—Y por eso esa gente no se crea obligaciones. Y como no se crea obligaciones pues tampoco las pide a los demás y siempre quedan como unos tíos estupendos. Tú por ejemplo eres soltero, pero mantienes a tu madre y envías dinero al pueblo para que crezca la casa. Que si una vaca, que si se casa una hermana, que una enfermedad. Sabes lo que te cuesta.

Al gallego se le habían humedecido los ojos y asentía, Carvalho se sorprendió asintiendo y recordó la participación que tenía en la supervivencia de la cabaña gallega, mediante los dos giros de cinco mil pesetas que había enviado a sus tíos. Pero no tardó en cagarse en sí mismo y en los otros dos cuando pensó en lo tristísimo que era la conversación de tres españoles en Amsterdam que se consideran realizados en la vida porque subvencionan una vaca o los garabatos taquimecanógrafos de la niña.

—Ser español es duro.

Opinó Carvalho a ver qué pasaba. Y pasó algo. El leonés le miró fijamente. Le acercó la cara. Le puso una mano en el brazo como para comunicarse mejor o como para apartarle del mal pensamiento y le dijo con cierto énfasis.

—Pero es lo más grande de este mundo. Y ahora mismo, si hubiera una guerra entre España y Holanda, yo me iba a España a luchar en defensa de mi patria.

Se volvió al gallego que parecía sumido en la evocación de las vacas

pagadas y las hermanas casadas.

—Yo no sé qué harías tú, pero yo haría eso.

—Y yo, toma, y yo.

Aseguró el gallego. Pero miraba a Carvalho como intentando buscar en aquel señorito el total desmentido de que pudiera declararse una guerra hispano-holandesa en los inmediatos treinta años que les quedaban, más o menos, mejor o peor, a los tres de vida.

—Es poco probable una guerra.

Auxilió Carvalho al gallego.

—De acuerdo. Era un suponer.

Miró el leonés el reloj y ordenó a su compañero que se levantara. Debían reincorporarse al trabajo. Carvalho les acompañó hasta la puerta de la fábrica y les estrechó las manos con involuntario cariño.

—¿Irás estas navidades por León?

El leonés casado negó rotundamente.

—Este año no toca.

Y le volvió la espalda seguido de su amigo. La de viajes que iban a hacer aquel par hasta los escaparates de los night clubs en busca de contactos tan baratos y furtivos que eran visuales y ni siquiera de carne humana. Unos nacen para hacer la historia y otros para padecerla. Unos para dantes y otro para tomantes. Carvalho estaba cabreado con la raza de una manera irracional. Y el cabreo lo trasladó a los impasibles holandeses que pasaban y repasaban en bicicleta sin necesidad de irse a trabajar al esparto de Murcia o a las refinerías de Cartagena. Musitó un «¡Qué bien vivís!», que le salió alto y llamó la atención a un gentleman acarterado y encorbatado que le miró con una cordial condescendencia. Estaba deprimido y comprobó que el cuerpo no le traicionaba y había escogido un rumbo correcto. Marchaba decidido hacia *The House of the Lords*, dispuesto a que el estómago olvidara la pesadilla del falso guiso turco.

El Borgoña costaba un ojo de la cara. Pero Carvalho se habría arrancado los dos si dejaba escapar la oportunidad de regar el gigot braseado con el vino. Había llegado al restaurant cuando los camareros empezaban a descomponer el gesto de camareros y se metían en esa extraña madriguera de

horas perdidas donde se refugian los camareros y los cocineros entre servicio y servicio. La entrada de Carvalho les hizo estar al pie de su mesa. Los últimos comensales eran una familia indonesia. La mujer tenía belleza malva de cuadro de Gauguin y las dos niñas prometían una espléndida mocedad. En cuanto al padre era un Sukarno maltratado por la edad y quinientos quilos de sobra. Al salir del comedor saludaron a Carvalho ceremoniosamente y Pepe trató de contener con una mirada pegajosa la huida de la espléndida casada. Siguió el movimiento de sus poderosos músculos dorsales hasta que dejaron de triturar el aire del pasillo central y el cuerpo de la mujer marcó el ángulo de noventa grados que la llevaba a la salida. Este segundo lado del ángulo permitió a Carvalho comprobar que el perfil de la dama malva no desdecía sus ancas. La dama malva esforzaba su rasgado ojo oriental para apurar la complacencia de tan minuciosa observación por parte del extranjero. Carvalho había lamentado más de una vez en ocasiones similares no llevar una de esas oportunas tarjetitas en la que escribes tu dirección, garabateas dos palabras apasionadas y la dejas en la mano aparentemente desganada de la mujer guardada bajo las llaves de la convención erótica. Alguna vez haría la prueba. Era una lástima no haber empezado hoy.

Se aplicó sobre el gigot ya sin restricciones sicológicas. Una carne bien cocida es ante todo un placer táctil que agradece la cueva del paladar. El gigot braseado es el menos historiado de todos los gigots que uno puede comer. No tiene la campechanía patatoide y ajudiada del gigot a la paisana, pero tampoco el trompeteo tantas veces falsificado del gigot de corzo o el paisajismo del gigot con espinacas. Un gigot braseado es ante todo carne bien cocida y bien aromatizada. El Borgoña, aplastados sus aromas contra la delicada pielecilla del paladar, convertidos en humo avinado que embotaba las narices de Carvalho, parecía un terciopelo fluido que le secaba las llagas abiertas por el roce de la carne.

Carvalho comía con ese entusiasmo inmutable que caracteriza a los gourmets eficaces y poco dramáticos. Su imaginación rugía pero sus labios o su rostro, no tenían otro movimiento que el reflejo de la lenta masticación de lo que comía. Carvalho contenía sus emociones íntimas en parte porque los goces solitarios siempre le habían parecido intransferibles. Uno puede

convertir en espectáculo un goce compartido, jamás un goce solitario. Había otro motivo. Una excesiva exteriorización de la alegría de comer guarda una relación directa con la propina que has de dar. Un camarero es un fino analista sicológico y en cuanto descubre en tus ojos el éxtasis se te acerca, te pide de viva voz que se lo confirmes y te mira los bolsillos del alma y del cuerpo con una complicidad de compañero de goce que para él no será organismo hasta que le dejes un quince por ciento de la nota en concepto de propina.

Cerró la comida con un Brise poco hecho y a continuación no resistió el reclamo de unos creps de mermelada de naranja. Tomó dos cafés y dos copas de jenever para hacer borrón y cuenta nueva de los sabores que ya tenía más en la memoria que en el paladar. La inevitable filosofía de sobremesa enajenaba la mente de Carvalho.

—Los buenos placeres siempre están en la memoria.

Lo dijo en voz alta y el camarero se le acercó por si pedía algo. Carvalho le tradujo su frase al inglés y el camarero sonrió condescendiente, pero en el fondo de sus ojos y en su actitud de retirada se notaba que, o no estaba de acuerdo con la filosofía de Carvalho, o estaba hasta el cogote de tan morosa comida, o no había entendido el último sentido de la frase. Mientras el camarero sugería este trío de incomunicaciones, Carvalho adivinaba que estaba algo borracho porque en circunstancias similares jamás había tratado de seducir intelectualmente a los camareros.

Salió del restaurant sin ánimos para preguntar si seguía allí el cocinero gallego al que casi había besado en su anterior visita, tras el inenarrable pavo relleno con salsa de granada. Caminó hacia la estación parándose ante los grandes almacenes del barrio comercial. Se le ocurrió buscar alguna chinería para la Charo. Se metió por las callejas porticadas del corazón del barrio comercial y compró una chaqueta china importada de Hong-Kong. Después fue en línea recta hacia el barrio mayestático. Había una bandera holandesa en el balcón del ayuntamiento, prueba protocolaria de que algún miembro de la familia real estaba en La Haya. Contempló con bobería de turista el palacio del Tribunal Internacional. Algún animal con bastantes intestinos se había cagado sobre el césped que precedía a la puerta enrejada. La atención de

Carvalho derivó de la ostentosa mierda a un papagayo que paseaba por la calle sobre el hombro de una vieja dama holandesa, con la envidiable imaginación de sustituir el radio transistor por una criatura de carne y plumas. Carvalho marchó ya decidido en dirección a la estación. De pronto tomó conciencia de que el día había sido fructífero por algo más que por el conocimiento del problema sexual de los emigrados, también por algo más que por la excelente comida. El cuerpo devuelto por las aguas en Vilasar de Mar seguía sin rostro preciso, pero ya tenía nombre y algunos datos en su curriculum vitae. De hecho ya tenía todo cuanto el Sr. Ramón le había pedido: un nombre. Aquel nombre para un rostro que habían comido los peces del Mediterráneo, se completaba hasta ahora con los datos aportados por el tatuador murciano y por el compañero de trabajo de La Haya. Ya podía volver a España con el simple nombre del ahogado, pero se había establecido una relación de dependencia con el joven alto y rubio como la cerveza. Una relación que impulsaba a Carvalho a seguir la investigación en Holanda hasta donde pudiera. Un hombre joven, con la imaginación en discordia con la realidad. La realidad era su condición de trabajador emigrado. La imaginación le impulsaba a la aventura del tiempo libre, rescatado de la cárcel del reloj que marca las entradas y salidas en el engranaje de la fábrica. Para escapar de ese engranaje no le importó refugiarse bajo la protección económica de las mujeres. Carvalho despreciaba a los chulos de puta. Por experiencia sabía que eran los peores animales del hampa, aunque había conocido a uno muy sentimental, especializado en entablillar con mondadientes las patas de las crías de gorrión que el mes de mayo arrojaba contra las grises losas del patio de la cárcel de Aridel. Carvalho recordaba la ternura y paciencia del macarra mientras musitaba quedas palabras al presentido oído del pajarillo aterrorizado, y sus dedazos bailaban con habilidad de cirujano en torno a pedacitos de mondadiente y al hilo que completaría el entablillado. Aquel inmenso *macarra* estaba en la cárcel por haber pegado una paliza de muerte a su protegida.

Pero en el caso del joven alto y rubio como la cerveza había variantes notables y agradecidas. Las cien mil pesetas que le pagaba el Sr. Ramón era la más notable. Y luego la leyenda del tatuaje, un desafío de príncipe

renacentista en el cuerpo de un obrero emigrado, venido primero a macarra y finalmente a hombre pez sin rostro, con misterio de animal anfibio sin rostro ni señas de identidad.

«Y a los marineros pregunto por él  
y nadie me dice si está vivo o muerto  
yo sigo en mi duda buscándole fiel...»

Ante una copa de aguardiente, sobre el cansado mostrador, la mujer de la canción seguía la búsqueda obstinada del hombre que había llegado en un buque de nombre extranjero, con el pecho tatuado sobre el corazón. Carvalho estaba convencido de que aquella mujer existía en el caso presente. En algún lugar, todavía no sabía dónde, una mujer conservaba en su piel las mejores huellas del ahogado.

ATARDECÍA en Amsterdam. Carvalho maldijo el día perdido para recorrer la ciudad. Volvió a comer canapés de pan negro con haring crudo y encebollado. La jarra de cerveza fría le terminaría de ayudar en la digestión de la comida. Tuvo el prudente acierto de preguntar a unas muchachas dónde caía la calle Rokin. Estaba relativamente cerca de la estación y del hotel. Más allá de la Plaza Dam. Carvalho decidió ir a pie a pesar de que le iba bien el tranvía que bajaba desde la estación hasta el barrio de los museos. La calle Rokin seguía a la Damrak, a la Plaza Dam y desembocaba de hecho muy cerca de la Plaza Rembrandt. En la Plaza Dam había bullicio de hippies y contestación de unos angélicos muchachos con unos pecheros de plástico amarillo que hacían propaganda de la familia y sus virtudes. Los hippies, auténticos comanches cada vez con la batalla más perdida frente al rostro pálido, agonizaban sobre las escalinatas de la Plaza Dam mientras la reacción angélica pregonaba las excelencias del patriarcado o del matriarcado.

Carvalho llegó al dieciséis de la calle Rokin y sin transiciones se metió en el portal. Los escalones de madera le llevaron ante el rótulo iluminado por el neón: «Patrice Hotel». Le abrió la puerta una asistenta casi invisible en la penumbra del recibidor. Esperó allí el resultado de las gestiones de la mujer. Los muebles tenían señas de nacionalidad, ese diseño de casa de muñecas aburguesadas del estilo tradicional holandés. Salió la indudable Patrice al frente de un cuerpo ya algo viejo y grueso pero muy bien retocado por la corsetería, con el rostro pintado al temple por una mano experta en restauraciones. Carvalho le dijo que había llegado de España y que estaba buscando a un medio pariente. La familia estaba inquieta porque no tenía noticias de él desde hacía casi dos años. Julio Chesma. Lo último sabido era



que había estado en su pensión.

—¿Aquí? No recuerdo. Aguarde un momento.

Hablaba un dificultoso inglés. Salió para volver con un holandés alto y fuerte que se parecía, como sólo puede parecerse un holandés alto y fuerte a otro holandés alto y fuerte, al inspector que le había interrogado en el hotel.

—El señor Singel no sabe inglés pero tiene buena memoria —advirtió Patrice e informó en holandés al gigante. El hombre observaba mientras tanto a Carvalho con una cierta ingenuidad cariñosa. No en balde los niños holandeses creen que Santa Claus viene de España. Contestó en holandés a la señora Patrice.

—Ve. Mi marido tiene mejor memoria que yo. Es cierto. Tuvimos como huésped a su pariente. Pero se marchó hace dos años y no sabemos nada más. Era un excelente muchacho. Muy disciplinado. Eso es. Muy disciplinado.

Carvalho no consiguió ni un dato más. Había sido un buen huésped. No sabían nada de su trabajo aunque tenía bastante tiempo libre. No recibía visitas femeninas, por descontado. No conocían sus amistades, ni masculinas ni femeninas. Ni siquiera este tipo de información facilitaba la señora Patrice. Era su marido quien la daba y ella la traducía al inglés.

Carvalho expresó su contento por el buen concepto que tenían de su pariente.

—No tendré otro remedio que preguntar a la policía. Tal vez sepan algo.

El holandés estuvo a punto de contestar directamente. Pero se contuvo sin abandonar la ingenua contemplación maravillada de Santa Claus. Su mujer repitió el rito del intérprete y al poco regresó de Babel con la respuesta.

—Tal vez la policía sepa algo. Tienen una buena red de información y controlan muy de cerca a los extranjeros.

Carvalho se despidió. Bajó a la calle y se detuvo en un comercio de vinos situado unas puertas más allá. Vio que desde una librería enfrente al Patrice Hotel podía controlar las entradas y salidas de la pensión. Se metió en la librería con un ojo sobre un montón de libros de grafismos de los años veinte y el otro en la puerta del Patrice Hotel. La espera tenía un algo de quimérico porque todo podía ser tan normal como parecía o, en cualquier caso, el matrimonio Singel podía tomarse bastantes horas de descanso y no salir a la

calle hasta el día siguiente. Veinte minutos después ya había hojeado casi todo lo que se ha escrito en el mundo sobre el grafismo en el período de entreguerras. No podía pasar a otro estante porque hubiera perdido de vista la entrada en el hotel. A la media hora salió el señor Singel con su elevada humanidad orientada hacia la Plaza Dam. Carvalho le siguió. El señor Singel caminaba despreocupadamente. Esperó un tranvía en la Plaza Dam, el suficiente tiempo como para que Carvalho parara un taxi y diera instrucciones al chófer de que esperara unos segundos. El chófer tenía la histeria común a todos los taxistas de Amsterdam y puso inconvenientes al hecho de esperar y de seguir a un tranvía. Carvalho le dio diez florines para empezar y la resistencia del taxista se diluyó. Salió del coche para fisgar en el motor por si alguien le llamaba la atención por el estacionamiento en doble hilera. Llegó el tranvía del Sr. *Singel* y el taxi se dispuso a seguirlo.

No fue muy lejos. El tranvía desembocó en la Leidsplein. El señor Singel se apeó y entró en una taberna superpoblada situada al lado de un restaurant excepcionalmente dedicado al marisco. El repertorio gastronómico piscícola de los holandeses casi termina en las excelentes tapas de pescados crudos encebollados o de pescados ahumados que se toman en los chiringos callejeros de todas sus ciudades y pueblos. A través de los cristales de la taberna, Carvalho vio cómo Singel tomaba asiento en una mesa hasta entonces ocupada sólo por una muchacha vestida de hippy. El señor Singel hablaba gravemente con la muchacha caediza, el pelo como si Angela Davis se hubiera teñido de rubio, los ojos maquillados dibujados en un marrón de tierra sucia y el cuerpo metido en el pellejo de un borrego que probablemente había sido sacrificado y convertido en abrigo sobre el cuerpo de la propia muchacha.

La conversación fue breve. La muchacha se levantó y Singel la siguió. Desde la puerta de un cine próximo donde proyectaban *Fritz the cáí*, Carvalho vio cómo Singel tomaba la misma dirección por donde había venido y la muchacha cordero cruzaba la Leidsplein, caminaba hacia la Weteringschans. Ya sabía lo que podía dar de sí el señor Singel, en cambio la muchacha le abría una nueva estela que Carvalho siguió. A partir de la Leidsplein había un pequeño barrio alegre, una reducción a escala del de las

Luces Rojas, con restaurantes, algún night club y *sex shops*. La muchacha cruzó el barrio y dobló una esquina hacia la derecha. Apareció ante ellos una extraña iglesia de fachada multicoloreada según el gusto pop. Era el Paraíso. Una ex iglesia regalada por el municipio a la juventud de Amsterdam y convertida en un intermedio entre catedral del pop musical y plástico, restaurant de pastitas en cuya composición entraban drogas menores, centro recreativo con hemeroteca y filmoteca incluidas y centro comercial para el relativo poder consumista del mundo hippy.

Carvalho tuvo que hacerse socio para poder entrar. Dos florines y la entrada aparte. Era una formalidad que hasta ahora sólo había cumplimentado en los clubs de *living sex*. Todas las distintas dependencias de la iglesia estaban repletas de ciudadanos de Hippilandia, sentados en la doble escalera que comunicaba por la derecha y la izquierda con los salones de reunión del primer piso. La muchacha se colaba por la puerta del centro, hacia el ábside donde actuaba un conjunto pop respaldado por una pantalla donde la imagen fílmica trataba de secundar la sicodelia de la música. El ábside estaba ocupado por gentes sentadas en racionalistas hileras, pero en las naves laterales los cuerpos componían una confusa mezcla de humanidad yacente, tediosa y apenas sacudida de vez en cuando por la solidaridad de la música. Apestaba a droga menor. Carvalho notó sobre su cuerpo decenas de miradas. Vestía de marciano neocapitalista, con su traje de entretiempos. Además su pelo terminaba en el borde mismo del cuello de la camisa. Parecía un turista perdido en el zoco Marraquex. La muchacha seguía avanzando hacia el fondo del ábside. Se zambulló casi como una nadadora en un mar de cuerpos. Charlaba con un confuso montón de jóvenes apenumbados. Carvalho se recostó en una columna para pasar más desapercibido. Con un ojo vigilaba los movimientos de la muchacha; con el otro, lo que ocurría en el altar mayor. Los cantantes habían sido sustituidos por payasos que contaban algo que no hacía reír. Alguien le pasó un cigarrillo de *hashis*. Carvalho dio la chupada litúrgica y lo pasó a su vecino más próximo. Entre el humo de su propia bocanada vio cómo la muchacha cordero se ponía en pie y la secundaban dos hombres jóvenes. Uno de ellos portaba un borrego que debía ser hermano gemelo del de la muchacha; el otro parecía un explorador del

Oeste sin una mina de oro o de plata que inscribir desde hacía bastantes semanas. Búfalo Bill y los dos corderos se dirigieron desganadamente hacia la puerta. Cuando estaban a punto de salir se dijeron algo entre ellos y con una agilidad increíble para su desgana habitual se adosaron a las paredes mirando hacia la calle. Un coche de la policía había parado delante del Paraíso y los agentes se movían sobre la acera con agilidad de cazadores. Carvalho no tenía casi nada que temer. Salió a la calle y desde el último escalón de acceso al Paraíso presenció la cacería de la policía. Habían detenido ya a dos malayos y un guardia corría en dirección a Leidsplein tras un negro. Había bula pues para los arios y aunque Carvalho era un celta moreno, su aspecto tampoco provocaría, salvo empecinamiento, el instinto cazador de los policías. No habían podido atrapar al negro y el agente volvió resoplando. Metieron en el coche a los dos malayos detenidos y se marcharon por la Sarphatastraat. Recuperó el movimiento el trío de los corderos y Búfalo Bill, su pastor. Rebasaron la posición de Carvalho y se metieron en las sombras de la izquierda del Paraíso. Carvalho previo que buscaban uno de los coches aparcados. No le quedaba otro recurso que repetir el número de «siga a ese coche». Por suerte el trío actuaba con parsimonia de Nirvana. Carvalho les esperaba ya subido a un taxi, con otros diez florines menos en la cartera.

El trío tripulaba un dos caballos pintado de colorines y lleno de etiquetas pacifistas. El coche tomó la Vijzalstraat en dirección a la Plaza Dam. Subió por la Damrak y el coche torció rápidamente hacia la derecha en busca de las callejas que llevaban al corazón de las Luces Rojas. Se detuvieron en un estacionamiento en batería ante un canal. Carvalho bajó de su taxi y remoloneó hasta que el trío se puso en movimiento. Buscaron el meollo mismo del Red Lights. Casi todos los escaparates de la calle principal estaban iluminados y las mujeres posaban para los transeúntes al frente de un acogedor dormitorio. Sólo las luces daban excepcionalidad a aquella pacífica espera casi matrimonial. Mirones y transeúntes contemplaban los escaparates sin insistencia porque las mujeres tampoco soportaban verse contempladas como micos. Algunas habían salido a la calle y esperaban en el quicio de la puerta, oxigenadas, botialtas, minifalderas, displicentes.

Los tres jóvenes se metieron en una pizzería de a pie. Carvalho se acodó

en su misma barra y pidió un bocadillo de *steak tartar* y una cerveza. Los jóvenes comieron con rapidez la pizza prefabricada. Búfalo Bill consultó un reloj de bolsillo que sacó de una cartera de empleado de «Wells and Fargo». El reloj les avisó de que no tenían prisa, porque se acodaron con la parsimonia habitual en la barra y charlaban como si tuvieran toda la noche por delante. Carvalho pidió entonces un bocadillo de pan integral con varias tapas de fiambres, lechuga y huevo duro. Más cerveza y un poco de conversación con la camarera feílla pero completa que tenía las melenas castañas tan macizas como los muslos torturados por unas botas standard. Se hizo pasar por francés de paso en cuanto supo que la camarera sólo hablaba holandés o inglés. No, no era una noche muy animada. Los fines de semana se llena el barrio, pero casi todo es turismo. O extranjeros u holandeses del interior que acuden al infierno de Amsterdam. La muchacha había pronunciado la palabra infierno con retintín irónico. Carvalho le hizo la pregunta de rigor: si se retiraba tarde. Si tenía algo que hacer después del servicio.

—Mucho que hacer.

—¿Bueno o malo?

—Según se mire.

Y la muchacha reía. Carvalho no la sacó de ahí. Tenía mucho que hacer y era bueno o malo según se mirase. Se trataba de una estrategia de defensa que la camarera debía repetir veinte veces cada noche y Carvalho optó por pedirle algo menos comprometido: otra jarra de cerveza. El trío seguía allí sin prisas y consumiendo tazas de café como quien bebe agua a pesar de que la casa hacía un café que se parecía bastante al exprés. Volvió Búfalo Bill a consultar el reloj y el grupo se puso en movimiento. Carvalho dejó que salieran. Miró de reojo a la muchacha cordero a la plena luz de la pizzería y comprobó que no era ni fea ni guapa, sino todo lo contrario. Es decir, había conseguido esa contraimagen neutra con la que las mujeres emancipadas se defienden de la imagen de mujer objeto. Habían conseguido su propósito de deserotización. Pero Carvalho profetizaba que acostumbrarían a sus *partenaires* masculinos a una nueva convención y que en un futuro próximo las mujeres objetos irían disfrazadas de antimujer objeto o de mujer antiobjeto.

Carvalho se despidió de los muslos de la camarera con una mirada de ladrón de carnicería. El trío caminaba despreocupado hacia el canal central que marca el meollo del Red Light. Un corro de curiosos envolvía a una banda del Ejército de Salvación que cantaba salmos elegiacos o premonitorios en las mismas barbas del infierno de Amsterdam. Las prostitutas seguían desde los escaparates la escenificación virtuosa del Salvation Army. Al grupo de militantes uniformados se habían sumado algunas mujeres del barrio que expresaban así su implícita protesta reprimida contra lo que daba carácter al barrio desde Adán y Eva, cuando nació al borde del puerto de Amsterdam y de la estación central portadora de lugareños y campesinos con hambre en las ingles. Los curiosos y hambrientos contemplaban el sermón musical-teatral con una condescendencia de público deportivo ante una danza samoana interpretada por un grupo, escolar de adolescentes sensibles que se despiden de la enseñanza media. Los árboles, las luces, los reflejos de las aguas, la apacible arquitectura de las casas, el recato de las prostitutas, el silencio de los paseantes, convertía el Red Light en la antisordidez misma. En este contexto las cantatas del Salvation Army sonaban como pasodobles de fiesta de fin de curso.

El trío pareció cansarse del candoroso espectáculo. Búfalo Bill, definitivamente el líder, consultó una vez más el reloj y el trío recorrió el vial derecho del canal, en pían mirón, observando las entradas de las sesiones de *living sex*, de cines consagrados al porno o del supuesto Museo del Sexo, en realidad un reclamo para la tienda con más volumen de ventas del barrio. Se metieron en el Museo y a Carvalho le extrañó. No encajaba con el talante hippy, ni con los hábitos de la población aborigen. Es como si un parisién de la cultura marginal se metiera en el Lido o fuera de excursión a Versalles o subiera a la Torre Eiffel. Tal vez se tratase de un rasgo «camp». Tal vez los jóvenes trataran de recuperar por un momento chucherías sexuales de las que reírse o apreciar en su tremenda ingenuidad.

Carvalho recorrió el breve museo que desemboca en la tienda del sótano. Sólo se hubiera comprado un traje de sádico que a buen seguro habría divertido hasta la risa o las lágrimas a una Charo curada de espantos, pero no de la debilidad esfintérica que separa la risa del llanto. Nuevamente Búfalo

Bill consultó el reloj y el trío salió a la calle sin apenas mirar las mercancías de la tienda. Un grupo de franceses la ocupaba casi totalmente lanzando risitas histéricas que Carvalho sólo habría concebido en burguesas madrileñas nacidas en Alba de Tormes y criadas en Salamanca. El papanatismo y la represión no tienen fronteras.

El trío abandonó decididamente la zona iluminada como para salir del barrio. Bruscamente desaparecieron por un callejón de la derecha y Carvalho aceleró los pasos para darles alcance. La marcha del trío se había acelerado, parecían querer ganar tiempo o espacio. El callejón apenas estaba iluminado, aunque sí lo suficiente como para que Carvalho pudiera ver que la muchacha seguía corriendo más que andando, mientras que los dos hombres se detenían, daban la vuelta y le daban la cara para iniciar un rápido avance hacia él. Carvalho volvió la vista y vio que a su espalda, desde la entrada del callejón, avanzaban rápidamente dos tipos grandes. Quedaba como el jamón de un bocadillo, entre los dos hombrones y Búfalo Bill y el hippy cordero. Optó por lo que le pareció más fácil y se lanzó contra Búfalo Bill con la cabeza por delante y la mano en el bolsillo. El cabezazo de Carvalho dio contra la cartera de Búfalo Bill, no contra su cuerpo. En cuanto a la mano salió del bolsillo con la navaja abierta, pero de poco le sirvió. El hippy borrego le dio una patada en la tapa del cráneo. Carvalho cayó al suelo e inmediatamente tuvo encima a los dos que le llegaban por su espalda. Se defendió patas arriba, con las manos protegiéndose las partes y las piernas lanzando patadas sin dirección precisa. Le pegaron dos patadas en los costados que le obligaron a encogerse. Cayeron entonces sobre sus piernas los dos gigantes y se las trabaron con fuerza. Un pie empezó a patearle la cara. Carvalho trató de levantarse y le dejaron. Aún encorvado ya empezaron a lloverle puñetazos. Notó un golpe en la sien que le iluminó la penumbra de la calle. Los puños y las patadas le agujijoneaban por todas partes. Había perdido la navaja y no le quedaba otra salida que la entrega. Se dejó caer víctima del puñetazo que le pareció más contundente.

Se detuvieron los golpes. Los cuatro hombres hablaban. Le registraron los bolsillos. Examinaron su documentación. Le cogieron entre dos por los sobacos y le levantaron. Otro le abrazó los dos pies y entre tres empezaron a

transportarlo hacia el origen del callejón. Carvalho pensaba que sólo podían darle dos destinos: o el canal o algún coche aparcado en sus márgenes. Si le tiraban al canal podían hacerlo atado de pies y manos o tal como estaba. Si lo hacían atado de pies y manos no tenía otra salida que luchar a la desesperada para que le mataran en tierra y no ahogado. Entreabrió un ojo y vio cómo se acercaban a la orilla del canal. El grupo dilucidaba algo. Parecían intercambiar información sobre algún posible mirón. La presión de los brazos se incrementó en torno al cuerpo de Carvalho. Se preparó para lo peor, pero los tres hombres balanceaban el cuerpo para darle impulso. De pronto le liberaron. Voló dos o tres metros en ángulo de caída, cerró la boca angustiado por la presentida viscosidad de las aguas. Le sacudió un latigazo de frío al entrar en contacto con el agua y se dejó hundir. Braceó entre la angustia y el asco que casi era terror. Todo era negrura. Prefirió cerrar los ojos. Tenía las narices llenas de la acidez de las aguas. Contuvo la respiración. Mantuvo la profundidad tratando de acercarse a las paredes laterales. Con una mano topó con la viscosa ladera del canal. Le pareció la piel viva de algún animal húmedo y horrible. Con la mano palpó hasta encontrar una rendija a la que asirse para mantener la profundidad. La encontró y agotó el aire que le quedaba en los pulmones. Subió lentamente a la superficie donde llegó con los pulmones vacíos, como si fueran piedras repentinamente clavadas en el centro de su pecho.

El aire húmedo le hizo daño cuando le relleno el pecho. Con los ojos a ras de agua trató de percibir en la orilla los cuerpos de sus atacantes. Parecía no haber nadie. Destacaba en la oscuridad la sombra más poderosa del puente bajo el que desaparecía el canal. Se sumergió otra vez y nadó en dirección al puente. Volvió a la superficie bajo la protección del arco. Se agarró a una grieta del enladrillado. Decidió esperar el tiempo suficiente para salir con ciertas garantías de impunidad. Nada se oía y en el silencio se agrandaba el ruido del goteo de las aguas que se le escurrían de las mangas. La excitación le había contrarrestado el frío pero ahora le castañeteaban los dientes. Tenía asco, miedo y una profunda pena de sí mismo. Le parecía que el puente podía poblarse de pronto de ratas tragonas y el pánico a las ratas pudo más que sus deseos de salir con toda garantía. Frenéticamente buscó en el muro del canal



una ruta para reptar hasta la orilla. Con la punta de los dedos fue izando el peso de su cuerpo aumentado por el agua que lo empapaba. Olía la acidez espesa de las aguas pegadas a su piel, a sus cabellos, a sus ropas. Le escocían las heridas y tenía un ojo casi cerrado.

La cabeza llegó al borde de la orilla. Se izó hasta quedar estirado boca abajo al borde mismo del canal. Respiraba cada vez más tranquilo, pero el frío iba en aumento. Nada se oía. De la lejanía llegaban intermitentes ruidos del tráfico. Decidió ponerse en pie. Lo logró, se quedó quieto, a la espera de que su movimiento despertara alguna reacción en los atacantes. Nada. Entonces echó a correr en medio de un ruido que le pareció espantoso: el de sus zapatos mojados que se enganchaban como ventosas al empedrado. A medida que perdía agua ganaba velocidad. Las ropas se le habían pegado a la piel como un corsé. En aquellas condiciones no podía meterse en un taxi, ni regresar al hotel por zonas transitadas si no quería ir a parar a un cuartelillo de la policía.

Estaba cansado y se sentó en unas escalerillas que descendían hacia una tienda situada en un sótano. Vio unos cubos de basura de los que sobresalían periódicos viejos. Separó las hojas. Se quitó la chaqueta y la camisa. Se secó el cuerpo con las hojas de los periódicos. De vez en cuando la frotación pasaba sobre magulladuras o algún corte profundo y Carvalho se quejaba en sordina. Escurrió la camisa y la dejó hecha una bola dentro del cubo de la basura. Trató de reducir el agua acumulada por la chaqueta. Se la puso con las solapas vueltas para que cubrieran todo el pecho. Se quitó los pantalones y los calzoncillos. La visión confusa de sus partes le produjo hilaridad. Vaya momento para ser detenido por exhibicionismo. Tiró los calzoncillos al cubo de basura. Se secó el resto del cuerpo. Escurrió lo que pudo los pantalones y se los puso. La consistencia de la chaqueta y el pantalón disimulaba su humedad. Se secó los cabellos y los pies. Con los dedos se recompuso como pudo el peinado.

Si volvía por una ruta poco iluminada era difícil que alguien adivinara su reciente condición de náufrago. Había dejado la pistola en el hotel para evitarse líos mayores y ahora iba completamente desarmado. Caminó hacia el encuentro del canal, frente al aparatoso edificio neoclásico iluminado por las

farolas de una placeta arbolada. Su propósito era no llegar hasta la plaza, sino cortar por la primera calle de la derecha que iniciara el descenso hacia Waterloo Plein. Oyó el ruido de un coche a su espalda y se refugió en otras escalerillas que conducían a otro sótano.

Un coche de la policía pasó segundos después. Carvalho vio cómo paraba en la plaza. Bajaban los agentes y se metían en un portal iluminado. Desde su posición vio que unos metros antes de la puerta del cuartelillo estaba la embocadura de una calle propicia para sus objetivos. Caminó hacia allí, pendiente de cualquier signo de vida que se manifestara en la puerta del cuartelillo.

Se metió en la calle y enfiló la ruta de Waterloo Plein con ganas de que el movimiento le ayudara a superar el frío y a olvidar los puntos de dolor que le brotaban por todo el cuerpo. A medida que se acercaba a su destino aumentaba su confianza y perdía reservas. Se cruzó con una pareja que cerró y abrió la boca con reprimida sorpresa. Tenía un ojo casi cerrado. Evitó Waterloo Plein y fue en busca de la Plaza Rembrandt. Cuando reconoció a lo lejos el espacio abierto de la plaza no pudo contener un sollozo de alegría.

Se metió en el hotel a trompicones con la puerta giratoria. Se enfrentó a la estupefacción del recepcionista que le tendió la llave mientras balbucía algunas preguntas solícitas sobre su estado.

—Han intentado robarme y en la pelea me he caído al agua.

—¿Ha dado parte a la policía?

—Sí. Desde luego. Me han acompañado hasta la puerta.

El recepcionista hizo lo mismo hasta el ascensor, instándole a que agradeciera la suerte que había tenido.

—Amsterdam parece una ciudad tranquila, pero de noche los canales se llenan de cadáveres. Ha vuelto a nacer.

Ya en el ascensor Carvalho se dejó caer contra una de las paredes y quedó allí relajado, inmotivado. Enfrente tenía el menú de la cena del hotel situado sobre el cartelito de las instrucciones. Era un menú sugestivo.

CARVALHO abrió los ojos casi consciente de que alguien más estaba en la habitación. Al pie de su cama se encontraba el mismo inspector que le había interrogado el día anterior. El hombre le observaba atentamente. Carvalho no podía hacer lo mismo porque le dolía ferozmente un ojo.

—Le han dado bien.

Carvalho se encogió de hombros. Un pinchazo en las costillas le invitó a no repetir el gesto.

—Usted conoce la ciudad. Es extraño que se haya dejado sorprender.

—Quisieron robarme.

—Me lo ha dicho el recepcionista.

—¿Le ha llamado él?

—Se desmayó usted en el ascensor.

Carvalho se abrió el pijama y vio algunos esparadrapos y vendas sobre las heridas. También notaba en el ojo una sustancia pegajosa. Alguien le había remendado.

—¿Le robaron algo?

—No.

—¿Reconocería a los asaltantes?

—No. Todo fue en la oscuridad y muy rápido.

—Es extraño. Muy extraño que le echaran al canal sin atar.

—Creyeron que estaba desvanecido.

—Cualquier persona desvanecida puede despertarse al ponerla en remojo.

—Tenían buen corazón.

El inspector se acercó a la cabecera. Se sentó en una silla situada ante un canterano.

—Sería mucho mejor que usted nos hablara con sinceridad. Ayer estuvo en el Paraíso.

—¿Cómo lo sabe?

—Se hizo usted socio. Tenemos el nombre de todos los socios del Paraíso.

Carvalho se preguntó cuántos policías habría disfrazados de hippis entre la soñolienta clientela de aquel paraíso.

—¿Hizo amistades allí? —continuó el inspector.

—Yo iba vestido de marciano y ellos vestían de personas normales. Imposible el diálogo.

—¿Fumó?

—A mi edad uno ya no se acostumbra a según qué cosas. Voy por los cuarenta. —Yo también.

—Entonces ya sabe a qué me refiero.

—No. No lo sé. Pero es igual. ¿Qué hizo al salir del Paraíso?

—Me fui al Red Light.

—¿Se subió a algún escaparate?

—No.

—¿Se emborrachó?

—No.

—¿Dónde le asaltaron?

—Al pasar junto a un callejón. Tiraron de mí o me empujaron. Eran cuatro. Me pegaron una paliza. Me fingí desmayado y me tiraron al canal. Esperé a que se fueran. Salí. Me sequé con periódicos, a medias claro y vine a pie hasta el hotel.

—¿Por qué a pie? En aquel barrio hay siempre coches de la policía. En último extremo, un taxi.

—Estaba aturdido. Los golpes. Quería llegar al hotel y vine andando como un autómata.

El inspector parecía distraído observando la habitación.

—Este hotel ha envejecido.

—Pero sigue siendo muy agradable.

—Señor Carvalho, ¿ha venido usted a Holanda por algún asunto

relacionado con las drogas? No espero que me diga la verdad. Sólo quiero advertirle.

El dedo del inspector se dirigía hacia él acusadoramente.

—El Estado holandés tiene un presupuesto suficiente como para crear sus propios mecanismos de seguridad. No necesitamos injerencia extranjera. Y mucho menos de alguien que no es ahora ni siquiera un profesional oficial. Es usted un fuera de juego, señor Carvalho.

—Supongo que no es el primer caso de un turista asaltado y bañado en los canales.

—No. Pero usted es un turista muy especial. Por ejemplo, los turistas normales presentan la correspondiente denuncia después del asalto y supongo que usted no quiere hacerlo.

—No. Voy a estar pocos días en Holanda y no quiero complicarme la vida con investigaciones policiales. Además, no me robaron nada. Sólo llevaba tarjetas de crédito de bancos americanos, la Carte Blanche, el Diners y unos cuarenta florines.

—Le quedan cuarenta florines, algo mojados pero que podrá utilizar. O sea, que no le robaron ni siquiera los cuarenta florines que llevaba en el bolsillo.

—Era poca cantidad.

—Hemos tenido casos similares. Han ahogado a gente por menos de veinte florines.

—Increíble.

Carvalho no quería extremar la sorna, ni comportarse como un personaje de Chandler enfrentado a un policía de Los Angeles tonto y brutal. Entre otras cosas porque el inspector no era un policía de Los Angeles tonto y brutal y él no era un personaje de Raymond Chandler. El inspector se había puesto en pie.

—Es la segunda y última advertencia. Si se mete en otro lío tomaremos enérgicas medidas. Por cierto, el inspector Kayser le manda sus saludos y su esperanza de un pronto restablecimiento.

—Dígale que iré a verle antes de marcharme.

—¿Cuándo será eso?

—Probablemente mañana. O pasado mañana.

Salió el inspector. Carvalho preguntó a recepción si le había reconocido algún médico. Así era, y no tenía nada grave. Le aconsejaban que guardara un día de cama y si notaba molestias especiales, algún mareo por ejemplo, llamara urgentemente y sería trasladado al hospital. Se recostó en las almohadas dobles y bebió medio vaso de la botella de agua situada sobre la mesilla. Después saltó de la cama para comprobar qué tal resistía la verticalidad. Se puso en cuclillas y se levantó lentamente. Bien. Le dolían puntos concretos del cuerpo y le molestaba el escozor del ojo, pero por lo demás era un hombre entero. Volvió a la cama con complacencia. Llamó de nuevo a recepción para que le recogieran el traje y lo llevaran a la tintorería. El propio conserje subió a buscárselo, se interesó por su salud y le aseguró que el traje estaría listo en pocas horas. Carvalho pidió un zumo de naranja. Se lo trajeron con rapidez americana. Después de beberlo, se recostó en las almohadas. No quería dormir, pero la somnolencia le asaltaba. Cerró los ojos y creyó notar en torno al cuerpo la presión viscosa de las aguas del canal. Unas ratas grises acudían hacia él nadando con sus patas articuladas y sus bigotes tiesos. Carvalho se agitaba en las aguas dando manotazos para evitar las mordeduras. Pero no podía hacer ruido porque los asaltantes seguían arriba, al borde del canal, a la caza de cualquier síntoma de que seguía vivo.

Le despertó una llamada en la puerta. Recuperó la composición de lugar y de tiempo. Había dormido casi dos horas desde que tomó el zumo de naranja. Gritó «Adelante». El pomo de la puerta giró y en el dintel se recortó la figura del Sr. Singel.

ÉSTA fue la primera sorpresa. La segunda fue el correcto inglés con el que Singel le saludó, le pidió disculpas por su intromisión y le preguntó por su estado. Singel seguía deparándole una sonrisa curiosa, encantada, angélica. Seguía mirándole como quien descubre a un antípoda encantador. Debía ser un rictus perenne en su rostro o una extraña habilidad de especialista en relaciones públicas.

—Señor Carvalho, voy a ahorrarle la molestia de las preguntas y trataré de hacer un balance exacto de la situación. Está claro que usted ha adivinado la relación que hay entre la visita que nos hizo ayer y la seria advertencia que sufrió anoche. Fue simplemente eso, una advertencia. Usted sabe muy bien que podían haberle dejado en el fondo del canal.

La gravedad del contenido no alteraba la placidez de la forma. Prosiguió en el mismo tono:

—Hace unas horas ha venido a verme un policía. Quisiera saber de qué se ha hablado.

A Carvalho le parecía que apenas había cambiado de interlocutor. Singel interrogaba con la misma educación que el inspector y tal vez con la esperanza de saber lo mismo.

—A la policía le he dicho lo que me interesaba que supiera. A usted le diré lo que me interesa que sepa.

—Hemos pensado que quizá sus intenciones no choquen con las nuestras. Quizás ayer obramos un poco precipitadamente y usted busque a su amigo español por motivos que no nos conciernen.

—Estoy completamente seguro de ello.

—Vengan, pues.

—Digamos que busco a Julio Chesma por un encargo profesional. Que soy investigador privado y que hay serias sospechas de que Julio Chesma y el cuerpo de un ahogado aparecido en una playa española sean la misma persona. Un cliente me pide que confirme la identidad. La pista de un tatuaje que llevaba el ahogado me trae hasta Amsterdam. Aquí me entero del nombre del ahogado y de dónde vivía. Y ahora tendría que enterarme de lo que le pasó desde el momento en que llegó a su pensión hasta el momento en que apareció ahogado. No me interesa saber en qué negocios se había metido, sino qué fue de su vida en ese período. Lo demás no me interesa ni a mí ni a mi cliente.

—¿Qué relación sospecha usted entre su amigo el ahogado y yo mismo por ejemplo?

—Puedo imaginar muchas cosas: drogas, trata de blancas, negocios de exportación de tulipanes o cerámica de Delft, o tal vez estén ustedes dos en la masonería o el Opus Dei.

—¿El Opus Dei?

—Yo ya me entiendo.

—Es cierto que su amigo realizó algunos negocios con nosotros. Y desde luego no nos interesa que usted llegue al fondo del asunto. Tal vez sería inteligente una colaboración. Nosotros le facilitamos pistas para que siga el rastro de ese hombre, pero serán pistas al margen de los negocios que compartíamos.

—¿Por ejemplo?

—Mujeres. Era un hombre muy dado a eso y que al mismo tiempo casi siempre separaba los negocios de las cuestiones de cama.

—Me parece un trato razonable.

—No tiene usted opción. Es probable que pueda ir a la policía y contarle nuestra entrevista. Con ello sólo ganará mi detención, una detención que nada aclarará a la policía holandesa porque me tienen localizado y tengo todas las coartadas que quiera. En cambio, si usted hace eso, puede que se libre de morir ahogado en Holanda. Pero agua hay en todas partes. Y también hay muertes secas.

—Comprendo.



—Perfecto. Empezaré diciéndole todo lo que sé. Su amigo vivió en el Patrice Hotel hasta hace un año. De vez en cuando hacía algún viaje profesional, pero era por motivos de negocios. Desde hace un año tenía la residencia fija en España, también por motivos de negocios. Hace tres días nos enteramos de su muerte por un conducto que no voy a decirle. No sabíamos exactamente la forma. Según parece fue un lamentable accidente, por lo que usted dice. ¿Es suficiente?

—No. Usted ha resumido muchos meses de su vida en pocas palabras. Quiero tener un relato más completo.

—Podría darle algunas direcciones, de aquí, de Amsterdam. Pero no quiero verle revolotear por la ciudad con la policía en los talones. En Rotterdam podrán darle información sobre lo que busca. ¿Puede ponerse en pie?

—Sí.

—¿Salir a la calle?

—Sí.

—De buena se ha librado. Bien. Mañana vaya a Rotterdam. A las tres de la tarde tiene usted que subir a la torre del puerto desde la que se divisan todos los muelles. Es una visita turística muy agradable. No sé si sabe usted que Rotterdam es el mayor puerto de Europa. La fama se la lleva Hamburgo, pero el de Rotterdam es muy superior. No suba al último piso. Quédese en el intermedio. Vaya hacia el lado Oeste y quédese en la baranda contemplando el magnífico espectáculo del trajín del puerto. Lo demás corre de mi cuenta.

—Espero que no me harán saltar desde la torre.

—Respetamos las treguas y los acuerdos.

Repentinamente el tono de voz de Singel perdió cualquier carácter calculador o didáctico. Adoptó un tono de conversación de hospital.

—Cuídese y podrá volver pronto a España sano y salvo. ¿En qué ciudad vive usted?

—En Barcelona.

—Bonita ciudad. Mi mujer y yo pasábamos antes los veranos en San Feliu, un pueblecito de la Costa Brava. ¿Conoce el Hotel Edenmar?

—Hay miles de hoteles.

—Lo pasábamos muy bien. Pero ahora hemos cambiado de itinerario, vamos hacia Yugoslavia. Una naturaleza salvaje, impresionante, aunque el país está menos acondicionado para el turismo que España. Por cierto, ¿el entrenador del equipo de fútbol de Barcelona no es un holandés?

—Eso creo.

—Michels. Un tipo estupendo. No es un estratega brillante, pero es un tesorero. Hizo el Ajax lo que es actualmente, el mejor equipo de Europa. Descubrió a Cruyff, a Neskeens, a Keizer. ¿Vio jugar al gran Ajax?

—Durante mi anterior residencia en Amsterdam no sabían ni atarse las botas.

—Últimamente eran los mejores del mundo. Es un juego dinámico, rápido. Yo casi prefería a Keizer aunque la estrella era Cruyff. Keizer es un jugador agresivo, duro, marrullero, genial. Como el inglés Best, pero más fuerte.

El señor Singel se dedicó a continuación a hundir el prestigio del Feyenoord, el equipo de Rotterdam, eterno rival del Ajax.

—El Feyenoord es un equipo como su ciudad de origen, sin clase. Los bombardeos de la guerra destruyeron el sabor de Rotterdam y ahora es una ciudad sin carácter. Amsterdam en cambio es hermosa, tiene carácter.

Carvalho ya había deducido que Singel no le tomaba el pelo, simplemente había pasado a otro plano y adoptaba la nueva convención con una disciplina ejemplar. No le extrañó por eso que al levantarse para despedirse le encareciera:

—No vacile en pedirnos cuanto necesite. Mi esposa y yo le atenderemos muy gustosos. Si no se siente bien a consecuencia de la desgracia de ayer, llámenos. Buscaremos a un médico tranquilo. No hay por qué escandalizar sin ton ni son.

Singel le saludó llevándose la mano a la sien y se marchó cuidadosamente, como pretendiendo no hacer ningún ruido que molestara la hipersensibilidad del oído del convaleciente. Carvalho se negó a reflexionar sobre la escena que acababa de vivir. Tenía hambre y ganas de emociones visuales. Saltó de la cama y se vistió.

UN HOMBRE, que ha nacido para revolucionar el infierno, abandona un trabajo seguro en una empresa internacional y se dedica a negocios sucios. Los negocios sucios eran el tráfico de drogas. La relación entre lo insinuado por Singel y las redadas que en Barcelona siguieron al descubrimiento del cuerpo del ahogado no tienen otra explicación. Singel asegura que desconocía la muerte de Chesma, hasta poco antes de la llegada de Carvalho a Amsterdam. Pero por otra parte un pequeño comerciante, hundido en el altillo de una peluquería anodina de Barcelona, pone en marcha una investigación para conocer la identidad del ahogado. Había un desnivel evidente. Las motivaciones del señor Ramón se habían convertido ahora en el centro del enigma. Un hombre está dispuesto a pagar cien mil pesetas por comprobar simplemente la identidad de un ahogado, identidad que habría podido descubrir recurriendo a la policía. Pero al señor Ramón no le interesaba dar la cara ante la policía y no conocía a nadie que pudiera acudir a esa fuente sin riesgos.

Carvalho había hecho cuestión personal el completar el recorrido del cuerpo de Julio Chesma desde la calle Rokin a la playa de Vilasar. Le interesaba descubrir el papel exacto desempeñado por el señor Ramón en el asunto. Caminaba Carvalho en dirección a Leidsplein aún en la duda de meterse a cenar en el Balí o buscar algún restaurant por el barrio que había recorrido la noche anterior tras la hippy. Ya en la Leidsplein entró en la taberna del encuentro entre Singel y la muchacha. También estaba casi llena a aquella hora de la tarde, tanto la planta del local como un altillo poco elevado en el que sólo había una gran mesa redonda con cuatro o cinco bebedores que dominaban visualmente el local. Carvalho escogió una mesa adosada a la

pared desde la que veía la plaza y su trajín y al mismo tiempo podía convertir en espectáculo el plácido afán de los bebedores. Un matrimonio hippy con sus niños eran sus inmediatos vecinos, y a continuación un apacible burócrata hundido en su periódico dejaba que se rompiera la consistencia de la espuma de su cerveza. A aquellas horas sólo le darían bocadillos y Carvalho conocía al dedillo las intransigencias de su estómago. El ambiente de la taberna invitaba a la tertulia o a la contemplación plácida. Estaba solo y tenía ganas de distraerse.

Cruzó la calle que le separaba del cine y cogió una entrada. Proyectaban la película de complemento. Un corto holandés titulado *La peluquería*. Carvalho sólo entendía algunas palabras holandesas. Por la trama dedujo de que se debatía el asunto de la virginidad de una aprendiz de peluquería que pasa un «week end» en la finca de su patrón, en compañía de sus compañeras de trabajo y de sus respectivos «boy friends». La cosa se anima y acaba en la cama. La virgen recalcitrante rechaza los asaltos a su templo, pero finalmente decide irse a la cama con el desparejado patrón. El desparejado patrón impotente y muy humano, muy paternal, le dice que no espere de él lo que no puede darle. La muchacha se tranquiliza, pero al día siguiente, oh lunes, amanece con una histeria de orangután hembra en celo. Tiene un altercado con su madre y entra en crisis. Sale a la calle. Telefonea desde una cabina a su patrón y le dice algo entre lloros. La película acabó sin «happy end» para Carvalho. En cualquier caso era de una vulgaridad digna de subdesarrollo del cine holandés.

Carvalho salió en el descanso al vestíbulo. Algunos matrimonios jóvenes y ahippados habían llevado al cine a sus retoños, en parte porque no sabían dónde meterlos y en parte porque *Fritz de cat* era una película de dibujos animados. Pero en cuanto Carvalho empezó a ver las primeras escenas de la película dedujo que tal vez la asistencia de los niños se debiera a algún encubierto empeño de educación sexual. El gato Fritz era un auténtico maniático, un personaje marginado que arma revoluciones sexuales en los fumadores de droga de la intelectualidad neoyorkina y revoluciones sociales en Harlem. La película tenía una mala leche superior a la de Carvalho. Salió del cine deprimido y al mismo tiempo con ganas de ligue. Se metió en la

calle que había recorrido la noche anterior tras la hippy. Eligió un restaurant griego. Pidió cordero asado a la salvia y una botella de vino de Paros. Completó la comida con un excelente queso Touloumisso. Comía sin concentración y se alarmó por su estado psicológico. Las ciudades extrañas siempre mienten la promesa de placeres novedosos. Pero cuando te metes en su dura geografía descubres la impenetrabilidad de los cuerpos, la repetida vulgaridad de las situaciones y las personas. Si quería ligar debía ir por las buenas a un cuerpo de alquiler o a una larga escaramuza verbal de dudoso resultado. Le fastidiaba todo el ceremonial previo, toda la etapa de persuasión. Este tipo de comunicación debiera ser automático. Un hombre mira a una mujer y la mujer dice sí o no. Y a la inversa. Todo lo demás es cultura.

Carvalho repasó los rostros del restaurante por si alguno se prestaba a su lenguaje directo. Ni un rostro femenino agradable. Rebajó el nivel normal de sus exigencias críticas y aplicó la mirada sobre una mujer madura que comía con una adolescente miope. Era una solución de emergencia. Carvalho ancló su mirada en la cara ancha de la dama en espera de que alguna vez sus ojos se encontraran. Se encontraron y la mujer empezó una siniestra comedia de gracejos con la adolescente acompañante mientras lanzaba repentinas reojadas a Carvalho. Pepe fue consciente de que estaba alimentando la capacidad de ensoñación sobre los temas de aventuras mentales de la señora y nada más. Añadía una mueca tardía en la pistola de sus conquistas platónicas. Casi todas las mujeres son iguales en todas partes. Le molestó que la mujer se quedara al nivel de una conquista platónica y dejó de mirarla. Salió del restaurant con el aroma de la salvia dominando su olfato y su paladar. Deambuló sin propósito y media hora después se descubrió a sí mismo en la puerta del Rijksmuseum. Los museos le producían alergia, tal vez como compensación al pasado encantamiento, a las pretéritas adoraciones por su silencio catedralicio y el sucesivo éxtasis ante tanto valor convencional. Cambiaba a todo Rembrandt por un culo femenino hermoso o un plato de spaghetti a la carbonara.

Anduvo hacia el Paradiso. Tuvo que renovar la tarjeta de socio, irreconocible la anterior por el remojón de la víspera. En vez de dirigirse al

ábside subió por la escalera lateral al piso superior. En una amplia habitación algunos jóvenes ojeaban revistas o trataban de componer collages sobre la base de revistas recortadas. Otros estaban de pie en la barra de un pequeño bar con el mismo aire cansino y desencantado de las gentes que había visto en el ábside el día anterior. Cruzó la hemeroteca y llegó a un mostrador donde una pareja hippada vendía pastas. En la composición de las pastas entra la droga, en una lamentable burla del arte de comer. ¿Qué se puede esperar de una juventud que ni sabe ni quiere aprender a comer? Carvalho compró una pasta arabizante para no morir sin haber probado un manjar infernal. Sabía a matalahúva, almendra, harina y una extraña cosa que igual hubiera podido ser sudor de yegua o ambrosía divina. Se cagó mentalmente en la madre de los cocineros y prosiguió su investigación por las alturas de la iglesia. En una habitación proyectaban una película de Gregory Peck ante una concurrencia igualmente ahippada, sentada en sillas de tijeras o echada por los suelos. La película era *Matar a un ruiseñor*. No pudo resistir más que hasta el cuarto tic de Gregory Peck y bajó las escaleras en dirección a la nave central. El mismo cuadro, la misma música, la misma sicodelia visual, la misma peste al servicio de la misma nada, mientras la policía les vigilaba por dentro y por fuera como vigila un rebaño bien encaminado hacia el redil. Por un momento le vinieron ganas de escudriñar la sala con su único ojo sano por si identificaba a Búfalo Bill o al par de borregos. Le pareció que de alguna manera estaban haciendo trampas a todas aquellas pobres gentes que habían creído oír sonar las campanas de la liberación, pero que seguían sin saber dónde.

Se levantó tarde. Comprobó el estado de su ojo y observó que el hematoma casi había desaparecido. Más que un golpe había sido un corte que aparecía ahora nítido entre la ceja y el párpado superior. Con un algodón trató de diluir la mancha del mercurocromo. El párpado superior seguía dilatado, pero tampoco podía decirse que le hubieran puesto el ojo a la funerala.

El viaje a Rotterdam se le hizo largo. Contra su costumbre, había comprado prensa. Sendos ejemplares del «New York Times» y «Le Monde». Hacía dos meses que no había leído un periódico y le pareció que las cosas estaban donde estaban. Si no padeciera las últimas consecuencias de cuantas

majaderías leía, hubiera creído asistir al espectáculo de una pandilla de locos y mangantes, auténtica carne de presidio toda aquella chusma de señores del mundo. Ni siquiera necesitó el «New York Times». Le bastaron las tres primeras hojas de «Le Monde». Prefirió contemplar un paisaje que se repetía a sí mismo o los rostros de las gentes que también se repetían a sí mismos. Desde hacía unas horas tenía como fijada en el cerebro la imagen del señor Ramón al otro lado de la mesa. Su piel lustrada, pecosa, la sabiduría que había en aquellos ojos pequeños y duros, de animal calculador. Parecía haber llegado al final de la ruta que aquel hombre le había trazado y en cambio habían quedado planteados los suficientes interrogantes como para que el caso le fascinara a título personal. El viaje a Rotterdam se le eternizaba porque intuía que la mayor parte de las respuestas a los nuevos, enigmas ya no estaba en Holanda. Se sentía poseído por la investigación, como antes, cuando se sentía ligado a los enigmas hasta su desvelamiento. Era como si recuperara una potencia perdida, aunque dolorosa: la capacidad de entusiasmo.

La calle Coosingel partía casi de la misma estación terminal de Rotterdam, que la unía en línea recta con el puerto. Todo el centro de Rotterdam había sido reconstruido después de la guerra, según un trazado racionalista que la convertía en una ciudad prácticamente nueva. Cogió un taxi hasta el puerto. Quería dar una vuelta en un barquito de los que recorrían los inacabables muelles y mientras tanto pensar en la rota lógica del asunto. Se metió en un barco de la compañía Spido lleno de escolares ruidosos que se disponían a descubrir tantos mundos como tinglados y radas, en los que permanecían atracados barcos de todas las nacionalidades. El color de la herrumbre alternaba con las acuarelas blancas de los cascos anclados y el galimatías de las miles de grúas que iniciaban la pereza del mediodía. Un puerto viejo y eficaz en el que lo espectacular eran sus propias dimensiones y su propia eficacia. Un puerto sin las leyendas del de Hamburgo o el de Nueva York.

Había tanta desmesura en la relación entre Singel y el señor Ramón como en la relación entre éste y la peluquería de Queta. Un hombre no sugiere la sensación de poder del viejo sin tener detrás algo más que una peluquería

para señoras. Lo más lógico era suponerle dentro de la misma red que implicaba a Singel y a Chesma como figuras en primer plano. Singel se cubría en Amsterdam con el neón que iluminaba el rótulo: *Patrice Hotel* y el señor Ramón se cubría en Barcelona con el rótulo *Peluquería Queta*. Un evidente paralelismo entre las dos caras de los personajes. Pero ¿qué les unía con Chesma? ¿Por qué para unos tenía rostro y nombre y para el señor Ramón era sólo un interrogante?

Pasaba el barquito a la sombra de un inmenso paquebote japonés y los escolares se achinaron los ojos y gritaron a los marinos en un idioma inventado expresamente para la ocasión. Había decenas de muelles dedicados a desguaces donde los viajeros sorprendían un instante de la profunda modificación de los buques muertos. Miraban el casco herrumbroso de las naves o su esqueleto apurado, con el respeto con que se contempla una autopsia. Hasta los niños enmudecían como en presencia del desolladero. El sol de julio arrancaba lenguas de fuego blanco de las camisas. Carvalho había visto al pasar cómo tomaba el sol la población de Rotterdam, tendida en los márgenes anchos y verdes de los canales o entregada a la tregua del mediodía sobre los bancos públicos. La Charo probablemente había ido a bañarse a Castelldefels o a «Piscinas y Deportes». El bronceado era una condición estimable en su oficio, una condición que incluso Carvalho agradecía en contraste con las partes blancas, blanquísimas, del cuerpo de Charo. Acaso el viejo ya le había hecho el encargo sabiendo la respuesta. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué le interesaba aquel viaje de ida y vuelta entre un principio y un fin que conocía plenamente?

A la vuelta del «tour» por los muelles ya le esperaba una fotografía revelada en la que aparecía en el momento de subir la pasarela. La compró y se dirigió hacia la torre vigía saliente sobre los tinglados. Cumplió las instrucciones y se quedó en la gran miranda previa a la ascensión al último piso. Rotterdam se extendía a derecha e izquierda, en un laberinto de muelles y dársenas, un bosque de grúas que desde allí parecían filiformes, como la visión hilada, a la manera de un encaje, contemplada por un pintor puntillista que tuviera en los ojos la angustia por la naturaleza muerta, por el comercio y la industria. Barcos verdes, azules, blancos, rojos. Barcos negros que parecían



estar en la ruta de la maldad. Barcos que irían al norte, pero sobre todo hacia el sur. En las venas de Carvalho se agitaba el impulso de la huida.

Se había adelantado a la hora de la cita. Estaba casi solo. En uno de los ángulos de la miranda una pareja de japoneses se intercambiaban fotografías con el fondo del puerto. Vio entonces a una mujer treintañera que recorría el borde del parapeto con la mano enguantada. Andaba siguiendo el trazado de la barandilla y sin perder de vista el mar, como si quisiera conservar una visión total y constante del espectáculo que ofrecía la mirada. Sobre su pecho suficiente colgaban unos prismáticos. Tenía la nariz grande, la cara ancha y pecosa, una melena pelirroja trabajada le caía sobre los hombros. Llevaba un vestido verde sin mangas y el bronceado de la piel parecía de sol artificial o tal vez era el característico tono bermellón que lucen los pelirrojos. Tenía unas piernas apetecibles aunque los tobillos denunciaban el paso del tiempo o la mala circulación de la sangre. Carvalho la deseó un instante. Pero le pareció salvaje y destructor empezar a desear a una mujer que perdería de vista en cuanto se presentara la cita. La mujer llegó a donde Carvalho estaba apoyado sobre la baranda. A la fuerza tenía que detener su marcha para sortear el obstáculo de Carvalho. Se detuvo. Se quedó allí. A un palmo del cuerpo de Pepe. Volvió la cara y miró el rostro del hombre que le impedía su peregrino recorrido. Sus labios se movieron y pronunciaron en un español vacilante:

—¿Es usted el enviado de Singel?

SE IDENTIFICÓ como la señora Salomons. Viuda Salomons, corrigió. Bajaron del mirador en el ascensor. Mientras el ascensorista atendía la maniobra de frenado, la mujer musitó al oído de Carvalho:

—¿Es cierto que Julio ha muerto?

—Eso parece.

—Es horrible.

Parecía afectada. Salió a buen paso delante de Pepe. Le condujo hasta un «Volvo» aparcado al pie de la torre mirador. No hablaron durante el recorrido hacia el barrio menos nuevo de Rotterdam. Paró el coche en una pequeña calle arbolada desde la que se divisaba el paso del canal por la esquina. La mujer abrió la puerta de la planta de una casa y entraron en un patio interior con césped en el que tomaban el sol alguna muchacha en bikini, jóvenes barbados y niños rubísimos que jugaban con una pelota de goma. La viuda Salomons abrió la puerta de su apartamento y Carvalho se encontró de buenas a primeras en una cocina comedor luminosa. De la cocina comedor arrancaba una escalera hacia las habitaciones superiores. La viuda Salomons indicó a Carvalho que se sentara en uno de los bancos que acompañaban la mesa lacada en blanco. Ella hizo lo propio en el banco de enfrente. Entre el hombre y la mujer quedaba la mesa y, en el centro de ésta, un frutero de mimbre en el que restallaba fruta mediterránea. Ella parecía ensimismada. No miraba a Carvalho. Contemplaba obsesivamente una tetera de acero sobre los fogones apagados.

—Es horrible.

—¿Le conocía usted?

—Mucho.

Alzó la cabeza para mirar el techo. Tenía lágrimas en los ojos y una garganta blanca, ancha pero hermosa.

—Mucho. Mucho.

Y se echó a llorar. Carvalho jugueteó con un pomelo al que sin duda habían sacado brillo con un trapo. Igual habían hecho con las naranjas y los limones. Ella volvía a levantar la cara perlada de lágrimas y Carvalho le hundió los ojos colmillos en la hermosura de la garganta blanca. Tuvo la fugaz sospecha de que la viuda Salomons se había formado en alguna sucursal del *Actor's Studio* en Rotterdam. Lloraba como Warren Beaty en *Esplendor en la yerba*. Había un silencio de mutis y la tristeza de la señora Salomons quedaba en un punto equidistante entre lo teatral y lo cinematográfico. «Hay gente para todo», pensó Carvalho, y empezó a mondar con los dedos una naranja. La viuda Salomons se levantó para buscarle un plato donde dejar las mondaduras. Carvalho entonces recordó una antigua «boutade» de un profesor de Literatura Francesa, Juan Petit: «Imagínense ustedes que el hombre angustiado de las obras de Sartre, en pleno ataque de angustia, oye una llamada a su puerta. Acude y es el cobrador de la luz. Si puede pagar, bien. Puede continuar con su angustia metafísica. Pero si no puede pagar se le va la angustia metafísica a paseo y le viene la otra». El profesor era tan lúcido como angustiante, con aquel fumigador de yodo con el que trataba continuamente de contener los accesos de asma.

—Perdone. Le estoy dando el espectáculo.

Carvalho hizo un gesto ambiguo que la dama interpretó como un crédito de tiempo para que siguiera hecha polvo. Y en efecto, volvió a derrumbarse entre lágrimas, esta vez colgantes, sólidas, pesadas, respaldadas por la agitación del cuerpo. Carvalho terminó la naranja y se levantó para limpiarse las manos en el grifo de la cocina. Por la cristalera veía a los adoradores del sol secándose los tumores corporales y espirituales bajo el más antiguo y sólido de los dioses. Recostó el culo en la fregadera, enfrentado al cuadro de desolación que componía la viuda Salomons y las mondas de naranja sobre un platito de cerámica de Delft.

—¿Le conocía usted mucho?

—Sí. Ya se lo he dicho. ¿Qué le parece? Tengo un disgusto.

—Señora, las cosas vienen como vienen. Me interesaría saber algunas cosas sobre mi amigo. Sus parientes están inquietos. Desde hace casi dos años no tenían noticias. Recibieron las últimas cartas desde Amsterdam.

—Después vivió casi siempre en Rotterdam.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Seguía relacionándose con Singel?

—Sí. No sé. No sé.

—No sabe ¿qué?

—No sé si la amistad con Singel le fue beneficiosa. Le dio oportunidad de dar el salto. ¿Comprende? Era un hombre que no había nacido para ser lo que era: un simple mozo de carga en la Philips.

—Nadie nace para ser mozo de carga.

—Ya me entiende. Tenía inteligencia natural. Era despierto. Venga.

La viuda Salomons se levantó y subió por la escalera que iba a la habitación superior. Carvalho la siguió. Desembocaba en un rellano rodeado de estanterías de libros, reproducciones pictóricas en las paredes, cuadros auténticos. Del rellano se pasaba a una habitación dormitorio igualmente llena de libros y con una mesa de trabajo situada bajo la ventana, frente al jardín donde los adoradores del sol proseguían su silenciosa liturgia.

—Se lo leyó casi todo. Y no creo que sean libros fáciles. Leía el inglés casi correctamente y lo aprendió en Amsterdam en un curso intensivo. Era un hombre, cómo le diría yo... hondo.

—Profundo.

—Eso es. Profundo. Meditaba mucho. Le daba muchas vueltas a las cosas. Y además era un rebelde.

La viuda Salomons hablaba de Julio Chesnia mientras paseaba por la habitación con los codos contenidos en sus propias manos. En diez minutos Carvalho tuvo a su disposición una brillante biografía de Julio Chesma. Había nacido en Puertollano (Ciudad Real). Una ciudad contaminada, contaminada. Insistía la viuda. Polución. Una polución horrible. Huérfano, naturalmente, quizá como consecuencia de la polución. Hospiciano, naturalmente. En todas partes había dejado huellas de una rebeldía brutal y

desesperada. Legión, naturalmente. Pequeños delitos y cárcel, naturalmente. Se había echado una novia en Bilbao y había sido la primera vez que había pisado tierra firme. Estudió algo en academias nocturnas y había decidido marchar a trabajar fuera de España para ver mundo y todo lo que hubiera que ver al norte o al sur de cualquier parte.

—Lo de la Philips no podía durar. Julio era incapaz de transigir con eso. Y la viuda Salomons imitó con sus manos el gesto de marcar el reloj.

—¿Fue usted la primera mujer con la que intimó en Holanda?

—No. Supongo que no. De la Philips pasó a Amsterdam y estuvo trabajando de portero en un *living-sex* de Red Light.

—¿De portero?

—Bueno. A veces salía en algún número, Y en este ambiente ya sabe, hay muchas relaciones, pero no son relaciones legales, vamos a dejarlo así.

—Es decir, entró en contacto con hampones.

—Bueno. Tampoco exactamente. Singel me ha dicho que usted ya estaba al corriente. Yo no considero que un traficante de drogas sea un hampón. De según qué drogas. Ya me entiende. La heroína o la cocaína o el opio. Eso sí es criminal.

La viuda hablaba sin mirarle. Como todo el mundo, tenía la ideología que necesitaba para justificar su propia vida.

—¿Chesma la conoció a través de Singel?

—No. Fue al revés. Yo conocí a Singel y todo lo demás a través de Julio. Fue hace dos años. Él venía a Rotterdam con mucha frecuencia por cuestiones de negocios. Había conseguido no sé cómo un pase para comer en un Centro de Artistas. Es más barato y la comida es buena. Yo como siempre allí. Trabajo en la organización de los Festivales Artísticos de Rotterdam, en el Doolen, muy cerca de la Estación Central. Nos conocimos en el restaurante del Centro. En seguida me fascinó la diferencia que había entre lo que aquel chico era y lo que podía ser.

—Y entró usted en la organización. —Se había puesto a la defensiva.

—Singel me ha dicho que no conteste nada que pueda referirse a estas cuestiones.

—Me interesa saber si Julio tenía la suficiente fuerza como para meterla a

usted en algo ilegal.

—Hice algunas cosas, muy pocas. Sobre iodo para que no las hiciera él. Si le descubrían, le expulsarían del país o le meterían en la cárcel. ¿Se imagina usted a Julio en una cárcel?

—Me imagino a cualquiera en una cárcel.

—Hay gentes que no podrían resistirlo.

—Podría contarlas con los dedos de esta mano y en el mundo hay casi tres mil millones de habitantes. De hecho nos dividimos en dos clases de personas: los que van a la cárcel y los que pueden ir a la cárcel. Ahí está la clave del éxito de los políticos, aquí y en cualquier parte.

—Hay gente con una sensibilidad especial y Julio la tenía.

—Desconfíe de las sensibilidades especiales. Son capaces de limpiar letrinas en la cárcel más tirada del mundo.

—Bien. Usted le conocía poco.

—Prosiga. Julio llega, se enamoran. Le va viendo alternativamente. La mete en el asunto de las drogas. Usted le mete en el asunto de la literatura. Es un intercambio productivo. Usted gana dinero y él se refina.

—¡Yo jamás gané ni un florín! Todo lo hice para quitarle preocupaciones.

Carvalho quería provocar la rabia sincera de aquella mujer, capaz de interpretar un papel sin darse cuenta de la mixtificación. En aquella cama ancha, mullida, blanquirroja, estaba el secreto de la seducción. Todo lo demás era literatura o careta ideológica para dar rostro al esqueleto del más primario de los intereses.

LA VIUDA se había sentado en la cama. Las piernas abandonadas a un cierto relax aparecían como derramadas con la falda subida casi a la altura de las ingles. Carvalho apreció la consistencia visual que ofrecía aquella carne.

—Poco a poco se fue quedando más tiempo en Rotterdam. Hizo dos o tres viajes a España antes de regresar allí definitivamente.

—¿No sabe usted cómo se le ocurrió un tatuaje como el que llevaba?

—No. Pero tal vez era como su lema, su divisa. Nunca terminaban bien las cosas en las que se metía. Había sido el eterno expulsado de todas partes. Era un líder. Un auténtico líder.

—¿Por qué volvió definitivamente a España?

—No sabía si era definitivo. Poco a poco lo nuestro se fue debilitando.

—¿Por parte de usted también?

—No.

Un «no» apagado, como dicho a medio gas del deseo.

—No —repitió—. Yo le seguía queriendo. Mucho. Pero él no era un «hombre para toda la vida».

—¿Tiene usted hijos?

—Uno.

—¿Interno en un colegio?

—¿Se lo ha dicho Singel?

—No. Pero es lógico.

—El chico no habría podido entender lo de Julio. El más opuesto a que lo internara fue el propio Julio, pero no había otra solución. La casa es pequeña.

—¿Volverá a vivir el niño con usted?

—Ya me he acostumbrado a este sistema de vida. Y él también. Es muy

feliz, no crea. Además, aún soy joven.

—¿Le habló Julio alguna vez de cosas concretas de España? ¿De gentes concretas?

—No. Procuraba evitarlo. Eran cartas sinceras, en las que me explicaba si había conocido a otras mujeres, pero sin mencionarlas.

—¿Últimamente también le escribía?

—Menos.

—¿Conserva las cartas?

—Quizás alguna. Primero las guardaba, pero luego tuve miedo de que mi hijo las encontrara. Pasa conmigo los fines de semana. Son cartas muy íntimas.

—¿Puedo leer alguna?

—Lo siento. Son cartas muy personales.

—Alguna en la que dé algún dato que pueda orientarme sobre qué hacía, por dónde se movía, con quién se relacionaba.

—Nunca da nombres concretos.

—Pero si le describe relaciones femeninas, a la fuerza ha de dar algunos datos concretos...

—No. Jamás. Se había acostumbrado a estas medidas de seguridad.

—Alguna dirección.

—Sí. Eso sí.

Se levantó para rebuscar en los cajones de la mesa. Eligió un sobre y lo entregó a Carvalho. Una letra bien trabajada, excesivamente obediente a la ley de los perfiles y los gruesos de la caligrafía escolar, pero con perfiles y gruesos sintéticos, envilecidos por el bolígrafo. Miró al remite y anotó la dirección: «Teresa Marsé. Avda. General Mitre, 46. Barcelona».

—¿Qué relaciones tenía con la organización desde España?

—No puedo contestarle a eso.

—Me refiero a relaciones personales, no laborales. Si seguía mereciendo la confianza de Singel o de los otros.

—Totalmente. Singel estaba verdaderamente apenado y molesto al enterarse de la muerte de Julio. Una muerte tan horrible.

Volvió al llanto. Miró a Pepe a través de las lágrimas.



—¿Vio usted el cadáver? —le preguntó.

—No.

—¿Es cierto que no tenía rostro?

—Eso parece.

—Entonces puede muy bien no ser él. ¿Se ha confirmado la identidad?

Un tatuaje puede ser rápidamente compuesto. Un cuerpo puede sustituirse. Podía muy bien no ser Julio Chesma. Carvalho dejó de tener delante a la blanda viuda Salomons para tener al señor Ramón. ¿Qué trataba de saber? ¿La identidad de un muerto o la confirmación de una identidad?

—¿En ningún momento Julio le dio alguna pista sobre sus actuales enlaces en Barcelona?

—No vuelva a las andadas. No puedo decirle nada de eso. Además no lo sé. No sé nada.

—Ha podido tratarse de un ajuste de cuentas entre colegas.

—Singel ya lo ha pensado y está muy preocupado.

La viuda estaba en pie. Había perdido blandura y consultó el reloj. En muchas ocasiones le habían dicho a Carvalho que se fuera con menos miramientos.

—Tengo que irme —informó Carvalho mientras adoptaba una postura de despedida.

—¿Ya sabe todo lo que quería saber?

—Todo no. Pero el círculo se va cerrando.

—¿A dónde le lleva?

—Al mismo punto de partida. Es la sorpresa que siempre dan los círculos.

Bajó las escaleras delante de la viuda porque había aprendido que es norma de buena educación subir las escaleras detrás de las señoras y bajarlas delante. No todas las mujeres comprendían bien el espíritu de la regla o estaban en antecedentes, y en más de un caso lo que era norma de buena educación había sido interpretado como todo lo contrario. Pero la viuda Salomons estaba bien educada y aceptó el adelantamiento de Carvalho incluso con una sonrisa. Pepe pensaba en si lanzaba un cable de arrastre, un poco de goma de ligue o si dejaba la cosa al nivel de un funeral in memoriam del amante perdido. Le bastaría decir: «Siento que nos hayamos conocido en

circunstancias tan dramáticas. ¿Tiene usted algo que hacer esta noche?». La sonrisa de la cara descartó lo que el cerebro pensaba y, al volverse hacia la viuda Salomons, sobre su rostro aparecía la máscara de un mánager de pompas fúnebres interrogando a la viuda sobre la perfección con que se había cumplido el servicio.

—Lamento que haya tenido usted que pasar un mal rato. Hay recuerdos que es preferible olvidar.

La cabeza de la viuda se desplomó sobre su pecho. Carvalho temió otra llorona. Pero el rostro se alzaba y los ojos húmedos sonreían con una serenidad troyana ante la fatalidad del destino y de la muerte. Carvalho echó una última mirada sobre el cuerpo de aquella troyana sufridora, pero dispuesta a seguir buscando amantes regenerables por las vías de la cultura, prometedores, hipersensibles, buenos luchadores de lecho y así durante los años que le quedaran de tersura en la piel y de consistencia en las carnes.

EL POLICÍA le dijo que no sabía si Kayser estaba en el edificio. Un minuto después entró en el despacho el inspector rubicundo que le había visitado dos veces en el hotel. Kayser estaba y no tardaría en presentarse. Ofreció de nuevo a Carvalho uno de sus cigarrillos mondadientes. Carvalho sólo fumaba habitualmente cigarros del peso pesado, pero lo aceptó porque le encantaban las chucherías.

—¿Trae algo interesante para Kayser?

—La despedida. Me voy mañana por la mañana.

—Una noticia interesante. Nos ha preocupado usted mucho, señor Carvalho.

—Sin motivo. He venido como un simple turista.

—Veo que el ojo le ha mejorado. Ayer hubo dos agresiones en el Red Light.

—Parece un barrio tranquilo.

—A simple vista.

La puerta acristalada se abrió y tras un brazo penetró en el despacho un hombre no menos gigantesco que el rubicundo, con el cabello cano pero con una energía física que polarizaba cualquier ambiente, como esa presencia de los actores imponentes que se apoderan del escenario y aniquilan a todos los demás. A partir de la entrada de Kayser, Carvalho olvidó al otro. Ni siquiera se dio cuenta de que seguía en la habitación, sentado en una esquina, como asistiendo desde primera fila a la falsa cordialidad que se entrecruzaban Kayser y Carvalho.

—No le hubiera perdonado que se marchara sin saludarme. Siquiera sea en recuerdo de los viejos tiempos. Por lo que me ha dicho el inspector Israel

ya no trabaja usted para los americanos. Va por lo libre. ¿Le trae cuenta?

—Es una aspiración latente en todo español, establecerse por su cuenta. Digamos que así trabajo a mi aire, sin otro responsable que el cliente.

—No es manera de aprovechar todo su talento. He dado muchas vueltas a este asunto, amigo Carvalho, y he pensado que usted, aquí, en Amsterdam, podría prestarnos un servicio muy valioso. Dejó usted un buen recuerdo, y hay muchos chicos trabajando por ahí, que, gracias a usted, supieron el abecé del oficio.

—Lo celebro.

—Ahora no se trataría de lo mismo. ¿Sabe usted cuántos trabajadores españoles hay en Holanda? Más de veinte mil. Nuestra preocupación es facilitarles su estancia aquí, pero no siempre está a nuestro alcance. Es una mentalidad extraña. No afinamos lo suficiente. Usted podría exigir un departamento, oficiosamente desde luego, dedicado a una serena vigilancia de sus compatriotas, una vigilancia protectora. No siempre encajan bien el salto desde un país tan proteccionista como es el de ustedes a un país permisivo. Ésta es una sociedad permisiva, señor Carvalho, como ahora la llaman los sociólogos. ¿Ha abandonado usted definitivamente la sociología?

—Vivo de ella.

—¿Es una metáfora?

—Es posible. ¿Qué le parece a usted?

—Es una metáfora. Y muy afortunada. ¿Acaso un policía como yo no es un sociólogo?

Kayser obtuvo el asentimiento del inspector Israel que salió del fondo del escenario para decir su papel ante las candilejas.

—Muy cierto. Un sociólogo y un psicólogo.

—¿Lo ve usted? Una sociedad permisiva como la nuestra puede provocar un desbarajuste mental en sus compatriotas. Tienen el sexo y la política al alcance de su mano.

—El sexo es caro para cualquier inmigrante.

—Pues por eso. Lo tienen al alcance de la mano pero no siempre pueden cogerlo. Esto crea frustraciones lamentables, que por desgracia no nos compete solucionar. Ahora bien, tenemos también la cuestión política. Ya

sabe usted que en Holanda hay una tolerancia anchísima ante cualquier actitud que no adopte vías anticonstitucionales. Hasta trotskistas tenemos, señor Carvalho. Pero un trotskista holandés ha tenido la indudable ventaja de nacer holandés. Es ante todo holandés y su comportamiento como trotskista no rebasa los límites de lo permisible. Pero un español trotskista, o anarquista, o comunista a secas, ¿se lo imagina usted en Holanda? ¿Se lo imagina usted haciendo proselitismo entre sus compañeros hambrientos, políticamente hablando? Hemos de vigilar mucho más a un español, a un turco o a un griego politizado que a cien holandeses. Usted podría hacer una labor fascinante. Ante todo clasificar las ideologías y las actitudes. Cuantificarlas. Así tendríamos un conocimiento exacto de la evolución ideológica de sus compatriotas y, a partir de ese conocimiento, se les puede encauzar, evitar que se hagan daño al tratar de actuar en un contexto tan poco receptivo.

Carvalho aceptó maquinalmente el nuevo cigarrillo que Israel le daba desde su espalda. Kayser seguía hablando, pero Carvalho había conseguido un bloqueo mental y pensaba en otra cosa, recordaba, imaginaba a partir de las sugerencias de lo que había dicho Kayser. Se dio cuenta de que el inspector ya no hablaba y esperaba sonriente, propicio, su respuesta.

—No. No me interesa. Prefiero mi trabajo artesanal. Me encargan la búsqueda de una mujer adúltera o de un familiar perdido. O que compruebe las infidelidades de su socio. Es tranquilo. No cambio grandes cosas tan importantes y trascendentales como ideas, política, todo eso. Eso sólo se puede hacer por un encomiable espíritu técnico o por una auténtica toma de posición ideológica. Yo ya no tengo ni lo uno ni lo otro. Trabajo lo suficiente para vivir. No me importa el desarrollo tecnológico de la profesión. Ni siquiera leo libros sobre la materia. He cambiado mucho. Y en cuanto a lo segundo, a mí el trotskismo o el anarquismo o el comunismo me importan un bledo, exactamente lo mismo que la sociedad permisiva. No soy ni siquiera neutral. Soy aséptico.

—Hace usted muy mal. Nosotros no tratamos de estrangular la estrenada libertad política de sus compatriotas. Tratamos simplemente de encauzarla.

—Estrangúlenla o encáuquenla, pero sin mí. Abandoné la CIA cuando tenía

ante mí un brillante porvenir. Había acumulado ya tres trienios y estaba al caer un importante puesto en Colombia, muy importante. Pero dije que no y me fui. Había vivido a lo grande y no tenía ni ahorros. Ahora voy ahorrando un poco porque ya voy para los cuarenta y hay que pensar en la vejez.

Kayser se reía con una sinceridad casi conseguida.

—Hace usted muy mal. Alguien tendrá que cumplir este servicio, y hay pocos con su habilidad, con sus conocimientos. Usted conoce la diferencia que hay entre un simple policía y otro que une la teoría con la práctica. Éste es un profesional formidable, un humanista. En cambio los practicones, ya sabe usted lo que son. ¿Prefiere que sus compatriotas vayan a parar a esas manos?

—No tengo compatriotas. Ni siquiera tengo un gato.

Kayser volvía a reír. Se había levantado; Israel también. Carvalho se dio por aludido. Kayser le acompañaba hasta la puerta cuando de pronto se llevó la mano a la cabeza y le invitó a apartarse hacia un rincón del pasillo que llevaba hacia la salida.

—Olvidaba preguntarle por su estado de salud. Israel me informó de su incidente. Ha comprobado que no le hemos hecho preguntas embarazosas. Hemos respetado la vieja amistad. Pero no ocurrirá así la próxima vez.

Kayser seguía sonriente y amable.

—Compréndalo —prosiguió—. Usted podía haber muerto en el canal y nosotros tendríamos una difícil papeleta ante nuestros superiores.

—He venido de turista.

Volvían a caminar hacia la salida.

—Todos estamos siempre de paso, amigo Carvalho.

Estrechó las manos de Israel y Kayser y salió de la comisaría con ganas. Con ganas de recuperar la calle y apurar el día de luz que Amsterdam le ofrecía para el reencuentro de rincones e impresiones, exactamente como un turista que vuelve a un lugar que supo comprender.

LA NULA locuacidad de su compañero de asiento y un cierto cansancio por tantas cosas ocurridas en tan poco tiempo ayudaron a un viaje de vuelta meditabundo. En cuanto puso el pie en el aeropuerto de Barcelona sus movimientos respondieron a un plan preconcebido. Mal momento para llamar a Charo, en sus horas punta. Pero si estaba ocupada con algún cliente dejaba el teléfono descolgado. Tuvo suerte. La propia Charo cogió el aparato.

—Soy yo. Necesito que subas esta noche a mi casa. Sea la hora que sea. Yo no puedo pasar por ahí.

—Me va fatal.

—Te espero. Te he traído una cosa.

—¿Qué es?

—Ven y te lo daré.

Había dejado el coche en el estacionamiento del aeropuerto. Sólo había pasado tres días fuera y sin embargo le parecía volver después de una larga ausencia. El coche era el primer ser próximo que recuperaba y se sorprendió ante una cierta capacidad de ternura para con aquella máquina. Luego, a medida que cruzaba la ciudad en dirección al Tibidabo disminuyó su capacidad de sorpresa y recuperación. El paisaje volvía a pegársele al cuerpo como una vestimenta habitual, hasta el punto de integrarle en las coordenadas de siempre. En el buzón de la correspondencia sólo encontró propaganda. La dejó allí para que siguiera disfrutando del relente de la noche. Tenía necesidad urgente de ponerse cómodo y encender la chimenea. Abrió las ventanas para que la humedad de la noche de julio compensara el calor de la leña encendida. Nuevamente el problema del papel para encender el fuego. Llevaba en el bolsillo bien doblado un ejemplar de *Suck*, pero no quería

sacrificarlo tan pronto, después de haber conseguido colarlo por la aduana. Prefería quemar un libro y esta vez fue sobre seguro a por una edición de *El Quijote*, de Editorial Sopena. Era una obra a la que guardaba una vieja manía, sintiendo un deleite previo por el simple hecho de ir a sacrificarla, y el único reparo, fácilmente superable, eran las ilustraciones que acompañaban las aventuras de aquel imbécil. Se quedó en mangas de camisa. Montó una extraña construcción de leños y teas, puso debajo *El Quijote* con las hojas abiertas y le prendió fuego. La escena le recordó un viejo cuento de Andersen en el que el lector asiste angustiado a la evolución de una flor de lino desde su nacimiento hasta su muerte convertida en libro, quemado en una alegre chimenea navideña. Aún le quedaban más de tres mil quinientos libros en las estanterías que apresaban el ambiente de la casa como unas rejas. Podía encender tres mil quinientas fogatas durante casi diez años.

Sacó del maletín la chaqueta china de Charo y la dejó sobre una butaca. En la nevera tenía bacalao seco, latas de guisantes, pimientos, tomate, costilla salada de cerdo. Podía hacer un espléndido arroz con bacalao, plato que le gustaba mucho a Charo. Dentro de una fiambarrera encontró sobrasada. Una rodaja de este embutido comulga bien con los restantes ingredientes del arroz. Tampoco faltaban latas de cerveza en el sótano y por si acaso Carvalho había comprado en el aeropuerto de Amsterdam cuatro latas de cerveza holandesa. También sacó del maletín un salmón ahumado comprado a la mitad de precio de lo que costaría en España. Preparó unos canapés como entrante. Picó cebolla, pepinillo y alcaparras. Hizo una pasta con el picadillo y mantequilla y la extendió sobre rodajas de pan negro. Cortó unas lonchas de salmón y las distribuyó sobre los canapés.

Oyó el ruido del coche de Charo cuando remojaba una bayeta para colocarla sobre los fogones. Una vez extendida la bayeta puso sobre ella la cazuela con el arroz bulliente, con el fin de que la bayeta húmeda despegase los posibles granos enganchados en el fondo, mientras se reposaba el arroz. Charo le sorprendió secándose las manos con un trapo de cocina.

—Qué raro. Cocinando. Y la chimenea encendida. Cualquiera que viera una chimenea encendida en pleno mes de julio...

—Pienso mejor.



—¿Quieres pensar esta noche? ¿Para eso me necesitas?

Adivinó una cierta amabilidad erótica tras la aparente dureza inicial de Charo.

—Te invito a un arroz con bacalao.

—Eso está mejor. ¡Oh! ¿Te has comprado eso?

Charo señalaba casi con éxtasis la casaca china.

—No es para mí.

Charo la había cogido y la remiraba.

—¿Es para mí?

—¿Para quién si no?

—Gracias, rumboso.

Y le estampó dos besos húmedos, paródicos, ruidosos en mitad de los labios. Carvalho sintió el tam-tam erótico. Pero fríamente analizó el fatal desenlace que esperaba a su cazuela de arroz si adelantaba los acontecimientos eróticos y postergaba la cena. Simplemente había que acelerarla.

El arroz mereció los plácemes de Charo que ya se había desnudado para quedar sólo vestida por la casaca china.

—¿Es de Pekín?

—Mira la etiqueta.

—Bueno, ¿pero es china auténtica?

—De Hong-Kong.

—Es verdad.

Charo engullía comida como un adolescente en fase de crecimiento. Era una de las cosas que Carvalho aprobaba en ella. Realmente ningún ser humano indiferente ante la comida es digno de confianza. Charo supo encontrar el momento justo para dejar de comer y empezar a amar. Carvalho se sentía incluso algo enamorado de Charo, tal vez por lo seguro de los resultados, frente a los problemáticos de la búsqueda del amor en los viajes hacia ciudades que jamás te proporcionan las aventuras que presupones.

Se tumbaron sobre la alfombra ante el fuego. Carvalho contestaba con rapidez las preguntas de Charo sobre Holanda. Era indispensable para que ella contestara a continuación el interrogatorio que él ya tenía preparado.

—¿Y eso del ojo? Parece un arañazo.

—Fue un puñetazo.

—Pues parece un arañazo.

—¿Cómo está todo por aquí?

—Peor. Han cerrado todo, todo. Meublés, bares, todo. Hay cientos de chicas en la cárcel de la Trinidad, a otras se las han llevado a Alcalá de Henares. Y mucha gente detenida. Mucha.

—¿Siguen en tu piso tus amigas?

—La andaluza. La otra se enfadó por lo que le hiciste a su novio y se ha ido a otra parte. Guárdate del chico ése. No es malo, pero quien se la hace la paga.

—¿Localizaste a la Pomadas?

—Fue una de las primeras que trincaron. Incluso antes que lo de la redada.

—Necesito que me hagáis un favor. Tú, no. Tu amiga. Si vas tú te reconocerán y podrían recelar. ¿Tú te peinas en la peluquería de Queta?

—¿Quién, yo allí? Ni hablar. Te dejan un pelo como un estropajo. Voy a un peluquero bueno. Un peluquero de la avenida Mistral, que no tiene el nombre de un Llongueras o uno de éstos, pero que me deja muy bien. Mira qué mono me ha quedado.

—Monísimo.

—Pero míralo, hombre. Mira. Mira qué caída. ¿Tú crees que la Queta consigue estas caídas?

—Bueno. Me interesa que tu amiga vaya a la peluquería y que mire. Sólo eso. Que se fije en lo que vea. En quién entra. Quién sale. Qué dice Queta. Qué hace. La Gorda. También la Gorda. Y el señor Ramón. ¿Se sabe algo en el barrio de las relaciones entre Queta y su marido?

—Pues no se habla mucho de ellos. Y ya es raro. Él tiene fama de ser muy señor. Dicen que si estaba casado y era de familia buena y que lo dejó todo por la Queta, ya mayor. Pero no se dice nada de si se entienden o no.

—Quiero que la Andaluza me cuente lo que vea. Que no haga preguntas. Que mire y me cuente. Bueno sí. Que pregunte los horarios de las chicas que trabajan allí y dónde viven.

LA PORTERA le dijo que la señorita Marsé no estaba en casa hasta las seis de la tarde. Entonces era seguro encontrarla porque salía el niño del colegio, lo traían en el autocar y ella siempre estaba para recogerlo, bañarle, darle la cena, en fin, esas cosas. El niño, añadió la portera de su pecunio para que Carvalho completara su composición de lugar, pasaba los fines de semana con su padre y sus abuelos paternos. Pero los cinco días restantes vivía con su madre. Ahora bien, si era muy urgente, si necesitaba localizar cuanto antes a la señorita Marsé, estaría en la tienda. Una boutique de la calle Ganduxer. Total, una manzana más arriba. La boutique, prosiguió la portera para evitarle a Carvalho problemas de composición de lugar, ya la tenía cuando vivía con su marido. La familia del marido era gente de dinero. La de ella también. Pero menos.

Carvalho ya no necesitaba a la portera. Se la desenganchó con una cierta sequedad.

—¿Es usted de lo de protección de menores? Ella es una excelente madre, se lo advierto. El chico tiene todo lo que necesita. ¡Está por su madre!

—No. No soy de la protección de menores.

La tienda se llamaba «Trip». Estaba decorada según una eficaz mezcla de modern style, marroquí style y nepal style, idónea para conformar un establecimiento de aquel tipo en cualquier calle de Estrasburgo. En una calle de Barcelona como aquélla, verdadera isla de pulcritud, anchura y jardines supervivientes a la especulación, «Trip» cumplía su cometido de disfrazar a un indeterminado tanto por ciento de burguesía femenina del barrio, facilitándole un fugaz cambio de piel, un cambio de decorado en la jaula del alma que dejaba la línea recta del funcionalismo definitivamente asimilado

por la burguesía y adoptaba el colorido y la textura de una jaula parecida a las auténticamente hindús. Cuando menos, «Trip» conseguía colocar a la burguesía de la ciudad al nivel de disfraz de la de Estrasburgo y a poca, muy poca distancia, del nivel de disfraz de París, Londres o San Francisco.

Teresa Marsé vestía uno de sus disfraces. El aparente sarampión del rostro era un cuidadoso tramado de pecas artificiales. Sobre una cara de muñeca de ojos azules ardía con lenta llama la inevitable peluca Angela Davis rubia y sobre las supuestas formas del cuerpo pendía una túnica de subdesarrollada azulina viscosilla llena de bordados made in Marraquex. La muchacha tenía ese «savoir faire» de geisha con el que las jóvenes burguesas emancipadas han podido reconvertir la dedicación prematrimonial hacia boutiques de consolación para sus vidas nada realizadas. La bárbara costumbre ancestral de ponerle un estanco a la muchacha deshonrada, adquiriría la suave modificación en la nueva norma de ponerle una boutique a las malcasadas con angustia metafísica. Teresa Marsé había tenido un marido capaz de entenderlo y de montar una boutique. Carvalho comprendió que detrás de aquella geisha en chilaba había una mujer con pocas puñetas y no dio ningún rodeo.

—Busco a un tal Julio Chesma. Una amistad común en Amsterdam me ha puesto sobre la pista de esta dirección.

El muñequismo había desaparecido del rostro de Teresa Marsé. Su cara era la encarnación de la ansiedad y la duda. ¿Dónde estaba Julio? No daba señales de vida desde hacía casi dos semanas. Otras veces desaparecía más días, pero llamaba de vez en cuando.

—Sé menos que usted. Yo le busco porque tengo un encargo urgente. Acabo de llegar de Amsterdam y tengo que hablar con él. Algo anda mal. Ya sabe a qué me refiero.

—¿A qué se refiere?

—¿No sabe usted a qué se dedica Julio?

—Importación de queso de bola.

Carvalho había recibido el puñetazo verbal en pleno estómago del alma. Contuvo la carcajada y en estas condiciones anímicas el rostro adoptó el lenguaje de una ambigüedad sospechosa. Teresa Marsé escrutaba

precisamente el rostro e interpretó la ambigüedad como portadora de malas noticias.

—Le ha ocurrido algo a Julio —afirmó.

Carvalho eligió una sinceridad con límites.

—Creo que usted puede ayudarme si está enterada del asunto. Pero tal vez no sea el lugar. ¿Comemos juntos?

—Tengo un compromiso. Pero lo arreglaré. Tiene que ser en un sitio cercano. He de hacer unas pruebas antes de abrir la tienda por la tarde y a las seis tengo que estar en casa. Un sitio donde podamos comer cualquier cosa.

Era lo que Carvalho jamás quería comer. Adoptó una conformidad galaica y quedaron citados dos horas después en una cafetería de la calle Muntaner. Frente a «Bocaccio», aclaró Teresa Marsé como definitivo punto de referencia. Carvalho pensó que de lo perdido saca lo que puedas. Frente a la cafetería que le indicaba Teresa había una tienda ejemplar dedicada a productos alimenticios italianos. Podía escoger una magnífica cena que le consolara de los horrores de «cualquier cosa». Fue hacia allí y primero contempló con astucia las pastas recién hechas que se exhibían en el aparador. No sabía si inclinarse por los fetucchini o por los cappelletis. Una vez dentro abandonó la lucha por la primera fila a unas cuantas compradoras con evidentes prisas. Examinó las estanterías de los vinos por si encontraba un Marcelli. Localizado el vino, sus ojos se hundieron en los muelles montoncillos de cappelletis. La elección estaba hecha. Pero aún examinó el jamón de Parma, la mozzarella, los tarros con la salsa. Ya tenía la cena en la imaginación e hizo el pedido con una total seguridad.

La presencia imaginativa de la cena prevista le iba a ayudar mucho en las próximas horas. En cuestiones de comida Teresa Marsé se reveló idéntica a las presunciones que se había hecho Carvalho. Pertenecía a ese sector social que ha aburrido el pato a la naranja a los diez años y en cuanto se ha empapado de buen vino, se desgana y llega a equiparar el vino peleón con el Chateau Laffitte cosecha 1948, completamente hastiado el paladar por la evidencia de que se ha llegado al techo. Con este espíritu es cuando se puede acometer una comida de cafetería compuesta por alcachofas de lata y un cuarto de pollo a l'ast acompañado de patatas fritas. Carvalho intentó la inútil

persuasión del buen ejemplo y pidió unos elementales huevos fritos con bacón, pero auténticamente fritos, inútil, advirtió, presentarme unos huevos a la plancha porque se haría con ellos un casco de seguridad para camareros. Insistió en que la botella de vino peleón fuera sustituida por un Paternina 1928, la única variedad de este vino que combina ciertos límites de precio con los límites justos de la química.

Teresa contemplaba sus angustias de comensal con una superioridad irritante. Además, ni siquiera tenía buen apetito. Dejó medio cuarto de aquel pollo plastificado y no probó una patata.

—¿Guarda usted la lírica?

—No. A veces, me atraco como una bestia. Me compro dos kilos de melocotones y no paro.

—Comidas sanas, por lo que veo.

Teresa centró la conversación ante un café doble que tomó sin azúcar, una coincidencia gustativa que tuvo con Carvalho. Siempre había sospechado que Julio se dedicaba a otras cosas. El mismo hecho de utilizar sus señas para recibir correspondencia. Carvalho le explicó la materia del trabajo de Julio.

—¿Por qué no me lo dijo? A mí no me hubiera importado. No entiendo nada. ¿De veras no sabe usted nada más? ¿Le ha ocurrido algo?

—Puede ocurrirle. Hay que encontrarle con urgencia.

—Yo no puedo ayudarle.

—¿Dónde vivía?

—No lo sé.

—Es increíble. En alguna parte se verían y no en su piso.

—¿Por qué no en mi piso?

—¿Se arriesgaría usted a dar un escándalo? Supongo que su marido es tolerante, pero no hasta el punto de permitirle que reciba a sus amantes en el mismo piso donde vive su hijo.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Me lo dijo Julio.

—No es cierto. Se lo ha dicho la portera. He estado hablando con ella y me lo ha contado todo. Ha creído hacerme un favor porque pensaba que usted era un espía de mi marido.

—Bueno. Dejémoslo. ¿Dónde se veían?

—Mis padres tienen una casa deshabitada. Muy cerca de aquí. En Caldetas, junto al mar.

—Sé dónde está Caldetas.

—Íbamos allí. Mis padres ya no van. Quieren venderla, pero no se deciden. Yo creo que se han olvidado de que aún conservan la casa. Nos veíamos allí. Así no teníamos que venir a mi piso ni ir al de Julio.

—¿Le conocía usted alguna relación? ¿Amistades? ¿Costumbres? ¿Iba a alguna parte? ¿Dónde comía?

—Cuando comíamos juntos, aquí. Y no sé nada más de su vida.

—¿Cómo se conocieron?

—Es largo de contar.

—Tengo tiempo.

—Yo no.

PERO PARECIÓ sacarlo de alguna parte. Cruzaron la calle para sentarse en el Oxford. Era un *local amanerado y casi vacío, propicio para* la conversación. Entre los camareros y las mesas estaba la barrera insonorizadora de los clientes de la barra que consumían tardíos aperitivos. Teresa contó entonces la historia de un encuentro en las oficinas de un importador de productos holandeses. Ella iba para retirar pedidos de chucherías indonesias y de la industria hippy de Amsterdam. Allí estaba Julio interesándose por un pedido de queso de bola. La propia Teresa se echó a reír y Carvalho se rio a gusto, liberado del anterior embarazo cuando oyó por primera vez aquella brutalidad.

—Él me gastó bromas sobre mis mercancías. Yo sobre la suya. Después se metió con mi vestuario y yo con el suyo. Le dije que vestía como un burgués recién llegado de Vitoria deslumbrado por el vestuario de los ejecutivos. Era una conversación de ligue, yo lo sabía pero el tipo me gustaba y valía la pena descubrir si era lo que parecía o no. Y no era lo que parecía. Tenía clase.

La mujer afrontaba el recuerdo con un tono que Carvalho consideró superficial. Contaba aquel juego consciente de que lo era. No empleaba el dramatismo de la viuda Salomons. Teresa Marsé iba por la vida siempre dispuesta a dejarse sorprender y muy pocas veces se sorprendía de veras. Topar con Julio era encontrar la sorpresa de lo inclasificable. Un hombre primario que sabe disimularlo, un ignorante que ha dejado de serlo, un imaginativo con manos poderosas para acariciar la realidad.

—Las nuestras no fueron unas relaciones continuas. Yo le planteé las cosas con mucha claridad. No me he liberado del yugo matrimonial para caer



en otro. Al principio, él no lo entendía. Yo creo que una de sus muchas contradicciones eran los celos. Estaba celoso. Le ponía celoso la sola posibilidad de que yo pudiera salir con otros hombres.

—¿Los llevaba usted a la misma casa de Caldetas?

—¿Por qué no? La casa la utilizó incluso Julio para sus líos con otras mujeres. Cuando le convencí de que lo mejor era no encarcelarnos mutuamente, varias veces me pidió la casa. Yo siempre supe para qué era y le dejé la llave. ¿La quiere usted?

—¿Vendría usted conmigo?

Teresa Marsé le valoró con una mueca escéptica.

—No está mal. Pero estoy viviendo una pasión intensa.

—Por Julio.

—Eso se acabó. Casi totalmente. Por cierto, ¿qué hora es?

—¿Una mujer con horario tan bien distribuido como usted no lleva reloj?

—Deja huella en la muñeca y me parece una convención estúpida.

—Pero al menos le parecerá estupendo que lleven reloj los demás...

—Sí. Es verdad.

Siguió a Teresa. La muchacha dejó que pagara Carvalho, al igual que había hecho ya en la cafetería.

—Otro día te pasas por la tienda y te invito yo. ¿Vale?

—¿Qué día?

—No atosigues mucho.

—No tengo ganas de atosigar. Me limito a que me des día, hora. A que me concedas audiencia.

—¡Qué susceptible! Llámame. Es lo mejor.

Sacó una tarjeta de la boutique de su inacabable bolso de tela bordada. Carvalho se la guardó. Hizo entonces lo que pocas veces hacía con nadie. Le dio a Teresa las señas de su casa en Vallvidrera.

—Tú sí que no necesitas ir a la finca de papá. ¿Es tu casa o es tu picadero?

—Las dos cosas.

—Los hombres. Siempre tenéis facilidades que nosotras no podemos permitirnos.

Caminaban por una travesía de Muntaner que iba a parar casi a la altura de la tienda en la calle Ganduxer.

—Julio recibía de vez en cuando cartas de un antiguo amor de Amsterdam.

—Sí, ya lo sé. La viuda Salomons. Me leyó una vez una. —Se llevó una mano a la cara y se echó a reír, antes de continuar—. ¡Una literatura! Le citaba versos de Catulo. Con eso ya te harás una idea. Julio le estaba agradecido porque ella le había formado. Era muy listo, muy receptivo. Eso sí. Yo le dejaba libros y él me los devolvía subrayados. Era lo que hubiéramos podido llamar una «inteligencia desperdiciada por la falta de igualdad de oportunidades». Pero no le iba mal en la vida. Ganaba más dinero que muchas inteligencias no desperdiciadas. Es todo muy relativo. Porque él ganaba dinero. O así lo parecía. Siempre iba bien de dinero y bien vestido. Demasiado bien. En eso sí que no pude hacer nada. Tenía un respeto casi religioso por los trajes a la medida, los zapatos brillantes y las corbatas.

—Había nacido para revolucionar el infierno.

—¿Sabías tú lo del tatuaje? Él me contó que siempre había sido muy díscolo. De pequeño en el hospicio, en la legión, en la cárcel. ¿Sabías que había estado en la cárcel? Un cura le había dicho una vez en el hospicio: «Eres peor que el demonio». Siempre lo contaba. Últimamente le hacía mucha gracia porque se daba cuenta de que vivía como un pacha, de que tenía una vida armónica, arreglada y en cambio llevaba encima el tatuaje.

—Tal vez era una manera de conservar parte de sí mismo.

—Eso. Llámame uno de estos días. Adiós.

Y se metió en su negocio de disfraces.

No. No era aquella tampoco la mujer que espera sobre cansados mostradores el retorno del joven marino tatuado en el pecho con un corazón. Carvalho estaba convencido de que aquella mujer existía en la vida de Julio Chesma y que no era la literaria y teatral viuda Salomons ni la jugadora Teresa Marsé. En alguna parte, no sabía dónde, antes o después de que Chesma iniciara el camino hacia la muerte, una mujer había quedado impresionada para siempre por su vitalidad, por su fuerza. Carvalho no sabía si tenía aquella fijación por la canción en sí o si debía agradecerse a su

instinto. Un hombre como Julio Chesma no podía sentirse satisfecho con una mamá neurótica como la viuda o con una compañera de tenis como Teresa Marsé. Necesitaba alguien que comulgara a fondo con la rebeldía del comunicado del tatuaje. Aquel tatuaje iba dirigido a alguien que se había tomado en serio la vida de Julio Chesma.

Citó a Charo y a la Andaluza en un mesón de San Cugat. Carvalho lo tenía relativamente cerca de Vallvidrera, pero Charo llegó con un cabreo que le ocupaba todo el ochocientos cincuenta.

—Y es que no entiendo por qué no vienes tú por mi casa. No entiendo porque juegas a estar y no estar.

La Andaluza mediaba.

—Él sabrá sus cosas.

—Pues al menos podías habernos hecho la cena en tu casa.

—Tenía cena pero no tenía ánimos para hacerla. Hay días para todo. Después a lo mejor me la guiso. A manera de resopón.

Charo mostraba a la Andaluza a un Carvalho sorprendido con las manos en la masa.

—Lo ves. Lo dice en serio. ¿No te lo creías? Éste es capaz de ponerse a cocinar a las cuatro de la madrugada.

Charo contemplaba a Carvalho como se contempla a un hijo querido que ha tenido la monstruosa ocurrencia de nacer con dos cabezas. En cambio la Andaluza reía hasta el punto de que sus labios permitían el descubrimiento de dos muelas superiores de oro.

—A mí me encanta este sitio —dijo la Andaluza como si estuviera interpretando un telefilm español.

Carvalho en cambio guardaba cierta reticencia ante el lugar. Ante todo porque estaba amueblado con piezas estilo Imperio, del imperio de Felipe II, realizadas a unos metros de distancia en las fábricas de San Cugat. Tampoco le tranquilizaba la especialización gastronómica del lugar: pan con tomate, judías con butifarra, carne a la brasa, conejo con *all-i-oli*. En el plazo de los

últimos diez años habían surgido en Cataluña más de diez mil establecimientos con la pretensión de abastecer al cliente de estas maravillas de la simplificada cocina rural catalana. Pero a la hora de la verdad el pan con tomate, maravilla imaginativa que supera en simplicidad y sabor a la pizza de tomate, se limitaba a ser una masa de harina mal cocida, húmeda, aumentada su humedad por puré de tomate de lata. Y en cuanto al *all-i-oli*, hecho sin la paciencia de la mano y con el afrancesamiento o amallorquinamiento de la yema de huevo, parecía amarillo para pintar al temple. Carvalho se descubrió a sí mismo en el acto de dar una conferencia a las boquiabiertas damas que le acompañaban sobre las raíces gastronómicas de la humanidad. No fue la exclamación de la andaluza, «Madre mía, cuanto sabe este hombre», lo que le hizo reflexionar sobre el papel que había asumido, sino el escuchar en sus propios labios la expresión koyné, aplicada al origen común de algunos guisos.

—Así como hay una koyné lingüística y podemos precisar el origen común de las lenguas arias en el indo-europeo, hay una koyné gastronómica evidente, uno de cuyos síntomas científicos es el pan con tomate. Podemos hermanarlo con la pizza, pero la supera en facilidad. La harina en la pizza debe *cocerse*. En cambio el pan con tomate es simplemente eso, pan y tomate, un poco de sal y aceite.

—Y que está riquísimo —jaleaba la Andaluza, llena de entusiasmo por los misterios que le desvelaba Carvalho—. Refresca y alimenta. Tiene mucho alimento. El Dr. Cardelús me lo dijo cuando le llevé a mi nene que estaba un poco anémico. Dele «bones llescas» de pan con «tomáquet» y «pemil». Un milagro. Tengo ahora al niño en una casa de campo de Gavá y yo les digo a los que le cuidan: sobre todo, pan con tomate, mucho pan con tomate.

A Carvalho le molestó que descendiera el nivel científico de la conversación. Pero ya llegaba la bandeja de pan y tomate. Sin ser nada digno de pasar ni siquiera al libro *Carmencita o la Buena Cocinera*, era un pan con tomate discreto. Las dos mujeres aguardaban expectantes el veredicto de Carvalho que aplastaba con la lengua la masa húmeda de pan y tomate contra el paladar y trataba de medir la bondad del pan, el punto de frescor del tomate y la calidad del aceite.

—Han puesto sal de ésa un poco húmeda, pero puede pasar.

—Madre mía, pero ¿qué no sabrá este hombre?

Charo ya conocía todos los números de Carvalho y no estaba dispuesta a pactar con aquella lamemangas. Además, aún tenía auestas restos del cabreo por el desplazamiento.

—Pues a mí me gusta. Y además tengo hambre. Tú tienes muchos remilgos. Se nota que no has pasado nunca hambre.

—Que mala es el hambre, madre mía.

La Andaluza se subía a todos los trenes que pasaban ante su imaginación. Tenía los labios pequeños aceitados por el pan. Comía las costillas asadas con un interés que complació mucho a Carvalho. Les pusieron un vino rosado, algo dulzón pero con buen bouquet final, hasta el punto de que Carvalho preguntó por su procedencia.

—Esto parece un vino ampurdanés, de Perelada o de Corbella.

—Se ha equivocado por poco. Lo traemos de más arriba de Montmany.

—Pues no está mal para todo beber.

—Entra bien. Es flojo pero muy agradable.

—¿Flojo?

La Andaluza imitaba ahora a Jerry Lewis.

—¿Flojo?

La Andaluza bizqueaba.

—Pues si a mí ya se me ha subido.

Y seguía haciéndose la bizca. Recuperó la simetría ocular y se echó a reír de sus propias gracias mientras perseguía las estrías de carne entre la dentadura con un mondadientes.

—Anda, cuéntale a éste lo de esta mañana.

—Ah, sí, Pepe. Qué vacilón me he pegado ¿No necesitas un ayudante de vez en cuando?

La Andaluza bajó la voz como suponía se debía hacer en estas ocasiones.

—He estado toda la mañana de espía. Mira qué pelo me han dejado. No está mal. Yo creía que iba a ser peor. Pero me lo he hecho hacer todo, todo. He estado en la peluquería desde las nueve de la mañana hasta las dos.

—¿Y qué?

—¿Y qué de qué?

—¿Qué has visto?

—Tienen mucho trabajo. Mucho. Las cuatro chicas y la Queta no dan abasto. ¡Si yo hubiera hecho caso a mi madre! Tú ya sabes Pepe que yo soy de Bilbao, pero en este oficio o dices que eres andaluza o no tienes un cliente. Y no sé por qué. Y empezó con el seseo y aquí me tienes, que hasta yo misma me creo que soy de Sevilla.

Carvalho siempre había creído que la manía de las putas vascas, catalanas o castellanas de hacerse pasar por andaluzas era racismo químicamente puro. Desde la mala conciencia de un oficio degradado se traspasaba el estigma a la región más subdesarrollada y quedaban a salvo la majeza étnica de los vascos, los blasones de Castilla y la productividad fabril catalana. Pero la Andaluza insistía en que era cuestión de los clientes.

—Que es cosa de los clientes. Que tú le dices a un cliente que eres de Bilbao y ya te mira como a otra cosa. Como si no le fueras a hacer «felis».

La Andaluza devolvía ahora a Pepe sus lecciones sobre gastronomía. Demostró que también en la putería, la teoría es compañera inseparable de la práctica y que la distribución del trabajo no sólo ha provocado auténticas catástrofes de divorcio teoría-práctica en casi todas las artes y oficios, sino también en la filosofía, la sociología y la putología. De ahí que la mayor parte de libros escritos sobre el problema de las putas se han debido a doctoras o doctores profilácticos, sin un conocimiento práctico del asunto y en estas condiciones la capacidad teórica de la Andaluza les daba sopas con honda.

—Hay mucha gili que en cuanto se le pone a tiro un cliente ya le sueltan el hermoso, cariño y el verás que bien lo vas a pasar. Hay que distinguir. Hay clientes que entran en eso y otros que no entran y ni les va el hermoso, ni el cariño, ni verás qué bien lo vas a pasar. Cada uno es cada uno.

Carvalho volvió a enderezar la nave en órbita hacia la peluquería de Queta.

—Ah sí. Pues vaya trajín. He pensado en mi pobre madre que quería hacerme peluquera. Ahora estaría como una señora y ganando buenos duros.

—No te va mal. No te puedes quejar.

—No me digas eso ahora Pepe, que con esto de vivir a escondidas llevo

más de una semana sin dar golpe. Ésta sí. Porque ésta ha sabido montárselo gracias a tu ayuda. Que pocos hombres hubieran hecho por la Charo lo que tú has hecho Pepe. Otros la hubieran explotado. Tú en cambio la dijiste que tratara de seleccionar clientes y esperar que vinieran. No ir a buscarlos. Está casi como una señora.

La Charo, llorosa y enternecida, puso una mano sobre la mano de Pepe y le transmitió parte de su ternura. «Algún día me casaré con ella», pensó Pepe. Decididamente aquel vino aparentaba menos de lo que era. Se casaría con Charo pero cuando fueran viejos.

—Muy viejos.

Se le escapó a Carvalho en voz alta.

Dos cafés per cápita restituyeron el tono laboral a la situación. Hacía una noche estrellada, calor. Salieron a la plaza del Monasterio de San Cugat y pasearon mientras la Andaluza contaba lo que había visto. Pepe iba en el centro en mangas de camisa, con los brazos sobre los hombros de las dos mujeres.

—Hay cuatro chicas y la Queta. El marido siempre está en el altillo. A veces baja y se va al bar de la esquina a tomar algo. Otras veces llama a la Gorda y se lo trae ella. Las cuatro chicas son muy jóvenes y muy simpáticas. La Gorda es la que ha entrado última, pero oye, manda casi más que la Queta. Es muy suya la Gorda. Las demás entran a las nueve de la mañana y no tienen hora de salida. Bueno a las nueve ya no queda ninguna, menos los sábados, que a veces les dan las diez trabajando con la puerta cerrada. Dos chicas viven juntas, son primas, son andaluzas. De las de verdad, Pepe, andaluzas de verdad. Son muy serias, ya peinaban en Jaén. La Queta tiene paciencia para enseñarlas, eso sí. No son nada señalao, pero se van apañando. La otra chica tiene novio formal y la viene a buscar cada día, a veces tiene que esperar en el bar horas y horas hasta que termina. Es una chica catalana, de la Barceloneta. Su padre y sus hermanos trabajan en el puerto. La Gorda es la única que se queda a comer en la tienda porque hace la compra a la Queta, y a veces la comida. Ésa se va siempre a las ocho porque vive en Badalona y viene a buscarla un hermano con la camioneta de reparto.

—¿Es chófer el hermano?



—No, es un negocio propio. Tienen un almacén de pescado salado y congelado en Badalona, junto al mar. El padre de la Gorda había sido calafate, pero le entró un mal malo en los ojos y no podía resistir las pinturas, ni el serrín ni nada de lo que entraba en el oficio. Fíjate tú lo que son las cosas y ahora resiste la peste a pescao que debe echar el almacén ése.

—¿Qué relación hay entre las chicas y Queta?

—Buena. Con la Gorda hay algún tira y afloja porque a la niña se le han subido los humos. El patrón la contempla mucho. Eso se nota porque a veces pide cosas que era más lógico que se las subiera Queta y en cambio siempre se adelanta la repipi ésa y se las sube. A la Queta no le sienta bien eso. Lo he notado.

Y se señalaba la nariz.

—Pero es un pedazo de pan. Tú la ves con ese cuerpo, que parece que se vaya a comer el mundo, pero es un pedazo de pan.

—¿Qué cuerpo tiene la Queta?

—No se lo digas, Andaluz, que a éste en seguida le trabaja la imaginación.

—¿Pero no tienes bastante con nosotras dos, Pepe?

—¿Qué pintas tú aquí? Dirás conmigo.

Pepe apretó los cuellos de las gallinas y evitó las derivaciones.

—¿Qué se sabe de la relación entre el señor Ramón y la Queta?

—Pues él estaba casado y bien. Tiene hijos mayores con su mujer. La Queta era la manicura de su mujer y se liaron. La cosa fue en aumento y acabó dejando a la mujer y a los hijos. Le puso la peluquería a Queta y desde entonces él también se ha metido allí, siempre está en ese altillo haciendo las cuentas. No se saben historias ni de uno ni de otro. Él se ha hecho mayor, debe ir por los sesenta y la Queta acaba de cumplir los cuarenta y tiene un cuerpo fresco. ¿No preguntabas tú por el cuerpo de la Queta? Pues es un cuerpo fresco. Está muy bien para su edad. No ha parido, no ha criado, y eso se nota. Se llevan casi veinte años y eso se nota. Se liaron hace unos quince y entonces pues él estaba en la segunda juventud y ella una cría. Pero ahora... una mujer tiene sus necesidades. ¿No lo crees así?

—Seguro. Y el señor Ramón, ¿no recibe a nadie? ¿No le va a visitar

nadie?

—Pues sí. Tienen corredores. De perfumería, de aparatos de peluquería. Él lleva toda esa parte del negocio. Mal no les debe ir porque la Queta me ha contado que se han comprado un terreno cerca de Mollet, en una zona muy buena porque van a poner las fábricas por allí. Se las llevan todas por allí. Y eso va bien, porque una fábrica en la ciudad contamina el aire. Que una ya debería ir por Barcelona con careta antigás. Respira aquí. Respira. Es una delicia. Mira, os invito a una horchata.

Tomaron una horchata de pie junto al carrito de ruedas iluminado por bombillas de colores, guirnaldas de papel rojigualdo, papelotes azules. El vendedor iba de blanco, con un gorrito de la Navy y un «foulard» de topos anudado en torno al cuello. Repasó a las mujeres de arriba a abajo, pero se le cayó la mirada cuando sus ojos toparon con los de Carvalho. Las mujeres reían por cualquier cosa y se daban empujones. Carvalho se mantenía a una prudente distancia anímica y agradecía aquella horchata frappé que le llenaba la garganta de los mil frescores de sus cristalitos pastosos.

—Oye, Andaluza. ¿Cómo ha conseguido la Gorda tantas prerrogativas en la peluquería?

—No te entiendo.

—Que cómo tiene tanta mano la Gorda en la peluquería. No tendrá más de dieciséis años.

—Quince, pero como está como una vaca parece más mujer. Tiene más que yo —se cogía los pechos con las manos—. Pues no sé. Me parece que el padre de la Gorda y el señor Ramón se conocían. Eso es. Fue el padre quien metió a la chiquilla en la peluquería. Ella quiere estar tres años más y después ponerse una peluquería en Badalona. Ésa sabe lo que quiere. Fíjate, ha conseguido que el amo la deje salir los lunes por la tarde y va a un sitio donde los peluqueros de postín realizan peinados de exhibición para gente del oficio, que así es como se aprende. Llegan peluqueras de toda Cataluña y van también aprendizas y oficiales de la ciudad. Pues mira, las dos hermanas andaluzas le pidieron a Don Ramón que las dejara ir, aunque fuera descontándoles algo del sueldo. Un lunes una, el otro, la otra. Pues no las dejó. En cambio, la Gorda lo ha conseguido. Se va los lunes y ni siquiera se

lo descuenta del sueldo. Yo creo que la Queta debe estar requemada por todo esto y con mucha razón.

Volvieron hacia los coches. La Andaluza insistía a Charo que le diera el coche a ella y que se quedara en la casa de Pepe en Vallvidrera.

—Yo te lo meto en el «parking» y todo. Dame las llaves y te lo llevo yo.

—Que no. Que no. Si Pepe no tiene ganas de que me quede. Y yo tampoco.

—¿Tienes tú ganas Pepe?

Carvalho se encogió de hombros.

—Déjame el coche Charito y tú quédate con este hombre que te dará un resopón.

Reían las dos mujeres. Carvalho en cambio sopesaba la posibilidad de ponerse ahora a cocer los cappelletis. No quería tenerlos mucho tiempo en la nevera para que no se resecaen, pero tampoco se sentía animado a meterse en la cocina a aquellas horas.

—Que no te dejo el coche.

—Que a mí no me importa llevártelo.

—Pues a mí sí.

—¿Es que no te fías de mí como conductora?

—Pues será eso.

—¿No oyes? Ésta te deja el piso y la nevera a tu disposición y no te deja el coche. Charo, no serás como esos hombres que no te dejan ni la estilográfica, ni el coche, ni la señora.

—De éstos soy.

—¿No me dejas tú el coche?

—No.

—¿La estilográfica?

—No tengo.

—¿Y a Pepino?

—Menos.

La Andaluza se volvió a Pepe con los ojos nuevamente bizcos.

—Es una carga esta tía.

El BROMURO encontraba en la prensa diaria la confirmación de todas sus prevenciones hacia los alimentos. La preocupación ecológica y consumidora había tenido en él a un esforzado profeta jamás reconocido por los teóricos de nuevo y más alto cuño. Ya no se limitaba el limpiabotas a denunciar a los pies de sus clientes la conspiración antierótica del bromuro disuelto en las aguas, en las bebidas refrescantes y en el pan industrial.

—¿No huele usted?

—A betún.

—Ojalá fuera a betún. El olor del betún es sano. Yo lo he respirado toda mi vida y aquí me tiene. La bronquitis ¿viene del olor a betún? ¿Y la úlcera que tengo? No. Es el aire. ¿No huele usted? Está todo contaminado.

Y el Bromuro acentuaba su conclusión con una circulante mirada que hacía cómplice al cliente de que en veinte metros a la redonda había una seria conspiración para lisiarle los más delicados tejidos del cuerpo.

—¿Limpia?

Carvalho le dijo que sí. El cráneo despoblado y casposo del limpiabotas parecía tener voz. A Carvalho le pareció que la voz le salía de allí.

—¿No tienes otras quinientas pesetas?

—¿Qué me das tú a cambio?

—Nada. Pero como últimamente estabas tan espléndido.

—¿Seguro que no sabes nada?

—Nada. Ya no hay a quien preguntar. El que no está en la cangrí está de viaje. Parece que más de uno se ha comido el consumao. Esta vez han llegado alto. No les pasará nada a los peces gordos pero están como en las fotos. Sin hacer nada. Lo que puedo decirte es que el ahogado ése tenía ficha y larga, y

que de él ha venido todo lo demás. La Pomadas fue la primera en seguirle. Ésa tiene un paquete que lo va a llevar tiempo encima. El muerto no dijo ni pío. Pero la Pomadas habló hasta por los descosidos.

—¿Cómo es esa Pomadas?

—Una rubia. Gorda, pero maciza. Joven Tenía unas cachas suculentas. Se hacía la francesa. La habrás visto por la acera de las Ramblas, junto a la calle Fernando. Después prosperó y se marchó a la Carretera de Sarria. Últimamente estaba más delgada. A los clientes de por allí les gustan más delgadas. Más de películas, como la sequillo ésa de la película *Dos hombres y un destino* ¿A ti te gusta esa tía?

De la respuesta de Carvalho dependía la solidez de las creencias de El Bromuro.

—No está mal.

—¡Pero si no tiene nada por delante y nada por detrás! Cuando aquel tío se saca la pistola y la manda desnudarse yo pensaba: Idiota, que eres un idiota, con el pistolón que llevas podrías elegir a una tía menos sequillo. Desgraciao. No digo que yo le hiciera ascos. Porque no hay ninguna mujer, ninguna, que no merezca un favor. Y la lástima es ésa. Que habiendo tantas, tantas, tengamos tan poco para complacerlas.

—No te enrolles.

—Que hay que ir por la vida con filosofía. Yo tengo ésta.

Se levantó el limpiabotas y a Pepe le sorprendió su casi nunca exhibida estatura: Tieso, como si escuchara los tambores que daban la entrada por su exhibición, el Bromuro exclamó:

—La filosofía del triángulo vital de a palmo.

Se puso el pulgar junto al borde del bolsillo del pantalón y el meñique en la bragueta. Después completó el triángulo corriendo el pulgar hasta el vientre.

—Dinero, jodienda y comida.

Cogió la caja, se metió los cinco duros de Carvalho en el bolsillo y se marchó sin decir más en un mutis digno de final de conferencia de Don José Ortega y Gasset. Carvalho se levantó al poco. Había brisa de mar y hasta las Ramblas llegaba el olor a mar aceitoso de la Puerta de la Paz. Colón en la

cumbre del pisapapeles de su monumento señalaba imperturbable al sol en su cénit, en un gesto que era más desafío solar que la señal de la ruta de América. Carvalho se quitó la chaqueta y se la metió bajo el brazo. Anduvo hasta la puerta de la peluquería de Queta. No había clientas, pero estaba la puerta abierta. El ruido de sus pasos sobre el sintasol verde provocó la pregunta que le llegó desde el altillo.

—¿Quién es?

—Soy yo, Carvalho.

La voz era de la Gorda. Sin darle tiempo a que le dieran instrucciones subió los escalones de dos saltos y se encontró dentro del despacho. De la mesa habían desaparecido los papeles y un mantel de plástico ocultaba su mediocre textura. Queta, el señor Ramón y la Gorda comían ensaladilla rusa y unos filetes de pescado a la romana. Las mujeres agacharon la cabeza hacia el plato, como protegiendo la indudable intimidad del acto. El señor Ramón estaba de pie, dejaba la servilleta cuidadosamente sobre la mesa y decía:

—Si gusta.

—No, gracias. Siento haberles interrumpido.

—No tiene importancia. Venga.

Queta miraba a Pepe de reojo. La Gorda tenía la boca llena y la llenaba ahora otra vez con una cuchara en la que peligraba la excesiva carga de ensaladilla. El señor Ramón caminaba con paso lento. Le señaló el camino de los escalones y se le adelantó. Ya en el salón de la peluquería, el señor Ramón se sentó en uno de los sillones mecánicos giratorios. Carvalho le secundó.

—¿Cuándo volvió?

—Ayer noche.

—¿Le ha ido bien?

Carvalho se señaló la pequeña herida del ojo.

—Regular.

El señor Ramón apenas miró la herida. La asumió y siguió esperando las revelaciones de Carvalho.

—El cadáver tiene nombre. Se llamaba Julio Chesma. Era traficante de drogas.

—¿Tenía contactos aquí?

—Sí.

—¿Sabe usted con quién?

—Usted me pidió que averiguara la identidad del ahogado. Nada más.

—Sí. Es cierto. Mi mujer tiene un pariente algo aventurero. Una auténtica calamidad. Y ella sabía que llevaba escrito un tatuaje estrafalario. No recordaba muy bien qué decía. Pero se apartaba de lo corriente. Estuvo muy inquieta desde que leyó la noticia en el periódico y por eso yo traté de adivinarlo. Quedará muy aliviada porque no era ése el nombre de su pariente.

—Podemos decírselo.

—Déjeme. Se lo diré con cuidado. Ya sabe cómo son las mujeres. Se ponen histéricas por nada. Ahora volverá a vivir tranquila. ¿Ha dicho usted Julio Chesma? ¿Drogas? Sí. Ya sabía algo. Ya sabía que la redada de los días siguientes al hallazgo del cuerpo algo tenía que ver. Bueno. ¿Ha sabido usted algo del caso concreto? ¿Relaciones del individuo, por ejemplo?

—Algunas relaciones.

—¿En Holanda?

—Y aquí.

—¿Con quién?

—No creo que le interese. Usted quería tranquilizar a su esposa y ahora puede conseguirlo.

—Tengo curiosidad. Al fin y al cabo la investigación se la he pagado yo.

—Si lo que quiere saber es si he descubierto relación entre Julio Chesma y usted, por ejemplo, no la he encontrado. Éste hombre vivía a distintos niveles. La policía ha llegado a lo de las drogas. Yo he llegado al mismo nivel e incluso a determinadas relaciones sentimentales del individuo. De momento usted no sale.

—¿Por qué tendría que salir? Yo no conocí jamás a ese hombre. Todo ha sido una confusión. Le pago setenta mil pesetas. Cincuenta mil que faltaban y gastos.

—Correcto.

El señor Ramón subió al altillo. Carvalho se acercó a la escalera por si le llegaba alguna conversación. En el tercer peldaño estaba la Gorda sentada,

pelando un melocotón. La mondadura colgaba entera, serpéntica hacia el plato situado en el escalón, entre las piernas de la ex niña. La Gorda sonrió cuando Pepe asomó la cabeza. Pero no la retiró. La Gorda le miró con retintín. Pepe metió sus ojos entre las piernas de la chica hasta encontrar el triángulo azulino de la braga. La Gorda cerró las piernas con precipitación y se le cayó el plato escalones abajo. Pepe se retiró satisfecho. La jodía refunfuñaba congestionada mientras se arrastraba por el suelo recogiendo los restos de su melocotón y del plato. El señor Ramón pasó sobre el estropicio y tendió a Carvalho un sobre blanco. Pepe se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Abotonó el bolsillo. Se marchaba sin decir nada pero se volvió desde la puerta. El señor Ramón y la Gorda le estaban mirando, casi juntos, con la misma mirada dura, perseguidora aunque contenida.

—Sigue extrañándome que me dé tanto dinero por descubrir algo que habría podido saber andando cincuenta metros hasta la comisaría del distrito.

—No le he pagado para que se extrañe. Lo que quería saber ya lo he sabido. Ahora, adiós y muy buenas.

—Yo en cambio no puedo decir lo mismo. Me gustaría saber mucho más de lo que sé.



LA LLAMÓ a las seis de la tarde y a las ocho Teresa se había vestido de joven viuda rica de izquierdas que pasa el verano en la ciudad y exhibe otra encantadora chilaba que compró no importa dónde, no importa siquiera que sea chilaba. Igual podía ser una nórdica disfrazada de mujer targuí que de mujer maya, a la sombra del Chichén Itzá. Con la geografía añadida y el fondo nocturno, la muchacha parecía una fresca declaración de principios de independencia controlada. Se colgó del brazo de Carvalho y sólo habló cuando Carvalho recorrió cien metros sin preguntar dónde le llevaban.

—¿En qué plan vienes? ¿Quieres sonsacarme o acostarte conmigo?

—De momento quiero cenar.

—Yo con cualquier cosa me conformo.

—Yo no. Y toma. El primer regalo de la noche.

Carvalho le tendía un viejo libro de rubiatas donde lo rosado había perdido frente a lo amarillo.

—*La Fisiología del Gusto*, de Savarin. ¿Y qué hago yo con este libro?

—Léetelo con calma. Seguro que has leído *Materialismo y Empireocriticismo*.

—Toma. Hace ya... Un rollo.

—Pues ahora léete esto, que también te educará el paladar y así no martirizarás a tus acompañantes invitándoles a cenar croquetas descongeladas.

—¿Qué eres tú? ¿Un poli? ¿Un marxista? ¿Un gourmet?

—Un ex poli, un ex marxista y un gourmet.

Carvalho tomó la iniciativa y llevó a Teresa hacia el restaurante «Quo Vadis». Contestó los protocolarios saludos del clan rector presidido por una

enérgica madre que dirigía la vida del restaurant desde una silla anclada en la mismísima puerta. Al ver los precios de la carta, Teresa adelantó.

—Yo pediré un solo plato.

—¿Estás mal de dinero?

—No. Pero me sabe mal gastar tanto dinero para comer. Conmigo cumplías llevándome a otro tipo de restaurant.

—Es que aún no he superado el respeto distante por la burguesía, y sigo creyendo que sabe vivir.

—¿Quién lo niega?

—Un ochenta y nueve por ciento de la burguesía de esta ciudad cena espinacas rehogadas y una pescadilla que se muerde la cola.

—Es sano.

—Si tomaran las espinacas con pasas y piñones y en lugar de la pescadilla una doradita con hierbas, envuelta en papel estaño y hecha al horno, sería una cena igualmente sana, no mucho más cara y más imaginativa.

—Y lo más curioso es que hablas en serio.

—Totalmente. El sexo y la gastronomía son las cosas más serias que hay.

—Es curioso. Julio decía algo parecido. No exactamente así. Pero lo decía. También él quería alcanzar un paladar de promocionado. No llegaba a tu nivel. Se había quedado en el *lenguado a la «meunier»* y en el *canard a l'orange*. Son los primeros platos que los «parvenus» se apuntan en la agenda.

Pepe tuvo la tentación de tirarle una botella de vodka por la cabeza cuando vio que pedía un par de huevos fritos con jamón por toda comida. Él había empezado con un blinis regado con vodka helada y esperaba ser secundado. Pidió a continuación un filete de toro. Teresa no evitó los comentarios displicentes sobre el monumento de carne oscura y sangrante.

—Toda esa cena y en verano.

—En mi casa tengo siempre puesta la chimenea. Incluso en verano.

Teresa dejó ir una risita de actriz norteamericana secundaria, especializada en papeles de desganada itinerante por barras de bares en busca del octavo día de la semana.

—¿Quieres ver la chimenea de mi casa?

—Serás muy imaginativo comiendo, pero nada imaginativo buscando plan. Lo que has dicho es sólo una variante del famoso «¿Quieres venir a mi apartamento a tomar una copa?».

—Tengo una gaseosa por destapar.

—Prefiero whisky. No me decepciones. ¿Chivas?

—Chivas.

—Vale.

Mientras subían por la carretera de Vallvidrera, Teresa tarareaba *Penny Lane*.

—Si quieres ser un gourmet has de hablar de otra manera.

—No te entiendo.

—Todos los gourmets serios que conozco tienen acento francés, aunque sean del país. No adjetivas correctamente. Un plato es «insuperable» o «inenarrable». Además las terminaciones de esos adjetivos tienes que pronunciarlas como si fueras un francés que hablara el castellano con entusiasmo. A ver, di «vichysois».

—«Vichysois».

—Con tu pronunciación el plato pierde empaque. Parece que hables de una sopa de ajo.

Luego se mostró sorprendida ante todo lo que vio. Consintió que Pepe encendiera la chimenea. Se quedaron semidesnudos viendo las llamas desde la entrada: en la espalda el fresco nocturno de la montaña, en el pecho el lejano calor diríase que movible del hogar.

—¿Cuándo quieres hablar de Julio? ¿Antes o después?

Carvalho no estaba dispuesto a ceder ni un centímetro de terreno. Reprimió su presente deseo.

—Ahora mismo.

—Todo lo que creo saber ya te lo he dicho.

—La llave. Esa llave que le dejabas a Julio. ¿Con quién la utilizaba?

—No lo sé.

El resplandor de una llama decreció de pronto o tal vez fue la propia contención del rostro de Teresa la que cedió. La cuestión es que Pepe supo que podía acosar.

—Sí, lo sabes.

—No.

Pepe había oído quinientos «no» como aquél en los interrogatorios a los que había asistido como víctima o como verdugo. Cogió la túnica de Teresa, hizo un ovillo y la tiró al fuego. La mujer se levantó frenética, corrió hacia las llamas, como tratando de pellizcarlas en busca de su prenda. Se volvió en un golpe de coraje y gritó un imbécil histérico, un tanto desasistido de fuerza por la conciencia de la propia imagen: una muchacha en ropa interior, algo sudorosa, con el valor y el miedo formando a partes iguales la mezcla de su estado de ánimo. Carvalho se levantó, fue hacia ella, le apretó la nuca con los dedos hasta hacerle daño, la obligó a sentarse en el suelo, muy cerca de la chimenea.

—¿Con quién iba a Caldetas?

Era un tono de voz aparentemente neutro. Teresa trató de adivinar la amenaza, pero sólo la sentía como fondo de unas palabras que hasta podían ser amables.

—Eso no lo sé, te lo juro.

—¿Qué sabes entonces?

—Suéltame. Tengo calor.

Carvalho le acercó aún más la cabeza al fuego. La presión de sus dedos se acentuó, pero su voz seguía siendo amable.

—¿Qué pasó en Caldetas?

Teresa sudaba. Le brillaban los regueros de agua por el cuello, se le humedecían los senos contenidos por el mínimo sujetador que les daba una consistencia de fruta sedosa, nocturna y caliente. La voz le salió algo estrangulada.

—Si te pones menos truculento, te lo contaré.

Carvalho la ayudó a levantarse. Le pasó el brazo por encima de los hombros y la llevó hasta la puerta, donde tomaron las posiciones iniciales. Le acarició la mejilla y el brillo de las frutas nocturnas y calientes.

—Fue un viernes. Hace algunas semanas. Yo fui a Caldetas con un amigo. Primero no me di cuenta de nada. Fue él quien empezó a ver cosas extrañas. Acabamos descubriendo que algo había pasado. Había manchas de

sangre mal lavadas. Por todas partes. En la habitación. En el lavabo. Luego, fuera. En el jardín había huellas de neumáticos grandes, como si se tratara de una furgoneta o un pequeño camión. Eso es todo.

Carvalho tuvo bastante por el momento y no detuvo sus caricias en la piel descubierta. Retiró los últimos velos y ante él quedó un cuerpo bicolor, dorado y blanco, a medio camino entre el miedo y el deseo.

RECORDABA confusamente que había acompañado a Teresa a toda velocidad y que al volver apenas tuvo tiempo para abrir las sábanas y desnudarse vencido por el sueño. Se despertó tarde y no bajó a la ciudad hasta después de comer. Le cosió malgastar la tarde paseando por el viejo barrio gremial que rodea el Borne. Las viejas callejas tejen un laberinto a veces umbrío, a veces bañado por un sol filtradizo y cariñoso con las piedras grises. Los bordes gastados de las casas, los jaramagos crecidos en cualquier grieta donde la arenisca de la erosión dejó blanduras para las raíces, los escudos heráldicos sobre los portales, el silencio sólo roto por el forcejeo de los mozos de almacén o el tañido de herramientas lejanas, fugitivo de los portones entreabiertos de hondos talleres iluminados por bombillas de veinticinco watios, bombillas ciegas por las cagadas de mosca y la película de un polvo antañoso. Los coches permanecían aparcados en las calles menos estrechas, pero apenas circulaban. Bebió agua en la fuente situada frente a la Iglesia de Santa María del Mar, compró aceitunas de distintas clases en una tienda de pesca salada y se las fue comiendo en compañía de un panecillo tierno que había encontrado solitario, casi abandonado en la despoblada alacena de la primera panadería abierta de la tarde. Muchos comercios y talleres artesanales conservaban pesados portones de madera descolorida, claveteados por clavijas que conservaban pintura de la puerta, residuos de su pasado esplendor dorado, y herrumbre. Tres edades de una puerta, de una vida artesanal, hablaban mediante las vocecillas aplastadas de las clavijas, sometidas a martillazos dentro de la madera fibrosa como las carnes del cocido.

En un restaurant gallego situado frente a la Iglesia de Santa María del Mar se tomó un tazón de caldo y una ración de queso tiernísimo, algo

insípido. Era innegable que al menos los quesos que le enviaban sus tíos se podían comer. Buscó la salida hacia la Vía Layetana. Al pasar ante la Jefatura Superior de Policía lanzó la acostumbrada mirada preventiva que jamás había tratado de autojustificarse: se sentía incómodo en aquella zona y la pasaba con las zancadas aceleradas, como si de pronto el cerebro le dictase una urgencia.

Se metió en un cine. Soportó una película sexy y a la española en la que el maricón fingido de turno acababa casado y padre de cinco hijos, con una señora de cara de rape. La señora de cara de rape era la princesa Ira de Früstemberg. A la salida se descubrió contento por la perspectiva que se le ofrecía de tomarse una horchata helada, ir a buscar el comienzo de las Ramblas y recorrerlas en sentido descendente, a aquella hora en la que la frescura del atardecer ha repoblado el paseo central de peatones y contemplativos seres que bajo los plátanos y desde las sillas de tijeras convierten a los demás en espectáculo inagotable. Dudó entre comprar un periódico o cinco duros de «iguales» al ciego de la esquina de la calle Buen Suceso. Escogió los iguales.

Se metió en el estacionamiento de la calle Pintor Fortuny en busca del coche. Lo difícil era conseguir un sitio para aparcar cerca de la peluquería de Queta, desde donde pudiera controlar la salida de las peluqueras. Buscó nuevamente las Ramblas por la calle del Carmen. El desfiladero gris desembocaba en el esplendor barroco de la iglesia de Belén y en la refrescante estampa de los puestos de flores del paseo central. Metió el coche en el río circulante hacia el puerto. La lentitud del embotellamiento le permitía recuperar muchachas rebasadas por súbitos aceleramientos y gozar como un mirón con posibilidad de huida del espectáculo del hervor de sombras frescas que manchaban las Ramblas de nocturnidad. Era como un universo completo que empezaba en el puerto y desembocaba en la enorme mediocridad de la Plaza de Cataluña. Las Ramblas habían conservado el sabio capricho de las aguas descendentes que le habían dado origen.

Tenían voluntad de aguas con destino, como las gentes que las recorrían a todas las horas del día, despidiéndose con morosidad de los plátanos, de los kioskos policrómicos, del caprichoso comercio de loros y macacos, del

mercenario jardín de los puestos de flores, de la arqueología de los edificios que marcaban tres siglos de historia de una ciudad con historia. Carvalho amaba aquel paseo como amaba su Vida, porque le parecía insustituible.

Preparó la maniobra de adentrarse en las callejas del barrio chino en cuanto superó la entrada del Liceo. La impaciencia de los coches que le seguían le impidió estudiar con atención las posibilidades de aparcar cerca de la peluquería. Dio una vuelta completa para recuperar las Ramblas y volver a sumergirse, en la economía de las calles casi ciegas de estrechez y de noche. Subió el coche sobre la acera. Eran las ocho de la tarde y muy poco probable que a aquellas horas el celo de los guardias urbanos se mantuviera tan despierto como durante el resto del día. Desde su posición veía impunemente la fachada de la peluquería. Había luces encendidas, pero las cortinas y los retratos de los modelos del escaparate le impedían ver el interior. Conectó el aparato de radio y el zumbido de la antena automática congregó alrededor del coche a una pareja de mirones. Carvalho metió en la boca negra del aparato una «casette» de los «Bee Gees». Le parecían la manifestación máxima de la impotencia para la alegría.

Tuvo tiempo de escuchar la «casette» por las dos caras y de encender un puro reseco que encontró olvidado en la guantera. Pero en el momento en que devolvía el encendedor electrónico a su madriguera, vio como una furgoneta aparcaba sobre la acera detrás de su coche. Nadie bajó de la furgoneta, pero una bocina lanzó tres llamadas. Poco después se abrió la puerta de la peluquería y salió la Gorda precipitadamente. Carvalho se agachó hacia el cambio de marchas. La Gorda pasó junto a su ventanilla corriendo hacia la furgoneta. Cuando Carvalho levantó la cabeza vio por el retrovisor como la chica subía a la furgoneta. Dejó que el vehículo hiciera la maniobra de desaparcarse y mientras tanto puso el coche en marcha. En cuanto tuvo de frente la espalda trapezoide blanca de la furgoneta, Carvalho se pegó a ella. El camionero buscaba por las callejas la salida hacia las Ramblas. El tráfico decrecía y Carvalho siguió tras su piloto en la circunvalación del monumento a Colón. Su objetivo marchó en dirección a la plaza Palacio, obedeció el ángulo recto de la circulación ante el Parque de la Ciudadela y se fue a buscar por el Puente de Marina la salida hacia la autopista. Carvalho la siguió en su



travesía de la ciudad en busca de la ruta de Badalona.

LO DIFÍCIL fue no perderla en el laberinto de callejas que llevaban hacia el Paseo Marítimo de Badalona. La furgoneta aparcó junto a unas barracas de feria y un tiovivo iluminado del que salían los compases de la música de «Love Story». La Gorda bajó, compró un helado en un puestecillo rodante iluminado con una bombilla de color azul y volvió a subir al vehículo. Nuevamente en marcha, Carvalho vio consumirse el paseo marítimo y cómo crecían las hosquedades de los grandes almacenes oscurecidos. La camioneta maniobró entre barcas desguazadas y bidones para meterse en una calle sin salida. Entró en un patio adornado por macetas y por una parra tupida aferrada a un esqueleto de hierro pintado de minio. La furgoneta cruzó el patio y penetró en un almacén.

Carvalho aparcó el coche en la esquina de la calleja, desde donde veía el rótulo borroso situado sobre la entrada el palio adornado:

«Astillero Ginés Larios». El rótulo parecía corresponder a una antigua función de aquel almacén, porque más pequeño, pero recién pintado, otro rótulo anunciaba su funcionalidad actual: «Almacén de productos congelados». No se oía ya el ruido del motor de la furgoneta. Carvalho bajó del coche y se metió en el callejón con paso rápido, y luego en el patio ajardinado. Sus ojos vigilaban casi sin dar tiempo a los pies para detener la marcha en caso de alerta. Se encontró dentro del almacén como obligado por un impulso no meditado, con la espalda contra el lomo frío de la furgoneta y el oído atento. En la oscuridad fue distinguiendo bultos inconcretos por todas partes. Al fondo de la nave había una puertecilla iluminada hacia la que se dirigió. Casi desde el dintel arrancaba una escalera de hierro y desde arriba llegaban rumores de vida familiar; ruidos de platos.

—¿Por qué no cenamos fuera, bajo la parra?

—Tu madre pillá frío.

Carvalho ya veía lo suficiente como para recorrer todo el perímetro del almacén. Vio otra puerta situada frente al lateral de la furgoneta opuesto al que le había servido de respaldo. La abrió y le sorprendió la inmediatez de la arena y del mar, de la noche con sus luceríos lejanos reflejados sobre las aguas. La estructura del almacén cerraba un ángulo de playa. Sobre la arena reposaba un bou corroído y una motora de *fiberglass* con el fueraborda protegido por una capucha de caucho. Carvalho se metió en las dos embarcaciones tanteando con las manos todos sus rincones. Desde la lancha de *fiberglass* descubrió con un sobre salto que sobre la playa se abría la ventana iluminada de la habitación de donde partían las voces familiares. Incluso creyó ver a alguien asomado, y se arrojó al fondo de la lancha. Con lentitud de siglos levantó la cabeza. No había nadie.

Saltó a la arena y volvió al almacén. Todo parecía seguir tranquilo. Tanteó los bultos. El almacén olía a mar y a pescado. Abrió la furgoneta y se metió dentro. El olor a pescado se intensificaba. Abrió depósitos de zinc llenos de pescado congelado embolsado. Registró los depósitos y saltó después a la cabina de conducción. Abrió un compartimiento situado frente al copiloto del que sacó un bloque de albaranes, trapos sucios y unas gafas de sol. La tarjeta de identificación tenía escrita una dirección que debía corresponder a aquel lugar y el mismo nombre que figuraba junto a la palabra astillero en el viejo rótulo. De la escalera le llegaron ruidos multiplicados. Pasó a la zona de carga de la camioneta y por el cristal trasero contempló el desfile de una familia entera cargada de platos, ollas, sillas, una mesa plegable. Un matrimonio viejo, dos muchachos jóvenes, la Gorda y una anciana enlutada, ocuparon el jardincillo del patio e improvisaron un comedor al aire libre.

—¿Y qué hay para cenar madre?

—Cascaburras.

—¡Ay, cascaburras!

—A tu padre le gustan y me las pide cada día.

A ver si tengo que hacer la comida a gusto de todos.

La mujer hablaba con acento murciano, con los finales de las palabras comidos.

—No te gustan las cascaburras. Antes bien que te gustaban.

Hablaba el padre. Carvalho trató de recordar qué diablos podía ser lo que iban a comer. Desde donde contemplaba la escena troceada le pareció ver una masa rojiza sobre una fuente de arcilla esmaltada. Pendiente de la adivinanza culinaria se olvidó de que no podía abandonar su refugio y cuando tuvo necesidad de abandonarlo se le impuso con sorpresa su propia evidencia de hombre oculto. Le molestaba el olor a pescado. Prefirió saltar a la playa. Desde aquel ángulo podía salvar una valla próxima, recorrer otro tramo de playa, saltar otra valla y así acercarse hacia el lucerío más próximo que debía corresponder a una zona habitada. Pero corría el riesgo de complicar después el camino de regreso para recuperar el coche. Prefirió esperar a que concluyera la cena y le dejaran el camino expedito.

Se tumbó sobre la arena, con el cuerpo pegado a la lancha fuera borda. Desde su posición, la lancha parecía mucho mayor y tuvo la imagen imprevista de la embarcación surcando las aguas. De pronto algo saltaba por la borda. Un cuerpo humano. Y cuando el cuerpo humano caía sobre Carvalho mostraba su rostro corroído. Carvalho quedó aplastado bajo el peso de aquella revelación imaginativa. Badalona estaba muy cerca de Vilasar y Caldetas. Desde aquella porción de playa era muy fácil salir cargado con cualquier mercancía. El cuerpo de Chesma podía haber salido de allí, sobre la lancha cuya piel pulimentada se cernía sobre el Carvalho yacente.

Se abrió la puerta del almacén. Un hombre lento avanzó sobre la arena con un cigarro entre los labios. Pasó entre la lancha y el bou. Caminó hasta el borde donde murmuraba la anochecida espumilla de las olas varadas. El hombre permaneció frente al mar como si quisiera empaparse la retina desarmada. Se bajó las manos hasta el centro del cuerpo, abrió las piernas y Carvalho vio el chorro de orín como descendía enmudecido por el mínimo fragor de las olas. Se agitó el hombre para ultimar la operación y restituyó la herramienta a su claustro. De un momento a otro se volvería y Carvalho quedaría expuesto por mucho que se pegara a la embarcación. Cuando el hombre inició el giro, Carvalho se dejaba caer desde la borda al interior de la

lancha. Se aplastó contra el suelo y se llevó una mano al sobaco en busca de la acodrilada textura de la culata del revólver. Con la yema de los dedos acarició la rugosidad del metal. Los pasos de regreso goteaban aproximándose. Ya estaban en la proa de la lancha. Volvían a pasar entre las dos embarcaciones. Carvalho se había acostado sobre su espalda para poder ver cualquier asomo del hombre hacia el interior de la lancha.

Pero los pasos se alejaron. Disminuyó la fijación de los dedos de Carvalho sobre la culata del revólver. Le desapareció una opresión del pecho y se dejó caer relajado sobre la suave vaguada de la embarcación. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Volvió a notar el frescor de la noche, esta vez sobre la frente repentinamente sudorosa. Lleno de conformidad Carvalho se dispuso a esperar allí el tiempo que le marcara la prudencia.

A las cuatro de la madrugada llegó Carvalho a su casa de Vallvidrera. Tenía el cansancio que dejan las horas doblemente vividas. Preparó un bocadillo de carne fría, lechuga y mayonesa. Abrió una lata de cerveza holandesa y se tumbó sin ánimos de encender la chimenea. La comida le reconcilió con las ganas de pensar. Algo unía a Chesma con el señor Ramón y algo unía al señor Ramón con el padre de la Gorda. El triángulo se cerraba con la línea que conducía a Chesma hacia el mar que le devolvió sin rostro y con el misterio del tatuaje como única seña de identidad.

Pero entonces seguía sin respuesta posible el porqué el señor Ramón le había puesto en la pista de la liebre. Por qué le había pedido que identificara a su propia víctima. O no la conocía o estaba de alguna manera interesado en que Carvalho interviniera, investigara, le llevara a algún resultado desconocido. Si se trataba de un ajuste de cuentas entre traficantes no quedaban claras las motivaciones del señor Ramón para contratar a un investigador privado.

Y si no se trataba de un ajuste de cuentas entre traficantes ¿qué nexos había entre el propietario de una peluquería anodina y un hombre nacido para revolucionar el infierno?

Fue el último pensamiento de Carvalho antes de dormirse. La luz de las once de la mañana le despertó con ganas de tomarse una naranjada bien helada. Si algo agradecía Carvalho a su cuerpo era la sabiduría sobre sus

propias necesidades. Había heredado las teorías de su padre que daban al propio cuerpo una absoluta conciencia infusa de necesidades y rechazos. Cuando se sorprendía con apetito continuado de dulces, pensaba: «mi cuerpo necesita glucosa». Cuando se sorprendía con repetidas hambres de marisco, pensaba «mi cuerpo necesita fósforo». Y si se encaprichaba por las lentejas deducía que estaba bajo de hierro. Jamás estaría dispuesto a pontificar sobre tamaña lucidez de fisiología, pero le había servido para sobrevivir treinta y siete años sin otras enfermedades que algún constipado de nariz siempre coincidente con gula de naranjas y limones.

Era sumamente contradictorio que se despertara con apetito de naranjada en una época del año en la que las naranjas merecen el desprecio de toda persona sensata. Se conformó con tomarse un zumo de limón con cubitos de hielo y poca agua. Tenía necesidad de hablar con Teresa Marsé y también de bañarse. Bajó las rampas del Tibidabo con el propósito de satisfacer ambas necesidades. Penetró en la boutique de la Marsé casi con la propuesta en la boca. Teresa estaba en la trastienda probando un vestido sobre un maniquí y con los labios llenos de alfileres. No se inmutó cuando Carvalho apareció ante ella con rápidas propuestas de que lo dejara todo y se fueran a bañar. Tardó en contestar la mujer, lo suficiente para que Carvalho temiera por su complicidad y adoptara un comportamiento receloso y distanciado. Cuando el tono de Carvalho ya estaba a la altura de sus calcetines, los labios de Teresa se movieron con el difícil permiso de los alfileres sádicos para decir.

—Espérate. En seguida estoy y nos vamos.

Carvalho apreció la justeza con que fue cumplida la promesa. Charo se habría demorado veinte veces con repentinas cosas que hacer antes de cumplir el «en seguida». Pero Teresa estuvo realmente en seguida y la única sorpresa que dio a Carvalho fue quitarse la peluca de Ángela Davis rubia. Tenía una melena propia castaña. Orientó el cabello lacio con dos o tres sabios pases de peine y se volvió hacia Carvalho propicia a la aventura. Sin la caricaturesca melena, Teresa recuperaba una identidad incuestionable de hija de la alta burguesía, con las facciones bien cultivadas por la buena alimentación, la higiene regularizada y una libertad de expresión que presta al rostro la serenidad del acróbata que trabaja con red. La Charo trabajaba sin

red desde que había nacido y Carvalho le adivinaba a veces el rictus canalla de quien se defiende matando o el miedo de quien teme las caídas. El esquematismo del rostro proletario es el de las cariátides: o la risa o el llanto. El rostro de la Marsé tenía la placidez lógica de toda materia que se sabe homologada en todo tiempo y lugar.

Teresa llevaba en una mano una cesta playera y con la otra tiraba de Pepe. Pronto quedó decidido que irían en el coche de Pepe.

—¿A qué playa vamos? Por Castelldefels o Garraf siempre hace un viento molesto.

—Vamos hacia el norte. ¿Qué te parece Caldetas?

La proposición de Teresa había llegado sin el forcejeo previsto por Carvalho. El viaje tuvo el mutismo impuesto por la atenta dedicación de Teresa a la radio o a la «casette». Cuando la radio daba música que complacía a Teresa, la muchacha se recostaba en el asiento, cerraba los ojos y se ponía los brazos tras la nuca. Era entonces cuando Carvalho recorría de reojo las escasas ondulaciones de su cuerpo, repentinamente evidenciadas bajo el vestido. Sin embargo Teresa tenía el atractivo de su actitud y de una educación para el amor que se desprendía de la naturalidad de su teatro, un «savoir faire» escénico que sin duda se adaptaría a la perfección a cualquier circunstancia.

—Ya llegamos.

Teresa pareció despertar. Sin vacilación se sacó el vestido por los hombros y quedó en bikini. Carvalho le repasó el cuerpo con método y espíritu de valoración. Al regreso del segundo repaso desde los pies, los ojos de Carvalho toparon con los de Teresa. Le sonreían.

—¿Pas mal? —Pas mal.

Teresa se echó a reír, cogió un brazo de Carvalho y acercó y alejó una mejilla a su hombro en una fracción de segundo. El coche bajaba hacia el centro de Caldetas, en busca del paso bajo la vía del tren. La presencia de las torres ligadas a toda la historia del modernismo catalán comunicaba la impresión de estar penetrando en una población más adecuada para el goce museístico que para los baños de mar. La consecuencia derivada de los edificios «liberty», ajados y oscurecidos la mayoría, era encontrar en la playa

una estampa de bañistas «belle époque», de paseantes asombrillados o enchalecados, con ceremonia de «politesse» y comentarios a la altura de:

—Hace una hermosa mañana.

Pero en la arena, si la espalda olvidaba el paisaje arquitectónico, se repetía el panorama de cualquier playa del Maresme, de arenas precarias y bañistas fugitivos del mar contaminado de Barcelona y sus playas más próximas. Así como en las playas que partían del sur de la ciudad era posible encontrar a las amigas de Charo bronceando la mercancía y a morenos buscaplanes con el «slip» ceñido hasta la evidencia, las playas del norte reunían a madres burguesas insuficientemente veraneantes, rodeadas de hijos que de pronto echaban a correr gritando «papá, papá», cuando el cabeza de familia llegaba a la playa liberado de la jornada intensiva laboral.

Teresa se lanzó al agua con la seguridad que proporciona la costumbre y la posesión de un estilo braza perfecto. Carvalho se tumbó sobre la arena con la cabeza alzada por las manos tras de la nuca. Contempló los surcos de Teresa, la perpendicular acelerada que trazaba hacia la orilla como asesorada por una plomada.

Salió del mar, corrió agitándose para desprenderse de los regueros de agua y se lanzó junto a Carvalho en busca del tacto de la toalla que la esperaba sobre la arena como el rectángulo de un parknig.

A Carvalho le molestaba tomar el sol como un lagarto. Pero Teresa demostraba una gran solidaridad con el termostato habitual en todas las mujeres, animales de sangre fría que necesitan el sol y son capaces de someterse a sus rayos con la beatífica expresión del comulgante o incluso con el éxtasis del místico dispuesto a la entrega divina. El rostro de Teresa llegaba a los límites del éxtasis. Era superior a lo que Carvalho podía tolerar y prefirió bañarse a pesar de que no le apetecía meterse en el mar. Notaba la nariz cargada y lo relacionó inmediatamente con la humedad que había empañado el día anterior y con la sed de naranja de la mañana. Pero se zambulló y nadó unos minutos para identificarse de alguna manera con Teresa y volver junto a ella aunque fuera con una mínima prueba de solidaridad.



—TENGO HAMBRE —dijo ella, y no añadió el temido: «Vamos a tomar cualquier cosa»—. Podríamos comer en un restaurant. Aquí debe haber buenos restaurantes. Cuando veraneábamos con mis padres a veces íbamos a uno que estaba en el Paseo Marítimo. Ahora no sé si existe. También podemos tomar un bocadillo de salchicha y una cerveza. Hay un chiringuito al comienzo del paseo. Así tendríamos tiempo y te enseñaría la casa.

A Carvalho se le secó algo en el pecho. No dijo nada para que no le vacilaran las palabras. Se secaron y fueron hasta el coche. Carvalho quedó fuera a la espera de que Teresa se cambiara. Ella se metió la túnica y después sacó por los bajos de la falda el bikini mojado. Metió la toalla bajo la túnica y se secó cuidadosamente las partes. Carvalho se rodeó la cintura con la toalla, dejó caer el slip hasta el suelo y se metió en el coche. Se vistió con cuidado de que nadie pasara en un momento de imprudente destape.

—Podríamos ir a pie. Está aquí mismo. Después ya cogeremos el coche para ir hasta la casa.

Cogidos de la mano subieron hasta el paseo. El chiringuito aparecía rodeado de bañistas y gentes que habían recuperado la civilización del vestuario, todos convocados por el aroma de las salchichas asadas. Carvalho comprobó con aprobación que la elección no se reducía a la dictadura del frankfurt, sino que también se asaban grovers. Temió que Teresa ligara el destino de sus estómagos al adocenamiento de las salchichas de Frankfurt y se adelantó a sugerirle.

—¿Por qué no tomamos «grovers»?

—Nunca lo he probado. ¿Qué son? ¿Esas blancas?

—No, pero también son buenas esas blancas. Podemos tomar un grover y

una de las blancas, *como tú* dices.

—¿Y frankfurt no?

Sin el frankfurt Teresa parecía perdida en la caverna de su propio estómago.

—Bueno, toma un frankfurt, pero te aconsejo que pruebes un grover.

Carvalho escogió el aderezo del catsup. Teresa prefirió la seguridad de la mostaza. La cerveza de barril era bastante buena y Pepe comprobó no sin sorpresa que después del grover y del frankfurt era capaz de aceptar el remate de un bocadillo de salchichas de Frankfurt con mostaza.

—Eran excelentes. Sólo hay una tocinería en toda Barcelona que imite tan bien el tocino alemán.

—¿Cuál?

Carvalho le dio las señas y el camino para encontrarla. Teresa tenía la expresión atenta y divertida. Volvieron al coche y Teresa guio su marcha hasta la verja de hierro que daba entrada a la torre familiar. Bajó ella para abrir el candado de la cadena que unía las dos partes de la verja. Abrió de par en par y ante Carvalho apareció la opción de un doble camino engravillado separado por una uve de vegetación compacta de la que destacaba un mechón de palmeras enanas. Escogió el camino de la derecha entre setos descuidados, adelfas excesivamente crecidas que ofrecían el débil obstáculo de sus ramas al avance del coche de Carvalho, muros de cemento con incrustaciones de azulejos, copas de azulejo sosteniendo el esplendor de auténticas selvas de geranios. El camino desembocaba al pie de la fachada central. El inmenso edificio de piedra casi bermeja terminaba en una cabeza poblada de torreones en punta, cubiertos por tejas de cerámica vidriada.

Por una escalinata de mosaico policrómico se llegaba a una triple puerta ojival excavada en la masa cárdena de arenisca en la que refulgían, como piedras preciosas, millares de cristallitos y pedazos de azulejo incrustados en el muro. Teresa llegaba resoplando.

—¿Por qué no me has esperado?

Abrió la puerta ojival central y entraron a un gran hall. La humedad parecía una presencia real agujereada como un gruyere por los rayos de sol de distintos colores que se filtraban a través de policrómicas vidrieras melladas.

En la policromía de las vidrieras aparecían reproducidos las artes y oficios de la Cataluña medieval y renacentista. Las paredes crecían altas, surcadas por nervaduras gotizantes y de vez en cuando interrumpidas por bajos relieves de estuco pintados de un marrón que había sido brillante. En el arranque de la balaustrada de la escalinata de mármol color café, un alto San Jorge de yeso despintado elevaba la lanza sobre un dragón-lagarto retorcido y airado. Al fondo, en el primer descansillo, el ojo de un rosetón con la bandera catalana centraba la escenografía en una apoteosis intencional de exaltación de la omnipotencia de una burguesía en sus años de madurez y de voluntad creativa.

—Es inútil que intente enseñártela del todo. Hay habitaciones que no he vuelto a ver desde niña. Están cerradas. Cuando veníamos a veranear necesitábamos cuatro criadas.

Junto al arranque de la escalinata, a un lado, se abría la biblioteca tapizada de madera y del techo pendían estalactitas de madera que imitaban al ramaje de un bosque de terror. Ni un centímetro de pared sin libros. Pasaron al salón adyacente en el que los butacones desmejorados parecían a la espera de que brotara milagrosamente el fuego en una gran chimenea de piedra gris que imitaba los hogares de las arcanas masías del país. Carvalho examinó atento la chimenea. Ni rastro de un mal leño, al menos en los últimos quinientos años, pensó con una cierta indignación. Del salón se pasaba al comedor majestuoso como una sala de juntas de banco inglés decorado según los consejos de William Morris, con una severa imaginación gotizante, burlada por los cuatro cuadros de Sunyer que colgaban de las paredes, cuadros de agricultura, pensó Carvalho sin ningún entusiasmo. Del comedor se salía a un estrecho pasillo enmarcado por armarios hondos y se desembocaba en las cocinas en las que sobrevivía el rancio olor del último guiso del pasado. Una cocina irracional, llena de baterías abolladas colgando de las paredes y de fogones de carbón de hulla con los sobres de baldosas maltratados por el calor y las bayetas demasiado mojadas.

De la cocina partía un pasillo similar al que la unía con el comedor. En el centro del pasillo descendía una escalera hacia el sótano-bodega y el corredor terminaba en el hall de entrada.

—Arriba están las habitaciones.

Teresa empezó a subir los escalones de dos en dos. Carvalho siguió su estela hasta que llegaron ante los portones de madera repujada que daba a la alcoba principal. Una cama alta, gotizante y con dosel. Un tocador de estilo neoclásico con espejo abatible. Una cómoda de caoba con motivos florales y un sobre de mármol partido por grietas ennegrecidas. Carvalho no se fijó entonces excesivamente en el cuadro que colgaba sobre la cómoda enfrente al lecho. Fue después, cuando Teresa le cogió por las manos y le atrajo hacia la tarima de parquet por la que se subía al lecho. Cuando cayó sobre la cama y antes de ponerse en situación recorrió con los ojos las paredes por última vez y fue cuando vio sobre la cómoda un cuadro de colores horribles y casi fosforescentes. Era el clásico cuadro moralizante que la burguesía pía se colocaba en la alcoba para evitar la tentación de superar las restricciones del camisón con ventanilla o incluso llegar al exceso de afrontar la posible escenificación de un chiste verde. El cuadro reproducía la peripecia bíblica de la rebelión de Luzbel. El ángel escisionado aparecía retador pero vencido en el ángulo inferior del cuadro, a punto de iniciar el descenso de unas misteriosas escaleras bajo el imperativo categórico del espadón del arcángel San Miguel. «He nacido para revolucionar el infierno». Musitó Carvalho en el preciso momento en que toda la piel de Teresa lanzaba irradiaciones de calor y de tacto y una mano de la muchacha se metía como una paloma fría bajo la tela de la camisa de Carvalho.

—HABRÁ que volver. Tienes que recoger al niño.

—Hoy va su padre. Es el cumpleaños de la abuelita y le invita a una merienda.

La palabra abuelita iba cargada de retintín. Carvalho se había arrebujado junto al cuerpo de Teresa bajo una sábana amarillenta. Desde su posición sólo podía ver la panza de seda que colgaba sobre el lecho o el cuadro de Luzbel, delimitado precisamente por las dos columnas de los pies de la cama.

—¿Se pasó muchas horas Julio en esta cama?

—Unas cuantas. ¿Por qué?

—Mira.

Teresa levantó medio cuerpo para observar el cuadro.

—No recordaba que estuviera ahí ese cuadro —se volvió a recostar, esta vez algo separada del cuerpo de Carvalho—. ¿Siempre hablas en las camas de los que se acostaron en ellas antes que tú?

—Tenemos pocos temas comunes de conversación.

—Si se trata de eso, pregunta. Soy un libro abierto.

—¿Te habló a ti de lo del tatuaje?

—Cuando se lo vi me eché a reír como una loca. Le pedí que se lo quitara. Pero no quiso.

—Os conocisteis a su regreso de Holanda, hace dos años. ¿Cuánto duraron vuestras relaciones?

—Poco. Cuatro o cinco meses y después seguimos viéndonos de vez en cuando hasta hace unos meses.

—¿Te pedía a menudo la llave de esta casa?

—Al principio, sí. Pero después le dije que se hiciera copias y en paz.

—¿Nunca coincidisteis?

—Sí. Una vez. No te lo quise decir la otra noche porque me asustaste. Hace siete u ocho meses. Creo que fue en enero. Yo venía con un miembro de la familia imperial persa. Tal como te suena. Un primo tercero del sha con el que me había escrito porque tiene montado un negocio de chucherías hippis. Yo ya noté que había alguien porque la verja del jardín estaba abierta. Pero en la casa hay muchas habitaciones. Lo consulté con su Alteza Imperial y se mostró algo remolón. Después dijo que bueno. Entramos y nos fuimos a una habitación que está al otro lado de este mismo piso. Yo estaba muerta de curiosidad y me vine hacia esta habitación. Abrí con cuidado la puerta. Julio parecía dormido sobre esta misma cama y a su lado había una mujer algo mayor. Bueno, tampoco era una vieja. Una mujer de unos casi cuarenta años. Ella no dormía. Parecía mirar desde la cama por los postigos del balcón. Estaban un poco abiertos y miraba hacia afuera.

¿Nunca te habló Julio de esa mujer?

—No.

—Descríbemela.

—Una sábana y al final de la sábana un rostro moreno, con las facciones grandes, ojos, boca, etc. Parecía tener bastante carne debajo de la sábana.

Las carnes maduras de Queta encajaban mejor en el marco que la poquedad trabajada de las carnes de Teresa. Lo que Carvalho no podía imaginar era las sensaciones que pasarían por el cuerpo de una peluquera del Distrito V en aquel santuario destinado al reposo de una clase social desconocida. Carvalho recordaba los años cuarenta abiertos de pronto como el milagro de la plaza de Padró resultante de la encrucijada de distintas calles del Distrito V. Recordaba las canciones que subían por los patios interiores al run run de máquinas de coser o entre los chasquidos de los platos golpeando en los lebrillos. Y recordaba aquella canción recantada sobre todo por mujeres de la edad que ahora tenía Queta:

«Él llegó en un barco de nombre extranjero le encontró en el puerto al anochecer...».

Era el amor con un extraño «rubio y alto como la cerveza», «el pecho tatuado con un corazón». Julio había encontrado en Queta por primera vez

una mujer psicológicamente inferior que no le daba cultura ni vivencias nuevas, que simplemente le pedía comunicación, solidaridad, incluso enriquecimiento personal que él podía darle, y misterio de juventud y lejanía que el señor Ramón tenía definitivamente muerto y enterrado. Para esa mujer tenía sentido el tatuaje, era el «slogan» de su vida, un remate de confidencias en aquella cama con dosel, extraña a ambos, en la que el largo recorrido entre la pobreza y la nada propiciarían al hombre a conformar con una imagen y con palabras la rabia y la idea de su vida: «He nacido para revolucionar el infierno». Un lema que no había sido tatuado para la madura dama de Rotterdam redentora de autodidactas, ni para el pájaro carpintero Teresa Marsé picoteando en toda clase de árboles, ni para la Pomadas u otros colchones de alquiler. Carvalho sintió súbitos deseos de borrar aquella escena que interpretaba, saltar de la cama y correr con el estoque en la mano a dar la puntilla al caso.

Se incorporó con rapidez de huida.

—¿Ya está? ¿Ya se ha terminado la tarde para ti?

—Sí.

—¿Eres sólo un viajero de ida?

—Según con quien viajo.

—Muchas gracias.

Al ver la burla en los ojos grises de Teresa, Carvalho pensó en prolongar la situación y volver a cumplir su función para quedar bien. Pero descubría de pronto un radical desinterés hacia aquella mujer tan delgada y que probablemente comentaría aquella experiencia con su marido o con su panda de amigos pirañas en cualquiera de las cafeterías de la calle Tuset.

—Había calculado mi tiempo de acuerdo con el tuyo. Pensaba que debías ir a recoger al niño a la hora de siempre y yo había quedado citado.

Teresa parecía conforme. Se vestía de espaldas a Carvalho. Le habló desde allí.

—Eres de la policía, ¿no?

—¿Por qué?

—Lo noté desde el principio. Preguntas como un policía.

—No, no soy de la policía.

—¿Por qué ese interés por Julio?

—Un encargo particular. Soy investigador privado.

Teresa se echó a reír. La risa llegó a dominarla y la arrojó sobre el lecho a medio vestir. Cuando se le pasó el ataque tuvo que secarse las lágrimas.

—¿Con quién me he acostado, con Hércules Poirot, con el comisario Maigret o con Philip Marlow?

—Si prefieres puedes decir que te has acostado con Lemy Caution o con James Bond.

—No me gusta James Bond.

—*Con* quien quieras, entonces. Te he proporcionado la experiencia de tu vida.

—Fue más emocionante lo del primo del sha, te lo juro, y no había concertado citas. Un auténtico caballero de los que se recuerdan mucho tiempo.

—Para eso ya tienes un marido.

El desentierro de la casona, el regreso al coche, el retorno a la ciudad carecieron de palabras. Teresa ni siquiera puso en marcha la radio, Cuando Carvalho frenó el coche ante la boutique le dijo:

—Piensa una coartada para toda la primera quincena del mes de julio. Qué hiciste en todo momento. Una coartada racional y poco complicada.

—¿Por qué?

—Es muy probable que a Julio le mataran por aquellos días, bien en tu casa de Caldetas o bien en relación con las citas que tenía en tu casa de Caldetas. La policía podrá saberlo de un momento a otro.

—¿Asunto de drogas?

—Eso creía yo. Pero ahora me parece que no. Tú búscate coartadas.

Teresa le miraba con fijeza, como tratando de adivinar posibles secretas intenciones.

—¿Debo agradecértelo?

—Ni siquiera eso. Sólo tenerlo en cuenta y si te interroga la policía ni mencionar mi nombre.

Teresa salió del coche. Desde la puerta de la boutique le dedicó una última mirada dubitativa.



CHARO se limitó a comentar:

—Es la peor hora.

—En seguida me voy.

—Te pasas días enteros sin decir nada y te presentas en lo peor del día.

—¿Está la Andaluza?

—No.

—¿Qué tal va peinada?

—¿Cómo va a ir? Normal.

—Le pago la peluquería y os invito a cenar uno de estos días si vuelve a ir a peinarse allí.

—Pero si fue hace dos días.

—Que se despeine.

Carvalho escribió una nota sobre un papel y la metió en un pequeño sobre tarjetero.

—Toma. Se lo das a la Andaluza. Mañana que vaya a peinarse y en un momento de tranquilidad que se lo dé a Queta sin que nadie la vea.

—¿Y ahora qué? Adiós, ¿verdad?

—Es tu hora punta. No creo que te interese que me encuentren tus clientes.

—Mis clientes y tú os podéis ir a tomar viento.

Salió la Charo con energía del living y se metió en la cocina seguida de su propio portazo. Carvalho la oyó gritar como peleándose consigo misma: ¡Son todos unos bordes! ¡Imbécil, más que imbécil! ¡Qué imbécil es una! Frustrar a dos mujeres en un mismo día era demasiado. Carvalho se marchó por donde había venido. Esperó en el descansillo de la escalera la inevitable salida

reparadora de Charo. La muchacha tenía el rostro mojado y la voz lastimera cuando abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Te vas así?

—Tienes un día de los buenos.

—Pero no como para despedirse a la francesa.

—Mañana será un día de mucho trabajo. Procura que te quede la noche libre. Podríamos salir por ahí.

—¿Vendrás a buscarme?

—Bueno. A las nueve.

Salió hasta las Ramblas y tomó la dirección del puerto. Al llegar frente a la iglesia de Santa Mónica se salió del paseo central, cruzó la calzada de la derecha y se adentró por la calleja que bordeaba la izquierda de la iglesia. Penetró en el bar de El Pastís y pidió absenta. La dueña de El Pastís tenía una memoria visual de elefante.

—Cuánto tiempo sin venir.

Carvalho le sonrió tratando de comunicarle una fugaz impresión del fatalismo que preside las coincidencias y las ausencias.

—Pero todos vuelven. Mire a éstos.

Un grupo de jóvenes tomaba sus aguas teñidas por el anisete, con las mejillas coloreadas y el salto mortal verbal en la punta de la lengua. Uno de ellos proponía cantar «La Internacional» y otro trataba de improvisar un discurso conmemorativo de los treinta y tres años de paz.

—Ésos volverán dentro de unos años. Cuando ya sean unos señores. Como este caballero, esta eminencia.

Y la dueña de El Pastís señalaba a un hombre treintañero que tenía la vela situada ya a una distancia equidistante entre los dos ojos y que alzó su cuerpo desde el soporte de los codos sobre el mostrador para mostrárselo a Carvalho, prepotente y desafiante.

—¿Lo ve usted? Yo le conocí cuando era estudiante, y ahí le tiene, hecho una eminencia.

—Enhorabuena.

La eminencia observaba a Carvalho con la mirada turbia y el gatillo dispuesto por si vislumbraba el menor asomo de escepticismo.

—Es catedrático de Universidad.

El borracho parecía un príncipe Borbón venido a menos, alto y con el tipo de facciones que suelen describirse como correctas según el canon neoclásico. El príncipe eminente lanzó a Carvalho una perorata en una lengua que parecía ser árabe. La dueña de El Pastís cabeceaba embelesada y señalaba a su pupilo como recomendádoselo a Carvalho:

—¿Es profesor de árabe?

—No. De Historia de España. Pero ¿acaso puede saberse algo de la Historia de España sin saber árabe?

—Probablemente no.

—Menéndez Pidal se equivocó totalmente. ¿Sabe usted quién era Menéndez Pidal?

—Me suena.

—El inventor de El Cid. Un racista antiárabe. Tome un pastís. Yo invito.

El príncipe eminente se puso a cantar una salmodia árabe que lentamente se fue convirtiendo en un fandango. Se había cogido los vuelos de su chaqueta y se los había subido ciñéndolos al cuerpo como si la chaqueta se convirtiera en chaquetilla de bailar. Mirándose las puntas de los pies, el profesor empezó un zapateo lento e inseguro. Carvalho pagó su pastís e intentó salir del bar. Pero la mano del profesor bailarín le aferró el hombro.

—¿Por qué ha pagado? Yo le invito.

—Pago lo que me bebo.

—Cuando yo invito, no.

El profesor barrió con un brazo el dinero que Carvalho había dejado sobre el mostrador. Cayó el dinero al suelo entre los dos hombres. La dueña había salido de detrás de la barra y recogió el dinero para devolvérselo a Carvalho con un guiño de complicidad. Pepe se encogió de hombros y salió a la calle guardándose el dinero. Estaba a punto de llegar a Las Ramblas cuando notó que el ruido de unos pasos se acercaba rápidamente, a punto de darle alcance.

Se volvió y se encontró frente al profesor.

—¿Sabía usted que todos los estudios de toponimia están trucados? ¿Trucados? No, no es la expresión. ¡Robados! ¡Robados para ocultar a todo el pueblo sus señas de identidad! ¡Quieren que olvidemos nuestras raíces

árabes!

Pasaban junto a un montón de derribos situado junto a la verja de la iglesia de Santa Mónica. De pronto, un impulso ganó a Carvalho y dio un fuerte empujón al profesor, que dio un traspiés y cayó de costado sobre el montón de escoria, mientras Carvalho salía corriendo. Se volvió para ver al otro recuperando la vertical trabajosamente. Siguió corriendo Carvalho. Recuperó el paso normal ante las garitas de vigilancia de la Comandancia de Marina. Creía oír los gritos del profesor acercándose. En cuanto salió de la zona iluminada de la Comandancia volvió a correr para adentrarse nuevamente en el barrio. Había dejado el coche en un estacionamiento de la calle Barbará. Recelaba de un posible encuentro con el borracho y lo tuvo al pasar junto al baile «Cádiz». El otro había calculado su itinerario y le esperaba en el centro de la calle con las piernas abiertas y moviendo los brazos como en el inicio de un combate a quince asaltos.

—Ven aquí, tío mierda. Enfréntate con Mohamed Alí.

No había nadie en las aceras. Los faroles con sus bombillas tuberculosas y sucias apenas si conseguían blanquear levemente la negrura de la calleja. Carvalho se llevó la mano al bolsillo y sacó la navaja. Dejó que el otro se le echara encima. Abrió la navaja y tiró una dentellada hacia adelante que pasó a un centímetro de la cara del profesor. El eminente príncipe se echó hacia atrás y miró a Carvalho perplejo.

—¿Navajero, eh?

Pero retrocedía. Carvalho se notó lleno de furia y cargó con la navaja por delante. El otro quiso retroceder de espaldas y se cayó sobre la acera. Carvalho le pateó el cuerpo con una furia incontrolada. Le buscaba la cara pero el caído se la tapaba con ambos brazos.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa ahí?

Salían un par de pendonas del «Cádiz» y una de ellas se puso a gritar. Carvalho se guardó la navaja y echó a andar sin forzar el paso. Tenía un calor en el pecho semejante a cuando sienta bien una copa de coñac francés o un whisky etiqueta negra.

LA NOTA decía: «Quisiera hablarle a usted de Julio, pero a solas. Venga a las cuatro al bar Luna, en Rambla Cataluña esquina con la Plaza Cataluña». A las cuatro menos cinco vio cómo Queta iniciaba el cruce de la Rambla Cataluña. Llevaba un vestido suelto sin mangas, sandalias y un bolso rojo. Carvalho convino en que era una mujer para ser mirada. Al erotismo de su cuerpo aún fresco y pleno se unía el morbo de una expresión sufridora o azorada. La mujer localizó a Carvalho y se quedó de pie ante su mesa. Se levantó el hombre y le señaló la silla metálica. La mujer no quería nada, pero Carvalho la forzó a aceptar un café. Ella tenía una actitud encastillada, como dispuesta a duplicar sus fuerzas habituales en ocultación de su debilidad.

—Tomaremos algo y nos iremos con el coche. Es mejor hablar con toda garantía.

—No sé de qué tenemos que hablar. No entiendo qué quiere usted, ni entiendo su nota.

—¿Por qué ha venido, entonces?

No contestó. Le volvían oleadas de timidez y ni siquiera miraba a Carvalho.

—Mire. Estoy enterado de sus relaciones con Julio Chesma. Su marido me encargó que descubriera la identidad de un hombre ahogado que apareció hace unas semanas en la playa de Vilasar. No tenía rostro, se lo habían comido los peces y tenía una leyenda escrita en la espalda.

No siguió. Queta lloraba con un pañuelo en la mano a punto de convertir los sollozos en una explosión de histeria. Carvalho sacó dinero del bolsillo con precipitación, pagó lo que le indicaba el tíquet y cogió a Queta por el brazo. La llevó casi empujándola al estacionamiento situado frente al cine

Coliseum. El encargado miró con alarma a la mujer llorosa. Carvalho le hizo un signo de impotencia masculina ante la quebradiza psicología de las mujeres.

Carvalho salió a la Gran Vía y orientó el coche hacia la autopista de la costa. Queta parecía reconfortada. Respiraba con naturalidad y fingía distraerse con la contemplación del paisaje. Cuando llegaron a la altura de Masnou y apareció el mar restallante por el sol dorado de la tarde, Queta se volvió inquieta a Carvalho.

—¿A dónde me lleva?

—A Caldetas.

—¡No quiero ir!

—Tal vez no sea necesario.

—¡No quiero ir! ¡Me tiro del coche! ¡No tiene usted ningún derecho!

—Tal vez no sea necesario. Yo sé casi todo lo que pasó. Pero me faltan algunas cosas.

Queta miraba la carretera como si kilómetro a kilómetro perdiera algo.

—¿Cómo conoció a Julio?

—¿Qué Julio?

—El de la nota. En la nota le he puesto el nombre y ha entendido a quién me refería.

—Supe que se llamaba Julio cuando usted se lo dijo a Ramón.

—¿Cómo le conoció?

—Qué importa. Qué le importa a usted. Por favor. No quiero volver a esa casa. Por favor.

—Podemos dar un paseo mientras usted me lo cuenta.

—Le conocí en un cine. A Ramón no le gusta el cine. Voy algunas tardes a cines del barrio, cuando ya quedan pocos clientes en la peluquería.

—¿Hace mucho?

—Algo más de un año. Un año y medio. No sé *por qué* hice aquella tontería. Dios nos ha castigado. A todos.

—¿Cómo le dijo él que se llamaba?

—Alejandro.

—¿En seguida empezaron a reunirse en el chalet de Caldetas?

—No. Primero me llevaba a sitios que él sabía.

—¿Qué sitios?

—Sitios de éstos.

—¿Meublés?

No contestó. Ahora miraba su propio regazo ensimismada.

—¿No le extrañó que no la llevara a su casa?

—Estaba de patrona. Eso me dijo. En seguida empezamos a ir al chalet.

Me dijo que era de unos primos.

—¿Tenía cara de tener primos con un chalet así?

—Era muy fino. Muy educado. Muy cuito.

—¿Lo sabía su marido?

—No.

—Pero al fin se enteró.

—No.

—¿Por qué me encargó que identificara a un cadáver que él ya tenía más que identificado?

—No sabía el nombre de verdad.

—Luego admite que conocía la existencia de su amigo.

—No. No he dicho eso.

Carvalho se inclinó hacia Queta y le gritó:

—No sea estúpida. La policía no vendría con tantos miramientos y cantarían la parrala en menos de un minuto.

—No me grite. No es usted nadie para gritarme. Déjeme bajar.

—¿Cuándo se enteró su marido?

—No lo sé.

—Quiero saber cómo murió.

—Se ahogó.

—No se ahogó. O en cualquier caso su marido vio cómo se ahogaba. Los periódicos no dijeron nada de la relación entre el ahogado y las redadas. Pero su marido me lo relacionó en seguida.

—Ya sabe usted lo que son aquellos barrios. Hay muchos confidentes. No todos los negocios de Ramón son limpios. A qué vamos a engañarnos. Tiene relaciones.

—Pero no lo suficientemente buenas, ya que tiene que encargarme a mí que descubra o compruebe la identidad de un ahogado. No me engañe o paro en el primer cuartelillo de policía.

—¿Y qué? Tenía un amigo. O un fulano, como quiera. Ramón ya lo sabe. ¿Qué podría pasarme?

—No todos los fulanos aparecen ahogados en condiciones tan misteriosas y con toda la historia que sigue. Déjeme completada. Su marido se entera. Mata a su amante. Lo arroja al mar. Empieza a tener noticias de que la policía anda detrás de una organización de tráfico de drogas en relación con el hallazgo del cadáver. Se complica el caso y su propia posición. Me encarga a mí que investigue el caso por si descubro alguna posible derivación al margen de las drogas. Vuelvo de Holanda y todo ha marchado perfectamente para su Ramón. Todo va por la vía de las drogas y nada *les* ha puesto a ustedes dos dentro del asunto. Se ha precipitado al encargarme la investigación y quiere liquidar el asunto. Trabajo hecho, trabajo pagado. Pero eso no era posible: yo estaba ya excesivamente interesado.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted?

—Más dinero. Podría ser una explicación. O simplemente quiero cerrar el caso para mí mismo. Me molestan los enigmas y por eso me dedico a un oficio que consiste en descifrarlos.

—Yo no le diré que Ramón mató a Julio.

—Pero lo hizo. Fue en el chalet, seguro. La propietaria llegó a ver manchas de sangre. —Queta se tapaba la cara con las manos—. Y no pudo hacerlo solo. ¿Cómo iba a poder él solo con el hombre alto y rubio como la cerveza?

Queta le miraba ahora perpleja.

—Probablemente le ayudaba la familia Larios. El padre. Los dos hermanos. Le deben muchos favores. Uno de ellos, el colocar a la niña. ¿No es verdad?

Queta le miraba casi con admiración.

—¿Fueron ellos?

La mujer volvía a contemplar la fugitiva carretera.

—Y usted estaba delante. Les cogieron en plena mierda.



Ahora lloraba.

—El muy imbécil había nacido para revolucionar el infierno y moría de una cornada. ¿Apartó usted la mirada mientras le mataban?

Histérica, empezó a dar puñetazos contra la ventanilla.

—¡Quiero irme! ¡Déjeme marchar!

Carvalho le pegó un puñetazo en la espalda que le cortó el resuello.

—Ahora te devolveré a casa. Le cuentas a tu marido nuestra escenita y dile que no hemos llegado a ir al chalet de Caldetas. Que por mí, puede estar tranquilo. Pero mañana pasaré y quiero hablar con él. Me he aplicado mucho y me he enterado de tantas cosas que me considero mal pagado. Sobre todo si no me gusta cómo va la conversación de mañana.

QUETA le vio pasar sin aparente alteración. La Gorda volvió a repetir la maniobra de adelantársele y cuando llegó al altillo ya estaba montando guardia junto al señor Ramón. El viejo esperó a que Pepe se sentara, indicó a la Gorda que se marchara y cuando estuvo seguro de que se habían quedado solos, abrió un cajón de la mesa, sacó un sobre y se lo tiró a Carvalho. El sobre cayó sobre las rodillas de Pepe. Lo abrió con parsimonia. Contó el dinero. Cien mil pesetas.

—Cójalas y váyase.

Carvalho volvió a meter el dinero en el sobre y lo tiró con fuerza contra la cara del señor Ramón.

—Aún no he decidido si quiero cobrar o no.

—¿Qué quiere entonces? Queta ya se lo habrá contado todo.

—Mejor sería decir que yo se lo conté todo a ella y su mujer no dijo que no.

—¿Qué le contó usted?

—Descubre que su mujer tiene un amante. Se presenta en el lugar de la cita con unos compinches. Lo mata. Se lo llevan en una camioneta de reparto de productos congelados hasta el almacén «Larios» de Badalona. Embarcan el cadáver en un fuera borda. Lo disfrazan de bañista. Lo tiran al agua. Pero es un cadáver peligroso. Tiene el peso de un buen paquete de drogas. Usted empieza a recibir noticias alarmantes. Ve que le pueden liar en el asunto, bien la policía, bien los amigos del muerto. Ni siquiera sabe su nombre. La policía lleva las pesquisas con mucho tiento. Me encarga que me entere de la identidad del muerto porque de esa manera me meteré en el caso limpio de pecado original y volveré a usted con información fresca e ingenua. Tiene la

mala suerte de que el personaje me interesara. No siempre suele ocurrir. Me gustaba mucho la literatura, señor Ramón. Ahora sólo me gusta la literatura de carne y hueso y nuestro amigo era algo así como un héroe literario desaprovechado. Me limité, pues, a seguir las pistas encontradas y descubro a la mujer de la canción, a la auténtica mujer de la canción.

—¿De qué canción?

—Eso es cosa mía. Los hechos fueron como le he dicho. Usted ya sabía al volver yo de Holanda que la investigación de la policía iba exclusivamente por la vía de las drogas. No es su caso. Usted quedaba «out», amigo, y ya no me necesitaba.

—Coja las cien mil pesetas y váyase.

—¿Por qué le mató?

—¿No le parece que tenía un motivo?

—No es usted un hombre que aparente grandes emociones. De hecho lo mató calculadamente y con bastante ayuda.

—¿Está seguro de que yo le maté?

—¿Quién si no?

—Esa mujer es una auténtica basura.

El señor Ramón parecía exaltado. El color de la cólera ahogaba sus pálidas pecas de animal viejo y mal pigmentado. Se había levantado y temblaba de coraje.

—Ha cambiado toda mi vida. Yo lo dejé todo por ella. ¿Usted cree que yo he nacido para dirigir este negocio, esta covacha? Esa mujer era la manicura de mi mujer, de la de verdad. Hace quince años yo tenía tipo y agallas para romperles la cara a usted y al chulo ese juntos. Lo dejé todo por ella y todo iba bien hasta que llegó él. Ella es como un flan. No tiene esqueleto. Él se la llevó de calle y ella ni siquiera pensó en todo lo que yo me había sacrificado por ella, en todo lo que yo había perdido.

Volvió a sentarse como vaciado de rabia y fuerza.

—Yo tengo ahora la edad adecuada para vivir tranquilo. Mi mujer, la de verdad, tiene una vejez armónica, rodeada de mis hijos y nietos. La nuestra es una edad delicada, necesitamos atenciones, detalles y yo me vuelvo más necesitado de detalles cada día, ¿me entiende? Es la edad de la armonía.

Movía las manos en el aire como un pianista.

—Tal vez no hubiera hecho nada si no veo con mis propios ojos la escena, ¿entiende? Yo fui allí con mis amigos para darle una paliza a él y a ella un susto. Esa mujer es una auténtica basura. Se lo digo yo. En cuanto nos vio entrar empezó a arrastrarse por el suelo y a querer besarme las manos y estaba en cueros, en cueros vivos. ¡Ése no me importa nada, Ramón! ¡Vida mía! ¡A ti te lo debo todo! Entretanto, los otros le estaban machacando a fondo, hasta que lo dejaron sin sentido.

El señor Ramón se recostó en el sillón giratorio. Ahora miraba a Carvalho con una sonrisa de revelación inesperada.

—¿Y sabe usted que paso?

No esperó la respuesta de Carvalho.

—Ella intentaba abrazarme sin importarle un pito en qué había quedado su fulano. ¡Ramón, vida mía! ¡No me importa nada, nada! ¡Tú solo me importas!

Estudiaba a Carvalho como un tahúr seguro de sus cartas.

—Me limité a darle una estatuilla de bronce que estaba encima de la cómoda.

Carvalho parpadeó, porque la escena le estaba impregnando las retinas de sangre.

—Sólo se la di y ella en seguida supo lo que tenía que hacer.

Carvalho apartó la mirada de la cara del señor Ramón para buscar asidero en un punto cualquiera de la habitación.

—Le dejó la cara hecha puré. Le machacó la cara cien veces con la estatuilla. Cuando quisimos separarla ya no le quedaba ni un rincón de cara reconocible.

Carvalho estaba cansado. Lo notaba en el agradecimiento que experimentaba hacía la silla, en lo agradable que le empezaba a resultar el tono de confianza que tomaba la voz del señor Ramón.

—El resto lo hice para tapparla a ella. Le encargué a usted el caso, como muy bien ha dicho, cuando vi que el asunto tomaba la envergadura que tomaba. Mire.

Volvió a meter las manos en el cajón y sacó dos pasajes de avión.

—Si usted me hubiera asustado con sus averiguaciones, o la policía hubiera pasado por aquí, un mínimo indicio y nos habiéramos ido muy lejos. Los dos. Ella también.

Le señalaba el nombre de Queta apuntado en uno de los pasajes.

—Lo que mal empieza mal acaba, señor Carvalho. Es una gran verdad. Pero aún tengo, aún tenemos alguna esperanza.

Le enseñó, casi tendiéndoselo, el sobre lleno de dinero.

—Si todo queda entre nosotros le doblo la cantidad.

Carvalho sabía que había llegado el momento del mutis por el foro. Pero estaba cansado y hubiera preferido que fuera el señor Ramón quien se marchara. Esperó inútilmente, con un deseo no bien delimitado de quedarse dormido en la silla hasta que la peluquería quedara vacía y él reencontrara el camino de casa. Ya no oía las penúltimas rogativas del viejo, que seguía imponiéndole la truculencia mediocre del final de aquella historia. Carvalho se levantó. Dio la espalda al señor Ramón. Bajó los escalones. Cruzó la peluquería como quien cruza un túnel deshabitado. En Las Ramblas se quedó paralizado en el centro del paseo hasta que se orientó hacia el sur y llegó casi inconscientemente al pie de las escaleras que bajaban hasta las aguas aceitosas del embarcadero de las Golondrinas. Pagó el billete y subió a la barcaza que cruzaba el puerto hasta el rompeolas. Recorrió el paseo del rompeolas, contempló la morosidad de los pescadores de caña viejos y semivestidos con un descuido funcional impuesto por el agobio del sol. Le pareció un paisaje familiar. Se le impuso una escena adolescente. La absorta contemplación de las aguas del muelle de los «musclaires», llenas de casas palafitadas y de preservativos desleídos que flotaban sobre las aguas. Eran pecados. A pecado por preservativo.

—¿Los tiran de los barcos?

Preguntó algún compañero, menos maleado.

—Vienen por las cloacas.

El aroma de sofrito de tomate y cebolla le devolvió al mundo tolerable. Le llegaba desde un merendero al que se bajaba por una escalera de cemento construida entre las piedras que configuraban la escollera. Vio humeantes cazuelas llenas de mejillones a la marinera. Era la hora y estaba en un

magnífico sitio para sacar el vientre de penas.

No TUVO más remedio que comprar el diario. Charo le anticipó la noticia por teléfono. Bajó expresamente a la imprenta de Vallvidrera donde vendían periódicos. En el *Tel exprés*, Fernando Casado daba la primicia del suceso acompañada por un dibujo naturalista lleno de acción y morbo. Habían encontrado el cadáver de don Ramón Freiras en el negocio de su propiedad, una peluquería del Distrito V. La puerta del establecimiento estaba abierta cuando llegaron por la mañana dos hermanas empleadas en la peluquería. Don Ramón tenía unas tijeras clavadas en el cuello. La policía buscaba a la desaparecida, Enriqueta Sánchez Cámara, mujer que vivía amancebada con el propietario desde que éste abandonara a su familia años atrás. Carvalho escogió un senderillo cualquiera y dejó que el cuerpo siguiera el capricho de las piernas por entre pinares y garrigales, con los aromas de las resinas excitados por el peso del sol. De pronto recordó que la canción terminaba diciendo:

«Escúchame marinero y dime:  
¿qué sabes de él?  
Era gallardo y altanero  
y era más rubio que la miel.  
Mira su nombre de extranjero  
escrito aquí sobre mi piel,  
si te lo encuentras marinero dile que yo muero por él».

***Fin***





## **Biografía**

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN. Barcelona, 1939 - Bangkok, 2003. Escritor y periodista español. Considerado uno de los más importantes testimonios del final del franquismo y de la transición española, así como una de las voces críticas más respetadas del país, es autor de una vasta obra que incluye los géneros de la crónica periodística, la poesía, el ensayo y la novela.

Todos cuantos reconocen el papel de Vázquez Montalbán dentro de la cultura española coincidieron en que hasta el fin de su vida se obstinó en ser fiel a su Barcelona natal, a la que regaló uno de sus paisajes literarios más densos y reconocibles, con rincones y personajes que hablan el «catalán bastardo» o el castellano mezclado con catalanismos de los barrios bajos; en esto, como en muchas otras cosas, se mantuvo fiel a su origen, porque era hijo ilegítimo de un gallego y exiliado republicano, Evaristo Vázquez, y de Rosa Montalbán, y había nacido el 14 de junio de 1939, poco después del final de la Guerra Civil.

## **Entre la labor periodística y literaria**

A mediados de la década de los ochenta entró en el diario *El País* como columnista. Allí, este trabajador rapidísimo e incansable, de curiosidad desbordante, mostró sus dotes de maestro en todos los géneros del periodismo, que había practicado desde los dieciocho años. Sólo que ahora viajaba con soltura y conocía a los intelectuales, escritores y políticos más influyentes. Además, agregó a las formas tradicionales, que practicaba como nadie —viñeta, sátira, retrato o parodia—, grandes cuadernos de viaje que algunas veces utilizó como material para su obra narrativa (tal es el caso del Quinteto de Buenos Aires), mientras que en otras ocasiones mantuvo la estructura y el tono del reportaje clásico, como el del subcomandante Marcos de la guerrilla zapatista que realizó en Chiapas.

A partir de 1979, tras la obtención del Premio Planeta por *Los mares del Sur*, pudo «comprar tiempo para la literatura». Las dos últimas décadas de su vida estuvieron marcadas por una voluntaria y ambiciosa transformación de su carrera literaria. Ya no le bastaban la crónica o la novela negra. Ni tampoco la columna periodística. Sus nuevas novelas fueron más arriesgadas, más ambiciosas y más libres. Esta peculiar vertiente fue inaugurada en 1985 con *El pianista*, una obra en la que puso todo su talento y en la que se pueden leer algunos de los pasajes más conmovedores y verdaderos de la peripecia de la Barcelona de los vencidos.

Y la continuó con *Galíndez* (1991) o la monumental Autobiografía del general Franco (1992), donde un viejo escritor recibe el encargo de escribir una pseudoautobiografía del dictador que aprovecha para ofrecer su voz y su versión de la historia del tirano como contrapunto. Poco tiempo más tarde emprendió otra pesquisa de similar alcance en *El Quinteto de Buenos Aires*, obra en la que se preguntó por los resortes secretos del régimen argentino responsable de los desaparecidos entre 1976 y 1983.

Éstos fueron unos años de producción febril. Por ejemplo, en 1994 publicó *Roldán, ni vivo ni muerto*; *El estrangulador*; *Panfleto desde el planeta de los simios*, y *Pasionaria y los siete enanitos*, además de anunciar una nueva novela de la serie policíaca protagonizada por Pepe Carvalho, *El premio*, que aparecería en 1995.

Todo hacía suponer que mantendría los cauces conocidos de sus distintas líneas literarias. Pero en 2002, la novela *Erec y Enide* marcó un cambio radical en su concepción del género. Por primera vez, la fórmula más conocida de sus relatos, que incluía el devenir individual de personajes imaginarios y reales en un cuidadoso cañamazo histórico y social, fue sustituida por un relato de honda belleza nostálgica, en el que utilizó un motivo perteneciente al ciclo artúrico para componer un mosaico de voces actuales que reflexionan sobre los vínculos amorosos: en *Erec y Enide* se enlazan los temas de la decadencia de la edad, el amor y la responsabilidad de manera mucho más intimista y lírica que la habitual en Vázquez Montalbán.

### **Proyección internacional**

Tras obtener el Premio Planeta, en 1979, recibió numerosos galardones en Cataluña, en España y en el extranjero (entre ellos, el Premio Nacional de Narrativa, el Premio Nacional de las Letras, el Premio de la Crítica de la antigua República Federal de Alemania, el Premio Recalmare de Italia), y se convirtió en un autor de culto para los lectores de novela negra de Francia e Italia, sobre todo. Era habitual ver sus novelas de Pepe Carvalho en las grandes librerías europeas.

Pero Vázquez Montalbán desconocía el reposo. Entre los años 1989 y 2000 fue sometido a varias operaciones del corazón (se le habían implantado cuatro *bypass*), lo que no le impedía seguir dietas severísimas, adelgazar veinte quilos y volver a engordar con inusitada celeridad, algo que llevaba haciendo desde mucho tiempo atrás.

Mientras se consolidaba su fama en el ámbito europeo, siguió participando en numerosas antologías de recetas, canciones, fotografías, la memoria viva de la España franquista y posfranquista, etc. Asimismo, puede decirse que buena parte de los relatos sobre la transición española fueron obra suya. Vázquez Montalbán retrató a todos los actores de ese período, mientras los hechos tuvieron lugar, y volvió a hacerlo en la celebración de los distintos aniversarios: la muerte del general Franco, la Constitución, la Generalitat catalana, el «tejerazo».

Tenía una habilidad única para volver sobre los personajes y descubrir en

ellos alguna nota desconocida. Y los pintó a todos, desde el rey Juan Carlos hasta Jordi Pujol, pasando por Josep Tarradellas, Adolfo Suárez o Felipe González. Pero también retrató las anónimas sensibilidades colectivas de la España de la transición, cuyo repertorio más formidable y exhaustivo se le debe sin duda.